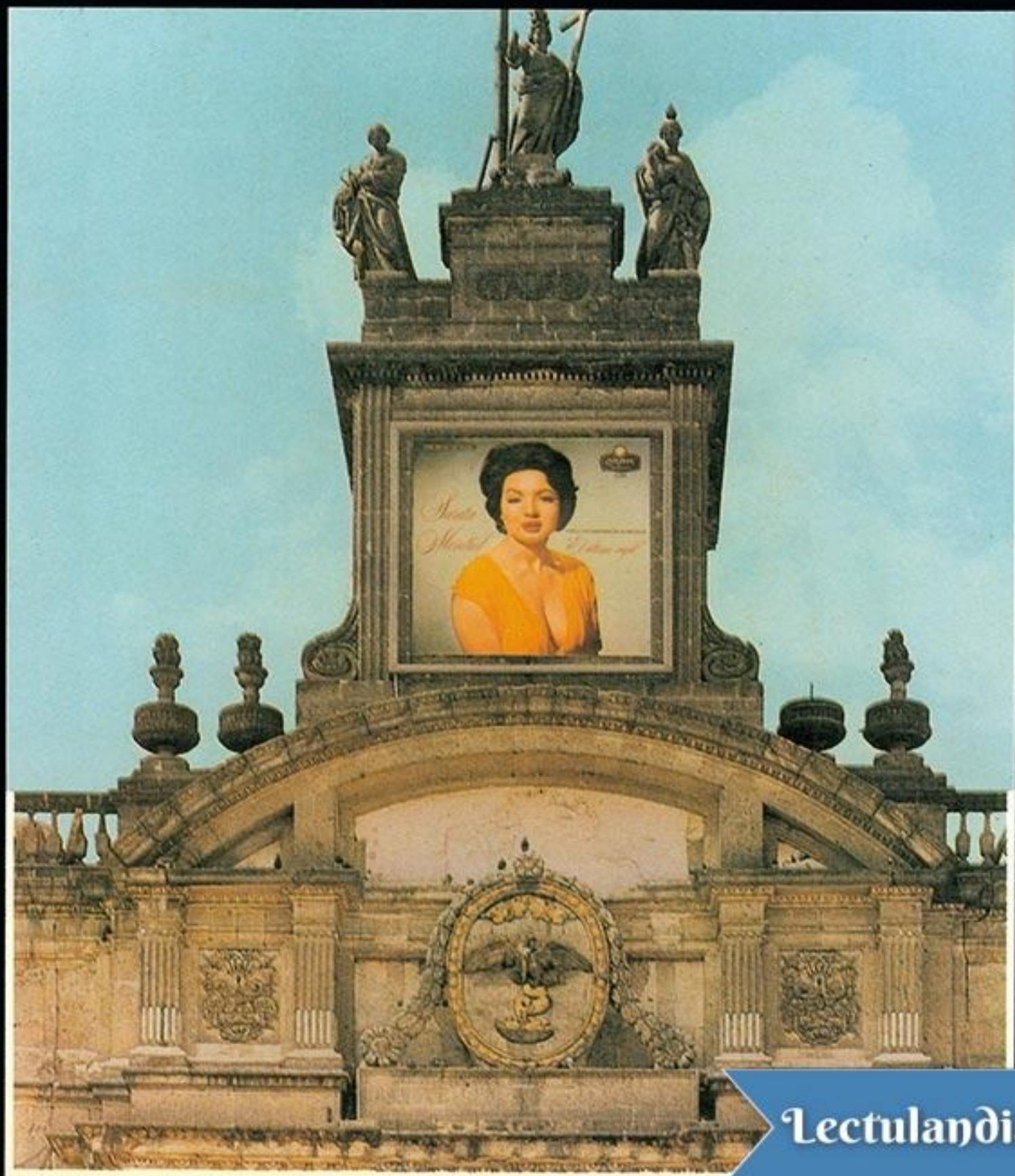


Gonzalo Celorio

AMOR PROPIO



Lectulandia

La fiesta, como celebración y ceremonia, es el escenario común a las tres etapas de la vida de Moncho, el adolescente, Ramón, el adulto, y Aguilar, el hombre maduro, en el transcurso de quince años de su vida, entre 1965 y 1980. La fiesta es también el lugar donde el ser humano llega con mayor frecuencia a estados límite, donde la risa puede terminar en drama, donde la historia pequeña de toda una generación nace bailando un bolero, vive su etapa de proyectos y utopías, y va fundiéndose, con el desgaste irreversible de las modas, los valores, las ideologías y las pasiones, en un progresivo desmoronamiento.

Lectulandia

Gonzalo Celorio

Amor propio

ePub r1.0

Titivillus 25.10.15

Título original: *Amor propio*
Gonzalo Celorio, 1991

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Yolanda

A Gonzalo

A Diego

La maniática tarea de construir eternidades con elementos hechos de fugacidad, tránsito y olvido.

Juan Carlos Onetti

Primera parte
Moncho

Por sus dedos tartamudos pasaron la máscara africana de *Taboo*, la sonrisa roja de Harry Belafonte y la sonrisa blanca de Nat King Cole, el fondo negro de *Sixteen Tons*, la cintura azucarada de Virginia López, las estrellas gitanas de Rafael Acevedo... Hasta que encontró la portada que le mordía los dientes: el London 1772 en el que Sarita Montiel fumando espera. No puso el disco. Abajo todos coreaban, trasnochados, con nostalgia prematura, *Los marcianos llegaron ya*.

Moncho no era personaje todavía. Apenas tramoyista.

Había visto la fiesta desde el barandal de la escalera, que tenía forma de riñón. Como la sala. Como la alberca del Güero Anzures. A la hora de los preparativos, en cambio, había sido el protagonista. Había hecho cuatro viajes hasta El Atorón de los Charros, donde le prestaban los cascos de Coca-cola sin dejar importe. Había enrollado el tapete de la sala para que pudieran bailar los invitados. Había atravesado con palillos los pimientos morrones y las medias aceitunas y los había clavado en los triangulitos de queso amarillo y pan Bimbo sin corteza. Había untado con jamón del diablo decenas de galletas de soda. Había ayudado, con todas sus fuerzas, a abrir la enmohecida puerta corrediza, que comunicaba la sala con la terraza, donde se aburrían cuatro sillas circulares de alambro y de tiras radiales de plástico fosforescente. Pero no estaba invitado a la fiesta no es para niños.

Niño él, que ya calzaba del 6 1/2, que ya tenía pelitos ahí, que ya se ponía, a escondidas, los suéteres de su hermano Roberto, y le quedaban bien.

Conminado a la escalera, pijama, pies descalzos entre los barrotes del riñón, había visto la llegada avisposa de las amigas de Tere y las incursiones Old Spice de los amigos de Roberto.

Muy rápido, la casa se había llenado de voces confundibles, de risas que rebotaban en el techo.

Desde su reclusorio, tras las rejas del barandal, Moncho había visto una flor negra, de tul, en un escote. Había visto la orilla de encaje de un fondo en medio del sillón, sobre unas medias oscuras y frente a una rodilla gris jaspeada, que se insinuaba. Había visto una colilla que cayó, aún prendida, en la maceta del hule. Un anillo de graduación con el escudo de la universidad que, inquieto, destellaba. Una mano bicolor que sacó un lápiz labial de una gigantesca bolsa de charol. Un pañuelo de lavanda que inútilmente ofreció sus servicios. Unos hombros casposos que bailaban sobreactuados. Un vaso largo que ostentaba el número 6. Una jerga que limpió, mal, el descuido de una cuba libre. El tapete humillado atrás del sofá.

Roberto abrazaba a su novia mientras bailaba o fingía bailar. No era un baile con abrazo sino un abrazo obligado a la cadencia. *Love is a many splendored thing*. El

prominente copete se entreveraba con el alto crepé. Las manos de Roberto habían pasado de la espalda de ella a la cintura, y un poquito más abajo todavía. Los cuatro muslos se rozaban indistintamente. El aliento de Roberto se filtraba entre el arete y el lóbulo chinito de la oreja de la novia. Ella le acariciaba, le rasguñaba suavemente la nuca. *Only You*. Sólo la flor negra de tul los separaba hasta que después del álbum completo del *Hit Parade* —susurros, párpados cerrados, mejillas juntas, sudadas, olorosas, transmaquilladas— dejó de tamizar el corazón ardiente y cayó, marchita, apachurrada, sobre los mosaicos rojos. *Three Coins in the Fountain*.

Moncho aprovechó el sublime trance de su hermano para penetrar el territorio prohibido con la esperanza de que Roberto no hubiera bajado el disco a la consola de la sala. Pesas. Corbatas. Dominó. Una botella de Bacardí. Tocadiscos portátil. Y El Disco. La Portada de El Disco.

Sobre el fondo verde pistache, mustio, inofensivo, sedante: ella. Ella. De frente. El cabello, de tan negro, casi azul, cuidadosamente alborotado. La ceja izquierda, apacible, tranquila, por poco maternal. La derecha, por lo contrario, altiva hasta la tirantez del párpado, artificiosa, como retadora. Los ojos, uno desmayado y otro fulminante. La sombra de las pestañas, derramada sobre los pómulos. El lunar, preciso, como una banderilla. Hinchidas las fosas nasales. La boca, entreabierta, devorándose las comisuras. El labio inferior, desbordado sobre el mentón apenas partido. Y el escote. Ay, el escote. Profundo. Abismal.

Cerró la puerta con seguro. Abrió los ojos como si por ellos respirara. Las cien sienas. La nariz ancha. Sostuvo la portada más con las venas que con las manos. Repasó los hombros. El lunar. El labio de abajo. La ceja alzada. La sombra de la pestaña. Le tapó con la mano derecha —era zurdo— el escote y la fue bajando. Poco a poco. Milímetro a milímetro.

Abajo, los marcianos llegaron ya para interrumpir, de algún modo, la fiesta, su intimidad rosa y oro, la calentura, el cachetito. Para animarla, de algún modo; para prender luces, servir otras cubas, desatar risas.

Arriba, en el cuarto de Roberto, oloroso a Charles Atlas, a brocha de afeitar, Moncho pasó, milímetro a milímetro, del escote abismal al amor propio.

Se abismó.

Se abismó por primera vez.

Sangre transformada, límites traspuestos, sorpresa enferma, dolor, placer afortunadamente efímero, turbulencia, vértigo, sacudimiento, estertor, lucidez, estrella fugaz, pirámide, retablo churrigueresco, Ángel de la Independencia, Monumento a la Revolución, Montaña Rusa, todo ahí, metido —y sacado— antes de la culpa.

A la mañana siguiente, orgulloso y avergonzado, Moncho se tomó el sobrante de una botella de Coca-cola, tibia y sin gas.

En el desayuno, la voz de papá. Sólo la voz de papá, entre los huevos revueltos.

—Si así la tratas como novia, cómo la tratarás cuando sea tu esposa —le decía a un Roberto silencioso de ojos rojos y cachetes flácidos.

Tere, quitándole la nata al café con leche, tarareaba, más con la nariz que con la boca: «Los marcianos llegaron ya y llegaron bailando el cha-cha-cha».

Papá dijo:

—Ésa no es música de marcianos; ésa es música de negros —y se tomó una cucharada de Gerolán.

Se pondría el traje gris que papá había dejado casi nuevo y que mamá trató de arreglar con tanto esmero como desacierto. Era más grande el difunto. A la inquieta hora de la prueba, el saco le atribuyó a Moncho una corpulencia tal, que parecía que no le hubieran quitado el gancho, y las dos bolsas traseras del pantalón, después del considerable recorte del tiro, se le juntaron en una sola sobre las nalgas, como si se tratara de un descomunal mameluco de niño recién despertado para recibir los regalos de Santa Clos. Aun así era preferible el traje de papá al uniforme de gala del Instituto México, que le quedaba mejor —aunque hubiera sido herencia de Roberto—, pero no sería muy bien visto que digamos en una fiesta donde casi todos los hombres —valga la hipérbole— tenían en la frente la «M» de los Hermanos Maristas. De manera que le dio más importancia a la camisa —que sí era suya desde los orígenes—, muy blanca y muy olorosa a cuarto de planchar, a la esquelética corbata, al pañuelo de tres picos para el bolsillo del pecho y a los zapatos, que boleó minuciosamente para que no se vieran descascarados por tanta cascarita callejera.

Mientras limpiaba los zapatos sobre una hoja abierta de periódico, pensó que muy pronto estarían bailando, y sintió un calor expansivo en las orejas, como si se las hubieran frotado con el cepillo de los zapatos negros. Había ensayado con su hermana Patricia, la menor, tardes enteras frente a la consola, pero nunca había llegado a la representación.

Después de un regateo entre las once es buena hora para regresar por parte de mamá y ándale aunque sea a las doce, ni siquiera la Cenicienta, por parte de Moncho, en el que Roberto, ahí presente, no había intercedido en favor del hermano chico, el permiso se restringió a las once y media y ni un minuto más, ¿me oyes?

Quería llegar temprano a la fiesta para que le rindiera el tiempo, pero no quería ser el primero. Durán le había dicho que a las ocho y Moncho dejó que pasaran los años hasta que dieran las ocho y media para salir de su casa. De todas maneras llegó entre los primeros. Llegó empapado en la Vetiver que había sustraído, justificado por la falta de solidaridad de su hermano, del clóset inexpugnable de Roberto. Llegó con la cara llena de espinillas mal disimuladas con Clearasil y peor combatidas con vesperal pasta de dientes. Llegó torpe y casi inútilmente rasurado.

Tan singular como todos sus compañeros que fueron presentando sus manzanas de Adán y sus masculinas voces recién estrenadas, no se quedó precisamente solo en un rincón, porque todos ellos, al principio, se quedaron igualmente solos en el mismo rincón. Y las ocurrencias de todos ellos, sus risas, sus intercambios de cigarros y cerillos, sus pláticas adultadas les daban la ilusión de no estar ni solos ni arrinconados. Las posturas erguidas, los engolamientos de la voz, a veces salpicados

de risotadas, y las cubas libres que bebían más o menos cautos los pintaban admirables —pensaban— y les conferían ascendencia sobre las mujeres —valga, de nuevo, la hipérbole—, que sólo tomaban refresco, sentadas alrededor de la virtual pista de granito donde debería verificarse un baile que no se suscitaba, pese a Los Cometas de Bill Haley que se distorsionaban en el tocadiscos.

Crinolinas memorosas de antiguos miriñaques, innecesarios rubores de artificio, medias de nailon que desplazaban a gimnásticas calcetas, tacones altos que volvían de pronto equilibristas temerarias a sus portadoras, o mejor a sus portadas, ellas, en cabal correspondencia al gusto disimulado y al desprecio fingido que les prodigaban los arrinconados, daban la apariencia de interesarse más en el recién implantado horario corrido de la escuela o en la maestra de francés, que en los senos apenas despuntados, en la regla apenas establecida, en las ganas de bailar, por ejemplo con el Güero Anzures —el más alto, el más corpulento, el más risueño, el más simpático, el vociferante— y ponerle, rígido el codo derecho, sus distancias, y rebasarlas hasta el más incierto de los puntos: hasta cierto punto.

Por supuesto no fue Moncho, a quien ya le empezaban a doler las comisuras de tanto sonreír ajeno, el que traspasó la frontera, aunque imaginaria precisa, entre el rincón y la fuga de espirales. Pero sí gritó, en el coro de sus compañeros, que baile el Güero, que baile el Güero, que baile el Güero, acaso para que el incendio de los lóbulos de las orejas no delatara su candidatura.

Empujado, aventado al escenario, entre las risas que interrumpieron el rigor del horario corrido y la perversidad de la maestra de francés, el Güero sacó a bailar a Dolores, que en ese momento regresaba de poner el disco. Más que sacarla a bailar, se topó con ella, de bulto, en medio de la pista improvisada. No era ni la más bonita ni la más desenvuelta. El Güero no la había escogido. Ni siquiera se había fijado en la brillantez de su ortodoncia, atento, como estaba, y concesivo, a los compañeros del rincón, que lo azuzaban con vulgaridades apenas disfrazadas. *Payasito*, cantaba Enrique Guzmán.

¿Por qué desde ese momento Moncho, más que nadie, quiso bailar con Dolores, y sólo con ella? Había tantas amigas de la Chiquis —la festejada—, y la Chiquis misma, más guapas, menos serias y sin frenos en los dientes. Pero a Moncho le gustó Dolores, tal vez porque perdió prematuramente la esperanza de bailar con ella.

Mayté Gaos cantaba desde el tocadiscos, a 45 revoluciones por minuto, «Tomás, uh-uh-uh-uh-uh-uh-uh-uhuh, ¡qué feo estááás!» Y el Güero hacía dengues, se jalaba la boca con los dedos y sacaba y metía la lengua y ponía bizcos los ojos, baile y baile con Dolores, mientras Moncho, sin traspasar los límites de su confinamiento cada vez menos compartido, sonreía con coraje, qué idiota el pinche Güero, nomás hace puras locuras el estúpido, cuando yo le podría platicar a Dolores de los verdaderos locos, de Gibrán Jalil Gibrán. Y le dio otro trago, el último, a su primera cuba libre.

Comió unas empanadas de bacalao y un pedazo de pastel cubierto de parafina porque la Chiquis se tardó mucho en pensar un deseo antes de apagar las velas, y

discreto se preparó otra cuba, que tras el pastel le supo menos dulce, y se volvió al rincón cada vez más suyo, mientras Queta Garay cantaba *Las caricaturas me hacen llorar*.

Las once y cuarto. Se le había pasado muy despacio el tiempo pero se sorprendió al ver la hora en el reloj de Durán. Aspiró los rescoldos sudorosos de Vetiver. No se quería ir —e infló las aletas de la nariz. Pero tampoco se quería quedar —y las desinfló. Detestaba al Güero, que seguía bailando con Dolores, y a Durán, que también tenía frenos en los dientes, y que le contó, durante la segunda cuba libre de Moncho, cómo una vez que le dio un beso a Dolores se había quedado atorado —y al decirlo enseñaba más los frenos— hasta que llegó el papá de ella, que era médico, y los desatoró y que después, enfurecido, a ella la mandó a su cuarto y a él a la fregada... Ah, cómo odiaba a Durán y, sobre todo, cómo se odió a sí mismo por haberle tenido que reír, muerto de rabia por dentro, su de seguro mentirosa historia.

Nada más veía a Dolores. Y la veía con una mirada que quería ser profunda y por eso era ridícula. Dolores ni siquiera percibió esa mirada de Mancho, cada vez más entretenida con el Güero Anzures, que ya sin gestos ni visajes oía de los bigotes y las piernas sin rasurar de la maestra de francés, que no es monja pero parece, y ya sentía, tras sus preguntas inquietantes, que la rigidez inicial del brazo de ella en su hombro tomaba más en cuenta la flexibilidad del codo.

Moncho fue al baño. Sobre la caja del agua del excusado vio, mientras hacía pipí dificultosamente, una prole de patitos de cerámica vidriada, todos con anteojos y birrete, ordenados por estaturas. En el espejo, que reflejaba los mosaiquitos venecianos asimétricos y sin código descifrable de la pared, descubrió la temperatura casi febril de sus orejas. Le dolieron los zapatos.

A las doce y diez se despidió de la Chiquis, de Durán, de la presencia distraída del papá, de las perlas Richelieu de la mamá, y le echó una última mirada, antes y después de la puerta, a Dolores, quien, por primera vez, tuvo a bien enseñarle, aunque fugazmente, los frenos de su sonrisa.

Durante las tres cuerdas de regreso a su casa, veía cómo su sombra se alargaba infinitamente después de pasar un farol y cómo al acercarse al siguiente se iba diluyendo mientras otra crecía firme, contundente, a sus espaldas. A la mitad de camino entre un farol y otro, se detuvo y minuciosamente raspó contra la banquetta las puntas de sus zapatos.

Llegó a las doce y media.

Mamá lo esperaba acostada pero no dormida. A oscuras pero lúcida. Fue un regaño largo y adjetivo que desembocó en un enérgico si viviera tu padre y en un castigo ocioso: una hora tarde; una hora te me quedas ahí parado, frente a la cama, y no te me recargues en la pared. Para que escarmientes.

En la penumbra, adivinado por mamá, a quien nunca vio dormida, y traspasado por la mirada hipocritona de la Virgen del Perpetuo Socorro de la cabecera, rodeada de caracteres tan indescifrables como el código encerrado en los mosaicos venecianos

del baño de los Durán, Moncho se quedó de pie, sin recargarse, sintiendo en el velo del paladar o un poquito más atrás la amargura de las que acabaron por ser tres cubas libres, y pensando en la sonrisa frenada de Dolores. ¡Qué tiene el pinche Anzures que no tenga yo! Mamá medio oyó su pensamiento.

—¿Qué dices? —preguntó.

—No, nada —dijo él.

Y ella no se atrevió a pensar que su hijo Moncho, el más chico de los hombres, podría estar medio borracho. Menos a pedirle que le soplara en aquel aire denso y desdichado para averiguar la calidad de su aliento. Y se estuvo despierta por lo menos una hora después del momento en que le levantó a Moncho el castigo, a los cuarenta minutos de su llegada. Y durante esa hora insomne se sintió más viuda que de costumbre.

A la mitad de la tarde, el cuarto de Moncho, cargado de humo, fórmulas y valencias, se despejó un instante por la irrupción luminosa e inesperada de Patricia, cuyas pecas, en ese preciso momento, dejaron de ser estigmas de la infancia para volverse, diluidas en el rubor del semblante, mapa astrológico del deseo del Güero Anzures.

Sólo entonces, como una más de las incomprensibles ecuaciones de química, el Güero le dio a Moncho, además del risueño y vulgarzón sobrenombre de cuñado, la dirección y el teléfono de Martha, que Moncho le había pedido insistentemente.

La mañana siguiente quedó liberada muy temprano por el examen de química. Moncho montó en su bicicleta sin salpicaderas, que usaba cada vez menos desde que el entonces novio de su hermana Tere y ahora cuñado de veras le había enseñado a manejar el Opel rojo a cambio de cierta laxitud en su chaperonía. Fibra y pedal, subió por la empinada avenida de las Flores en busca progresiva del número 298 para ver —y sólo para ver por fuera, porque no tocaría el timbre todavía— la casa de Martha: observar la puerta por donde ella entraba y salía, adivinar la ventana de su dormitorio, percibir el eco de su respiración y rastrear la sombra de su perfume. Pero a la altura del 280 peligro hombres trabajando cerraban la calle y grúas y aplanadoras impedían el ascenso a Las Aguilas. Estaban construyendo el anillo periférico.

De regreso a su casa, ya de bajadita, con las manos presumidas en la nuca y sin pedalear, el aire, que le alaciaba los párpados y la frente, le dictó lo que le diría a Martha por teléfono en la tarde.

Su hermana Tere ya había sido remplazada por un retrato coloreado a mano —mantilla impoluta y azahares de artificio—, que dominaba la estancia por arriba de la consola, y su hermano Roberto, desde que empezó a trabajar, no iba a comer entre semana, de manera que cuando mamá dijo que llevaría a Patricia al doctor y que luego irían a Woolworth, la tarde, con sus luces oblicuas de azotea, con su silencio de cocina recién alzada, se anunció solitaria para Moncho.

A las cuatro y media, sólo vigilado por el gesto entre rosa y azucena del retrato de Tere, marcó las seis cifras del número telefónico de Martha con dedo tembloroso, casi deseando que no estuviera o que no le contestara nadie. Tras las incisiones del negro aparato en un espacio por desconocido imaginado oscuro y silencioso —como la digestión—, voy a ver si está, le dijo la sirvienta, y a Moncho le latió con más fuerza la sien del auricular. Cuando Martha contestó con voz de ojos extrañados, Moncho le espetó, sin dejarla intervenir ni con un suspiro, el discursito que había escrito en una hoja de papel cuadriculado. Después, más torpe, porque ya sólo quedaba la cuadrícula carcelaria de la hoja, le dijo por fin el de parte de quién que le había preguntado la

sirvienta: que se llamaba Ramón Aguilar pero que le decían Moncho, que tenía dieciocho años, exageró, y que por dónde se podía atravesar el anillo periférico. ¿Por Calzada de los Leones? Pues a ver si un día de estos que pase por ahí te voy a visitar. Ella, que sólo había podido intercalar un no me acuerdo en el vertiginoso discurso de Moncho, reiteró el a ver si estoy que ya había dicho la sirvienta al contestar al teléfono.

A la tarde siguiente, suéter prestado de rombos a lo César Costa, calcetines blancos y flamantes mocasines rojizos, Moncho consiguió un aventón que lo dejó a tres cuadras de Calzada de los Leones. Pasaba por aquí, dijo sin la vergüenza de su bicicleta, acaso todavía más juguete que transporte, y con el orgullo de *Demian* bajo el brazo.

Más por curiosidad que por deseo y menos por curiosidad que por cortesía de dama del Sagrado Corazón, Martha recibió a Moncho en su casa —bueno: en el jardín delantero, porque al trasero se lo había llevado el periférico. Con ese suéter abierto en cuyos ojales brillaban escuditos metálicos, con esas calcetas gruesas que casi le llegaban a las rodillas y con esa cara deslavada, como de siesta, que le recordó a la Virgen del Perpetuo Socorro —inútil vigía de la amainada cama de mamá—, a Moncho le pareció más niña que cuando la vio por primera vez en una fiesta, bailando, por supuesto, con el Güero Anzures. Ante los buenos modales de Martha, Moncho desplegó la lista de temas que tenía apuntados en la cabeza y le habló de la preparatoria, del Güero, de su profesor de literatura, de la venidera Facultad de Filosofía y Letras y, sin que ella le preguntara por el libro que se le humedecía bajo del brazo, de Hermann Hesse o de cómo para nacer hay que romper un mundo.

La constancia de las visitas no rebasó ni el antejardín ni los buenos modales, así que cuando Moncho, dos semanas después, invitó a Martha al baile de graduación de la preparatoria —que, como su nombre lo indica, es el ciclo escolar menos propicio para celebrar una graduación—, ella, como siempre, respondió voy a ver si estoy. Moncho trató de subsanar la debilidad de los antecedentes (apenas cinco llamadas telefónicas y cuatro visitas —ésta incluida—) y le comentó, enfático, que también iría el Güero, con su hermana Patricia, con la diferencia —aprovechó— de que él, Moncho Aguilar, el número uno de la lista, no había quedado a deber ninguna materia mientras que el Güero, por aquello de que iba para abogado, 4 en química y 3 en matemáticas. Martha se acordó en ese momento de que justo el 24 iba a estar con toda su familia en Tequesquitengo, caray, qué lástima, ¿no?

Pero la mejor amiga de Patricia, Lucía, que, también como lo indica su nombre, era, además de luminosa, copretérita y transitiva, ya había hecho todos los preparativos para ir al baile de graduación de Moncho con Moncho sin que Moncho le hubiera dicho nunca nada.

De regreso, esa misma tarde, Moncho se encontró en la puerta de su casa con el Güero, muy amigo desde aquella tarde de las ecuaciones de química. Entraron juntos y juntos se quedaron hechos unos idiotas ante ese cuerpo desconocido que les daba la

espalda, ajustado por una falda recta escocesa, ascendido por unos tacones altísimos, pero si es Lucía, carajo. Cuando Lucía se volvió hacia ellos, Moncho apenas pudo creer que fuera la misma niña que siempre había visto en su casa pasando apuntes o comiendo albóndigas, uniforme azul marino despojado de su cuello blanco, zapatos de hombre, medias de popotillo color carne, fleco lacio sobre las pestañas. Ya se iba pero no tenía cómo, y, al decirlo, entre autosuficiente y suplicante, le clavó a Moncho el rímel de su mirada y el *rouge* nacarado de su sonrisa. El Güero, temerario pero tan amigo desde la tarde del sulfato de sodio y el cloruro de potasio, le prestó a Moncho su Valiant Barracuda para que el cuñado pudiera llevar a Lucía a su casa en el enrejado Pedregal de San Angel. Moncho no tenía licencia todavía y sus prácticas automovilísticas en el Opel rojo habían sido más bien esporádicas, así que tuvo que disimular su propio susto, poner cara de mayor de edad y atribuir sus torpezas a la caja de velocidades. Pasó por nubes, sismos, huracanes, cráteres y fuegos hasta que por fin llegó a la casa de Lucía. Y ahí, en la puerta, sin saber bien a bien por qué, la invitó a su baile de graduación.

—Gracias —dijo ella, que esa mañana se había probado el vestido largo—, voy a ver si puedo. Háblame mañana. O pasado, mejor —y otra vez el rímel y el *rouge* nacarado que la puerta se tragó sin masticar siquiera.

De nuevo la compostura. Ahora del esmoquin del doctor Durán, qué amable: sé que no lo necesitas porque tu familia te lo puede comprar, pero éste, aunque viejo, está como nuevo, ya ves que muy pocas veces uno se pone de esmoquin y con una composturita quien quita y te sirve. Eso sí, el doctor Durán le compró a su hijo un esmoquin nuevecito con toda su parafernalia.

La Sínger de mamá, ahora con un pedal eléctrico que le rompió a la máquina sus acústicos galopes, su sonoridad de tranvía, su ritmo de navegación a vapor, hizo milagros con las solapas, más anchas que las del traje que dejó papá, y con esos pantalones que, por la anchura de la tira de seda a los costados, parecían de soldado de la Intervención Francesa. No le quedó tan mal porque el doctor Durán era delgado y Moncho ya había embarnecido, según decían todas las tías pero si yo te cargué, pero si yo te bañé.

Mamá, que sentía el bachillerato de Moncho más como mérito suyo que de su hijo, acaso con razón, hizo una espléndida cena —ravioles, lomo a la Coca-cola, ensalada rusa y pastel de chocolate adornado con almendras para que todo sea más en privado, dijo en público, y para que no salga tan caro como allá, dijo en privado. Después de cenar irían al baile.

Moncho esperaba a sus amigos: el Güero, que iría con Patricia porque ya habían hecho química y sus ecuaciones se resolvían en prolongadas y reiteradas tardes de sofá. A Durán y su hermana Chiquis (que fue la única mujer dispuesta a acompañar la pesadez involuntaria de su sangre). Y a Lucía, a quien traerían sus papás para ratificar la decencia de la familia.

Moncho se sentía muy raro, pero risueño, como disfrazado, adultísimo, con la

camisa engolada, cervantina, que le regaló su hermano Antonio, el casado, con los botones de plata que había usado tu padre el día de nuestra boda, ay, con la corbata de moño que evocaba al ahora ya antepasado régimen de Ruiz Cortines, cómo se pasa el tiempo, ¿verdad? Así vestido, no sabía si sentirse embajador o mesero.

Mamá, tan dispendiosa a fuerza de sacrificios, como siempre decía, no sólo había batallado, como también siempre decía, con el esmoquin y con la cena, sino que le regaló a Moncho una prenda lujosa por absolutamente prescindible: una bufanda blanca de seda, que debería ponerse sutilmente entre el saco del esmoquin y el corpulento abrigo del tío Paco y que Moncho, después, no sabría si dejar o no en el guardarropa del Country Club.

Llegó el Güero, todo copete y dentadura, con un esmoquin color vino para no parecer ni mesero ni embajador. Aunque Patricia ya estuviera lista —las pecas ilegibles tras el maquillaje, el chongo eternizado por el esprei y puesto el vestido color pastel sin una arruga—, lo hizo esperar un rato hasta que llegara Lucía. Por fin, la esperada ansiosamente llegó con sus papás: la señora, tras un vistazo al retrato de Tere sobre la consola, a la mesa puesta —tenedor a la izquierda y cuchillo y cuchara a la derecha— y a una Última Cena modernista procedente de El Altillo, más pan que cuerpo, más vino que sangre, le dijo a mamá se la encargo muchísimo, no van a llegar muy tarde, ¿verdad? El señor le dio un abrazo muy durable a la hija y se despidieron sin aceptar la copita de Cinzano rojo que mamá les ofreciera.

Moncho los acompañó a la puerta muy sí señor y sí señora de su parte, y cuando regresó para saludar ahora sí en confianza a su compañera, Lucía, más compañera todavía de Patricia que de Moncho, había subido para practicar el mismo recurso de la tardanza. No bajaron hasta que oyeron las voces de Durán y de la Chiquis.

Moncho saludó a Lucía al pie de la escalera con un beso tímido en la mejilla.

La puede usted besar en la mano
o puede darle un beso de hermano,
así la besaré cuando quiera.

La verdad, le había gustado más con su falda recta escocesa que con esa túnica color coral que le caía hasta los zapatos sin detenerse siquiera un ratito en la cintura y con esa chalina incrustada de chaquiras que le tapaba los hombros, pero híjoles estás guapísima.

Lo primero que dijo Durán cuando todos estuvieron reunidos, abriendo hasta la gangosidad todas las vocales, fue qué chistoso se ve Moncho con el esmoquin que le regaló mi papá.

Todos se sentaron a la mesa Van Buren que con tanto sacrificio, y mamá, solícita, contenta, orgullosa, satisfecha, sirvió la cena, más como espectadora que como anfitriona. Esa mesa, que había sido campo de batalla de migas de pan, de pellizcos y patadas subterráneos que no comprometieran la compostura de la superficie, recibía

ahora, quizá por primera vez, los réditos de tanto no pongas los codos sobre la mesa mastica con la boca cerrada toma bien el tenedor límpiate con la servilleta. Sí, como para una fotografia, dijo mamá, y cuando llegó Roberto todos se colocaron de un solo lado de la mesa, como en la Última Cena, pero más cuerpo que pan, más sangre que vino, y a ver Monchito di “chis”, y a Moncho le molestó el Monchito, ya bastante es Moncho, pero al mismo tiempo, acérquense más para que salgan todos, sintió en el hombro la mano de Lucía, natural pero no inocente, y ya no protestó, aunque ya vámonos de aquí, carajo, que es tardísimo.

Como el Barracuda sólo tiene dos plazas adelante, separadas por la palanca de velocidades, claro: el Güero y Patricia adelante y los otros cuatro atrás, en ese espacio diminuto de los autos cuasideportivos, ellas al centro, ellos en los extremos, las nuca rasuradas de Moncho y de Durán pegadas al gigantesco cristal posterior y el brazo de Moncho sobre el respaldo del asiento pero casi sobre la espalda de Lucía, y la media de Lucía pegada a la Intervención Francesa, ni modo, y para qué tanta bufanda y tanto abrigo y tanta chalina con ese calor coral del cuerpo y del corazón y ese sudor de manos nerviosas, dificultosamente limitadas a sus itinerarios.

Entraron al Country Club como si fueran socios fundadores, presentaron sus invitaciones con displicencia, dejaron sus prendas inútiles en el guardarropa y se dejaron conducir, sin tropezones, entre saludos a compañeros que no habían observado la consigna *rigoureuse étiquette* de la invitación y a papás sonrientes y a mamás regordetas y alhajadas, hasta la mesa para seis personas que tenían reservada muy cerca de la pista por los buenos oficios del Güero Anzures. Qué buena idea la de cenar en tu casa, dijo el Güero, así no cargamos con tanto vejestorio, y pidió una botella de Ballantine's, que a ninguno le gustaba porque ellas no bebían y ellos preferían el Bacardí, pero cómo cubas aquí, Durán, no seas vulgar.

El universo de Moncho se reducía a los buenos modales, que no eran atalayas, como los de Martha, sino puentes transitables: ¿No tienes calor?, ¿te cambio de lugar?, ¿estás cómoda?, ¿de veras no quieres un jaibolligerito ligerito? El Güero imitó, entre risas unilaterales, a todos y a cada uno de los profesores de la prepa hasta que la orquesta de Moisés Alatorre lanzó ventajosamente sus sonoridades de Glenn Miller y la pista de parquet, muy García Lorca de su parte, se fue cubriendo de plata y de charol. El Güero invitó a bailar a Patricia, la Chiquis se cambió a otra mesa donde había hermanos que no eran suyos, Durán se quedó a cuidar las bolsas de cosméticos y Moncho se rindió ante la insistencia salpicada de mohínes de Lucía, es que de veras no sé bailar, pues yo tampoco, bueno, bajo advertencia no hay, y la tomó de la mano y la condujo entre tantas espaldas o negras o desnudas hasta el extremo de la pista donde no pudieran verlos desde las mesas y ahí estuvieron toda la tanda, él un pasito para la izquierda y otro para la derecha, pidiéndole disculpas, ya ves cómo parezco un elefante, y ella lo seguía concesivamente, con facilidad, menos cuando él intentaba de pronto romper la monotonía de sus pasos y con renovado impulso daba un paso hacia adelante y su muslo rozaba el broche del ligero, que él imaginaba negro pero que era

color carne, como el de las nuevas curitas, y ella entonces perdía un poco el equilibrio, pero no la paciencia, y él le pedía perdón, avergonzado, hasta que se olvidó de la torpeza de las piernas y se cruzó de brazos en medio de la pista, y ella fingió admirarlo y él, Moncho Sinclair, la admiró retroactivamente, y le confesó que siempre le había caído mal y ella, más sobria, le contestó que él no le había caído bien, y él se rió y ella también y entre las risas se acercaron más y a él le sudaban las manos pero a ella no le importaba, y luego de Moisés Alatorre, así, sin intermedio, Los Violines Mágicos de Villafontana, y las mejillas sonrientes se unieron, poco a poco, poro a poro, y los párpados se desplomaron por toda una eternidad, y cuando los violines se recluyeron en sus aposentos, él y ella se sintieron deslumbrados, como si salieran de la matiné del Vanguardias, y regresaron titubeantes a la mesa, ahora él detrás, siguiéndola, sus manos sobre los hombros de ella, como queriendo respaldarla, vestirla.

Lucía y Patricia, armadas de sus bolsas diminutas, dijeron con permiso, y el Güero le sirvió a Moncho medio vaso de *whisky* y él se sirvió otro igual y hasta el fondo, pinche cuñado, salud, cabrón. Y a Moncho le brillaron los cachetes.

Moncho decidió no volver a la pista en la segunda tanda porque ya era otra música, grabada, de Paul Anka y Neil Sedaka a Elvis Presley y los Beatles, y ahí, justo ahí, en el tema de los Beatles, Moncho, puritano, trasnochado, sordo, cerró de plano las fronteras de su gusto e, impermeable, los declaró incompatibles con Hermann Hesse, con Rilke, con el conde de Lautréamont. Mientras todos bailaban estruendosamente, hasta Durán, que delegó sus funciones de cuidador de bolsas en el propio Moncho, hasta algunos papás payasos que ellos sí entendían a la juventud y para comprobarlo movían, sonrientes, sus longevas y arrítmicas carnes, Moncho le platicó a Lucía de la primera carta que Rilke le escribió al joven poeta Moncho Kappuz, y Lucía, en correspondencia, le preguntó si había leído a Lobsang Rampa. Como no lo había leído, Moncho contestó que él no leía *best sellers*. Por arriba de la mesa, Lucía prodigaba toda la atención a la soledad que Moncho se empeñaba en demostrar, pero por abajo, sus muslos y sus pantorrillas no podían dejar de seguir el ritmo de *Ahí viene la plaga*.

Llegaron a la mesa el Güero y Patricia, sudorosos, despeinados, para sacarlos a bailar, casi a la fuerza, y cuando Lucía se volvió abiertamente cómplice de ellos, Moncho no tuvo otro remedio que regresar a la pista y bailar como pudo un *rock*, apenas recordado en alguna fiesta de Roberto, que a él lo sonrojó y a ella le desató el ritmo con tal agilidad y con tal desenvoltura que enmudecieron, paralizados desde ese momento y por toda la noche, los cantos de Maldoror.

De vuelta, ya solos en el asiento de atrás porque Durán y la Chiquis se habían regresado por su cuenta, Moncho dejó resbalar sobre la espalda de Lucía el brazo izquierdo que tenía apoyado en el respaldo ya no justificadamente como en el camino

de ida. Puso la mano derecha sobre la mano de Lucía, que descansaba sobre el muslo a la altura del broche del liguero. La miró como sólo Demian podía mirar. Y, para vengarse del Güero, que abrazaba a Patricia a pesar de la palanca de velocidades, para reivindicar a Lautréamont y a Rilke y a Hesse, para encauzar sus latidos seculares, para compartir la lectura de un texto inédito, para perdonar y perdonarse la antipatía de tantas tardes, para romper el mundo y nacer, la besó con labios entreabiertos, que reprimieron, empero, la avidez de la lengua, y que separó de los labios desnacarados de Lucía cuando sintió, sin verla, la mirada de Patricia a través del espejo retrovisor.

Pero un beso de amor
no se lo dan a cualquiera.

Mamá terminó de embadurnar el pastel de cumpleaños de Patricia y tras instantánea vacilación enjuagó la cacerola. Hacía tiempo que a Moncho ya no le gustaba limpiar con el dedo y con la lengua hasta el último vestigio del betún de chocolate. Se lavó las manos en el fregadero y se las secó con el trapo de la cocina. Se quitó el delantal de medio luto y advirtió con sobresalto que en el bolsillo todavía estaba el volante que había llegado la semana pasada. Se pasó las manos nerviosas por el cabello recientemente encanecido. Con sonrisa distraída y cansada se apersonó en la sala para saludar a los primeros invitados, los de siempre —las mismas palabras, los mismos gestos—, que ya habían sido recibidos por Roberto yo me encargo de la cantina: el tío Paco y Matilde, su mujer, y los Barbachano, que eran los padrinos de Patricia y quienes toda la vida habían tratado de entablar parentesco con los Aguilar mediante una alcahuetería sólo verbal, que a fuerza de repetirse a cada encuentro se había vuelto retórica y había espantado las virtuales apetencias de los siempre incómodos protagonistas de tan deseado enlace: Qué mona parejita hubieran hecho su Antonio y nuestra Maruca. / Pues sí, pero ya ve, ahora ni manera. / A ver si se nos hace con nuestra ahijada y el José Miguel, que está hecho todo un hombrecito, si lo viera usted, se ha dado una estirada que ni le cuento. / Como si uno mandara en el corazón de los hijos. Yo qué más diera, pero ya ve lo entusiasmada que está con el Güero An. / Que no es un mal partido. / No; es un buen muchacho, de buena familia, pero es un mocoso todavía, imagínese de aquí a que termine la carrera. / ¿y Moncho? / De Moncho mejor ni hablamos, con eso de que le da por la literatura. Yo ya mejor no le pregunto nada. Ya ve usted cómo está la juventud.

—Bueno, ¿y la del cumpleaños? —dijo el tío Paco mientras bañaba en clip una papa frita y se la metía sonoramente en la boca llenándose de grasa y de sal, y de papa y de clip también, los protuberantes bigotes.

—No dilata en tardar —dijo Roberto queriendo ser gracioso—. Ya verás cómo baja volando nomás oiga la voz del Güero.

Pero antes que el novio, llegaron Antonio, el casado, y Marcela, la causante de su epíteto, con el niño primero —primer hijo, primer nieto, primer sobrino—, metido en un bambineto es muy práctico, y todos los presentes, menos el tío Paco, dijeron con semblante de transporte celestial que querían ver al muchachito aunque estuviera dormidito y con voces aniñadas pero está precioso, pero si es un angelito, pero qué grande está, pero si es una monada, pero si es idéntico al abuelo que en paz. Sólo el tío Paco, amparado, como siempre, en una sinceridad casi norteña de la que se ufanaba, dijo me perdonan, no se ofendan, pero todos los niños recién nacidos son horrorosos.

Antonio, engordado por el matrimonio, agrandado por la alta responsabilidad que desde la muerte de papá lo había convertido en el jefe de la familia, con cara de oficina, cansado pero exitoso, le pidió a Roberto un *whisky* en las rocas. Marcela, ofendida por la sinceridad del tío Paco, fue a depositar al niño en la cama de la abuela y regresó a la sala para iniciar una larga disertación sobre la maternidad, que volvía de golpe obsoletas todas las experiencias de todas las mamás del mundo. Con creciente prognatismo habló minuciosamente de la alimentación del hijo y de todos y cada uno de sus efectos: sus eructos, sus vómitos, sus orines y sus deposiciones.

De pronto aparecieron por la puerta de la sala tres docenas de rosas rojas sucedidas por el Güero Anzures, quien no encontró la oportunidad de desembarazarse apropiadamente de semejante muestra de su pasión de amor antes de saludar a los presentes, y con su húmedo y perfumado cargamento emprendió el recorrido por el angosto camino que apenas se abría entre la mesa de centro oval y los sofás —más bien las piernas de sus ocupantes—, y fue diciendo, a cada obligado apretón de manos, buenas noches señor, buenas noches señora, y, en su caso, mucho gusto señor, mucho gusto señora, y cuando terminó de dar la vuelta completa, habiendo dejado un rastro de pétalos, se encontró, recién aterrizada, a Patricia, que efectivamente había bajado volando como lo pronosticó Roberto. Le entregó las flores ay qué lindas con cierta torpeza y decidió darle un beso en la mejilla cuyo pudor intentaba disfrazar los jadeantes manoseos vespertinos de año y medio de sofá.

Antonio sonrió más paternal que fraternalmente, pero su sonrisa no alcanzó a disuadir el fruncimiento de las cejas. Se quitó los anteojos, se dio un rápido masaje en los párpados y en el puente de la nariz, a saber si por cansancio, por evasión o por incredulidad, y dirigió la vista un tanto abotagada a Patricia, tan cintura diminuta, tan nalguitas paradas, tan senos puntiagudos y sobre todo tan piernas largas, larguísimas, visibles en toda su extensión merced a una minifalda que, por lo pronto, los anteojos de Antonio, nuevamente instalados, consideraron digamos que inmoral.

Cabellera alaciada artificialmente, pestañas separadas por el rímel, boca pintada por un lápiz labial que más hacía por decolorar que por poner color, Patricia fue abrazada por los invitados que no eran suyos sino de la tradición familiar, pero cómo no los vamos a invitar si son tus padrinos, si son tus tíos, si son tus hermanos y además Antonio es como si fuera tu padre.

La señora Barbachano le dio un regalo ante la mirada del señor Barbachano: una pulsera dorada con varios dijes —un barquito de vela, un pescadito, una torrecita Eiffel— que a Patricia, arrebatada por la moda del plástico y los colores estruendosos, le pareció espantosa. El tío Paco, enrojecido, estiró el cuello apretado por la corbata y no pudo guardarse su comentario sobre lo guapa, lo desarrollada y lo inmoral que se veía Patricia con esa minifalda que cómo puede costar lo que cuesta si tiene escasos veinticinco centímetros de largo, y se rió estentóreamente, casi sofocado, mientras la abrazaba más de lo debido en opinión del Güero y tú no pongas esa cara de celoso —le dijo guiñando un ojo—, que es mi sobrina y estamos en

familia.

—Qué fino detalle —musitó el Güero simulando una sonrisa.

Conforme fueron llegando los verdaderos invitados —amigos de Patricia y amigos del Güero—, las sillas del comedor se trasladaron de dos en dos a la orilla de la sala. El círculo inicial adoptó keplerianamente la forma de la elipse y ésta, a su vez, se fue acinturando, se fue estrangulando generacionalmente y al cabo de un rato ya eran dos círculos independientes, apenas relacionados entre sí: por un lado, el de la momiza —como dijo, sin bajar demasiado la voz, un joven lampiño y enjuto apodado Tarzancito—, cuyos integrantes estaban apoltronados en los sillones de la sala; y por otro, el de la juventud divino tesoro —como dijo la tía Matilde en un suspiro que delataba su peregrino deseo de cambiar de ubicación—, cuyos integrantes hormigueaban por las sillas del comedor rozándose los alientos frescos, las alegrías babosas, las manos y las palabras. De vez en cuando una bola de la cancha de los adultos se pasaba a la otra cancha y los jóvenes la devolvían educadamente aunque sin dejar de hacer algún comentario risueño entre los de su equipo, y al revés también, y los adultos la lanzaban con todas sus fuerzas, queriendo, inútilmente, ser joviales. Las carcajadas de uno y otro círculos no lograban acompasarse. Tampoco los gustos musicales, que empezaban a volver esquizofrénico al tocadiscos donde se alternaban la música agogó y Hugo Avendaño hasta que las negociaciones tácitas entre Patricia y Antonio no le permitieron ir más allá de Ray Conniff ni más acá de Raphael.

Roberto, que estaba en ese universo y no en el suyo por mera concesión familiar, se desplazaba por la órbita y se aburría tanto con los adultos como con los jóvenes. Aquéllos lo consideraban un chamaco todavía pese a su corbata y a sus responsabilidades laborales y éstos le tenían cierta reticencia precisamente por su corbata y por sus responsabilidades laborales. El había tratado de aproximarse a las minifaldas de las amigas de Patricia, pero sus recursos grandilocuentes, pasados de moda, eran recibidos con fastidio, y tras algunas sonrisas más educadas que entusiastas, las muchachas acababan por darle las espaldas para ponerse a platicar con los amigos del Güero. Después de dos o tres intentos, Roberto adoptó condición de satélite para girar alrededor de la cocina donde no sólo reponía las cubas libres y los *vermouths* de los invitados sino que aprovechaba la trayectoria de su desplazamiento para servirse muy bien servidos tragos en su vaso cada vez más digitado y solitario. Cuánto lamentaba que mamá se hubiera opuesto, si esta casa no es hotel, a la idea de instalar, con sus propios medios, una extensión telefónica en su recámara, porque con el teléfono sobre la consola, en el centro de la música y en el epicentro de la reunión, era punto menos que imposible empalagarse la voz y los oídos y la imaginación con sus amigas alfabetizadas en su agenda: la secretaria del propio tío Paco, la vendedora de El Palacio de Hierro, la mesera de Sanborn's, la futura edecán de las Olimpiadas.

Por la mesa de centro desfilaron, amén de las papas y el clip, los rollitos de jamón, el queso manchego sobre la tablita de mosaico, las pepitas —que el tío Paco

tomaba a puñados—, los ostiones ahumados en galletas de soda que no se ajustaban al perímetro marcado por sus perforaciones... Y nada de que Moncho llegara.

Mamá, aparentemente despreocupada, no podía dejar de pensar en el volante que había llegado a la casa la semana pasada, en el que se aconsejaba a los padres de familia que impidieran a sus hijos asistir a las manifestaciones estudiantiles porque el peligro de represión era inminente.

—Bueno... ¿y Moncho? —dijo el tío Paco como si la preocupación de mamá se hubiera escapado por el aire. La pregunta desencadenó las frases que de un tiempo a esta parte a Moncho le irritaban: Ya no le pido que pida permiso, sólo que me avise, que me diga dónde está para no estar con el pendiente. / Y sobre todo en estos tiempos. Uno ya no sabe qué quieren los muchachos. / El es más bien tranquilo pero luego lo sonsacan los amigos. / Y lo que no se le ocurre a uno se le ocurre a otro. / Aunque más bien se la pasan en los cafés existencialistas. Horas y horas. Yo no sé qué tanto platican. / Si vieran cómo trae los pelos, hace por lo menos dos meses que no va a la peluquería. Ya le dije que le voy a castigar el coche si no. / El error fue haberle comprado coche. / ¿No estará en casa de la novia? / ¡Qué va! Si a Lucía no la ve desde hace meses. Parece que terminaron. / Pero si era buena la muchacha, ¿no? / Pues te diré, demasiado desenvuelta para mi gusto. / Los tiempos cambian, qué le vamos a hacer. / Lo único que nos falta es que ande de revoltoso con los estudiantes.

—¿Estudiantes? —preguntó el tío Paco—. Qué estudiantes ni qué narices. ¿Estudiantes les llaman a esos desvergonzados que se pasan el día cometiendo toda clase de fechorías? ¡Qué estudiantes van a ser! Si éstos son estudiantes yo soy el astronauta Gagarin.

Bueno... ¿y Moncho?

Moncho y Nuria salieron temprano de Ciudad Universitaria. Estaban hartos de las asambleas eternas donde cada uno de los que tomaba la palabra después de esperar horas su turno no la usaba sino que abusaba de ella, como para usufructuar la inversión de tanta paciencia, y desvariaba en prolongados análisis que más tenían que ver con el lucimiento personal que con la situación política del movimiento, o hacía propuestas inoportunas porque nadie recordaba ya el comentario que las había suscitado después de catorce peroratas intermedias. Muy pocos se ajustaban al “bien concretito” que el compañero presidente de debates exigía a los participantes, y había quienes disfrazaban de moción de orden sus desenfrenados impulsos oratorios. Pero qué quieres, así es la democracia.

Regresaron temprano, también, porque Nuria, tan activa, tan beligerante, no dejaba de ser hijita de familia. Su padre, refugiado español, catalán más bien, y anarquista, hablaba siempre de la libertad que deberían tener las mujeres, de la igualdad de derechos y de responsabilidades de ambos sexos; admiraba a las mujeres independientes, autónomas, profesionistas, pero eso sí, a Nuria la quería a las ocho y

media en casa y ya empezaba a imaginarla casada con un hombre bien plantado, cualquier cosa menos anarquista, y dedicada al hogar, a la maternidad, a las galletitas y al alioli.

Salieron de Ciudad Universitaria por avenida Insurgentes. Cada vez que Moncho pasaba por el monumento a Alvaro Obregón, un toque eléctrico le recorría el cuerpo de los testículos a la garganta. Algo como un rumor de tripas resuelto en interjección de las que se pronuncian para adentro lo impulsaba a pisar el acelerador y salir huyendo, a riesgo de parecer sospechoso. Su corazón no podía admitir que el parque espeso, florecido de hortensias de penumbra donde transcurrió en velocípedo (como papá le llamaba al triciclo) alguna parte de su infancia; el parque de sus paseos con Lucía, tan lentos, tan amorosos, tan cobijados por los fresnos, respaldara ahora a los granaderos de fauces caninas y miradas rencorosas, trepados en esos camiones azules, abiertos por los costados, listos para salir rápidamente y atacar en cualquier momento. Llevaban más de un mes apostados en el parque y Moncho no se acostumbraba todavía a su presencia, que tensaba a la ciudad como una liga a punto de romperse. Pero ya no sólo eran los granaderos al acecho de mítines y de manifestaciones, sino también el ejército que como un fantasma verde —silencioso y omnipresente— se dejaba ver por diferentes puntos de la ciudad.

Se fueron por la avenida Insurgentes hasta El Puerto de Liverpool, que desde su inauguración había privado a Moncho del raro placer de acompañar a mamá al centro, y doblaron por Extremadura hacia Mixcoac, donde vivía Nuria, muy cerca del colegio Madrid de su primaria, de su secundaria y de su preparatoria, en un edificio de departamentos que había sustituido a una de esas casonas de tepetate y ventanas con postigos, como la de Juan Manuel Barrientos, su maestro de literatura.

Moncho tenía prisa pero no le importó mayormente. Refugiados en el vulnerable Volkswagen se quedaron platicando a la puerta del edificio, en una ciudad, si amedrentada a plena luz, peligrosísima después del atardecer, ya me voy que es cumpleaños de mi hermana y hay fiesta en casa. Cómo fiesta, si estamos en combate.

—Qué quieres que haga. No dejo de ser un pequeño burgués —dijo Moncho y al decirlo vio las contundentes piernas de Nuria, ahí, al alcance de su mano derecha, apoyada nerviosamente en la palanca de velocidades.

Nuria sabía —vaya que sabía— de la rotunda belleza de sus piernas hispánicas que dejaba lucir hasta el límite mismo de la trama oscura de sus pantimedias. A Moncho, que aún conservaba viva la energía de sus últimos barros y espinillas, Nuria lo desquiciaba porque su gracia, su desparpajo traducían en compañerismo cualquier impulso erótico que se le acercara. Moncho no tenía recursos para aproximarse ni un centímetro más de la amistad, ya que todos los valores entendidos que habían ido articulando desde que se conocieron estaban cifrados precisamente en la amistad y solamente en ella, de manera que Moncho tenía miedo de perder lo ya ganado si intentaba modificar, aunque fuera en un ápice, las reglas del juego aceptadas tácitamente. Pero Nuria coqueteaba con un desenfado que, cuando más, Moncho

consideraba ambiguo. Ah, cómo le gustaba la Catalana. En clase ella solía sentarse cerca del ventanal, respaldada por los pirules y la piedra lava; por la torre de la Rectoría y los volcanes. Moncho se procuraba un asiento que le permitiera observarla sin ser visto —¿sin ser visto?—, y su mirada se filtraba por los hemistiquios del *Poema del Mío Cid* y se deleitaba, morosa, en esas «Ay, basas de marfil, vivo edificio / obrado del artífice del cielo, / columnas de alabastro que en el suelo / nos dais del bien supremo claro indicio» que cantara el primer poeta novohispano, y al terminar la clase tenía que salir del salón con los libros sobre la bragueta, que parecía tienda de campaña.

Esa noche septembrina, a la puerta del edificio, en su Volkswagen, junto a Nuria, a Moncho se le fue cargando el corazón, se le fue endureciendo el escroto, se le fue agitando la respiración, se le fueron ensanchando las fosas nasales, se le fueron crispando los puños hasta que repentinamente, inusitadamente, gritó a voz en cuello «¡¡CARAJO!!», y descargó contra el parabrisas un golpe cuyos efectos inmediatos lo despojaron de su simbolismo primigenio: para su sorpresa —porque no pensó que hubiera golpeado con tal fuerza— y para la sorpresa de Nuria, que no comprendió semejante exabrupto, el parabrisas se estrelló: una tela de araña caprichosa se tejió en un instante a partir del impacto de los nudillos de Moncho en el cristal.

—¡Qué te pasa! —dijo Nuria, estupefacta—. Pareces granadero.

—No sé —respondió Moncho, desconcertado, sobándose los nudillos—. Los pinches granaderos, carajo, y la pinche tropa, carajo, y tus piernas, carajo, me gustas, me gustas muchísimo, me gustas desde siempre.

Atrapados por la proyección de la telaraña en sus rostros, los dos sonrieron ante los efectos destructivos de tal arrebató, y después se rieron francamente y después se volvieron a reír, y la risa de pronto se hizo río por donde sus bocas navegaron ávidamente, y Moncho supo por primera vez que los besos no tienen por fuerza que ser solemnes sino que pueden prescindir de la mirada preparatoria y de los párpados doblegados, y que se puede besar con los ojos muy abiertos y que se puede reír mientras se besa, reír y morder y soplar y decir tonterías y que ni la carcajada franca interrumpe el beso, que se prolonga cada vez más denso, y que ahí, en la risa besada, habita el compañerismo y la solidaridad, palabras que tanto le decían a Nuria y que tanto habían reprimido las inconmensurables ganas de Moncho.

No hubo explicaciones posteriores ni compromisos ni planes ni definiciones: sólo la risa, que se demoró hasta el ya es tardísimo que ambos pronunciaron cuando la XEQK, después de los sombreros Tardán y del Hemostyl qué sabroso es, dio la única hora exacta, la hora del Observatorio, la hora de Haste, la hora de México. Ella se bajó del coche sin que Moncho le abriera la portezuela como solía hacerlo con cualquier mujer que lo acompañara, se metió en el edificio y después de pasar la puerta de cristal, que se cerró automáticamente, se volvió y le mandó a Moncho un beso dado sobre un solo dedo, que traspasó el cristal de la puerta y el cristal de la ventanilla del coche y que Moncho recibió con cara de imbécil. Bajó el elevador por

Nuria, y Moncho se quedó ahí todavía un ratito, estacionado, hasta que calculó que Nuria ya había entrado en su departamento del cuarto piso, y se encaminó a su casa, al maldito cumpleaños de Patricia, suspirando y acomodándose el desorden de la bragueta.

Por las finísimas rajaduras del parabrisas, que brillaban dramáticamente iluminadas por los fanales de los tranvías de Revolución, temerosos del incendio y divulgadores ambulantes de consignas estudiantiles, TIEMBLA BURGUESIA PORQUE TE QUEDAN POCOS MILENIOS DE VIDA, se colaron las imágenes más sutiles de Nuria y humedecieron aún más las sonrientes comisuras de Moncho.

Una tarde apenas comenzada, hacía más de un mes, Nuria le había hablado por teléfono para preguntarle si iría a la manifestación. Moncho le había respondido que él mejor aprovecharía el tiempo de la huelga para ponerse al corriente en filología. Nuria, sin mediatizaciones, sin eufemismos, lo había tachado de reaccionario de mierda y de clandestino sin darle tiempo para defenderse ni para discutir siquiera.

Moncho se encerró en su territorio todavía tan vulnerable: a pesar de Baudelaire, Nietzsche y Camus a la altura de la vista, el librero de Moncho estaba fundamentado en la infancia: las memorias del Instituto México, la colección completa de Salgari, con sus bisagras azules dibujadas, *Corazón, diario de un niño*, los veinte volúmenes de *El tesoro de la juventud* y los fascículos de la *Enciclopedia estudiantil* que miércoles a miércoles le había ido comprando su hermano Antonio, el casado. Y como en el librero, en el cuarto entero subyacían vestigios de una edad que se rehusaba, todavía, a ser pretérita. La colección de piedras veteadas o brillantes, dispuestas por tamaños, aún ocupaba la repisa más baja del clóset y los patines no habían ido a parar al cuarto de servicio y ahí permanecían, sedentarios junto a los zapatos, aunque Moncho no los usara desde que se perdió la llave, hace años. La cama estaba disfrazada de sofá y sobre el escritorio se apilaban los libros universitarios, interrumpidos por los cuadernos donde la Sterbrook, misteriosamente veteada, como algunas de las piedras de su colección, pasaba en limpio sus poemas amorosos, que querían ser modernos:

Tu cuerpo:
laberinto de mi cuerpo.
Mi cuerpo:
luna que eclipsa
tu soledad.

Pero de todas maneras, el cuarto de Moncho no era un estudio, como él hubiera querido. Era una recámara denunciada por el crucifijo en la pared, por las persiana de

la ventana, amodorradas en su oblicuidad, por el olor a sueño. Moncho se pasó aquella tarde de la manifestación viendo su reflejo vergonzante en el vidrio de su escritorio ante el volumen de las obras de Xavier Villaurrutia —espejismo en el árido desierto de la metátesis y de la yod cuarta—, incansablemente abierto en las páginas 46 y 47. Tuvo que reconocer que los agravios verbales de Nuria acaso no habían sido del todo injustos: le molestaban, en efecto, la huelga y los disturbios estudiantiles, que no acababa de comprender o mejor de justificar pese a su condición de estudiante o precisamente por esa condición: él había ingresado en la universidad para estudiar, no para hacer desmadres. Pero.

Desde que murió papá, tan prematuramente, mamá tenía que hacer milagros, como siempre decía, con una pensión que no se incrementaba proporcionalmente al alza de la vida para seguir manteniendo la decencia de la casa, donde el fantasma de papá no sólo tomaba café en el antecomedor y escribía cartas larguísimas en la vieja Remington de su escritorio, sino que, invocado a cada «si viviera tu padre», continuaba sentado a la cabecera de la mesa y vigilaba la conducta de cada uno de los miembros de su descendencia. Como en las telenovelas, que a mamá le gustaban cada vez más y que veía mientras zurcía calcetines, Antonio, el hijo mayor, que había heredado un sentido del honor —que no del humor— de prosapia novohispana, había tenido que enfrentarse responsablemente, con las solas armas de su inteligencia y de su enorme capacidad de trabajo, a los problemas económicos de una familia que consideraba que bajar el monto de sus ingresos traía aparejada una suerte de relajamiento moral. Por su parte, Roberto, que nunca había tenido ninguna inclinación por el estudio y que apenas había terminado la secundaria entre parrandas precoces y castigos hiperbólicos, había aprovechado la circunstancia para no seguir estudiando y dedicarse, más exitosamente de lo previsible, a muy disímbolos negocios: además de contribuir al gasto de la casa, vestía bien, hacía regalos espléndidos y era poseedor, por cuenta propia, de un flamante Renault Florida que se encargaba de humillar, en la nocturna convivencia, al enfermizo y siempre sucio Volkswagen que se le había comprado a Moncho cuando entró en la universidad no sólo para que fuera a sus clases sino también y sobre todo para que llevara a mamá al súper, al doctor, a El Puerto de Liverpool porque ya no se puede tomar camiones, van llenos de pelados, ya no hay caballeros que cedan el asiento, no sé cómo no se les cae la cara de vergüenza, algunos hasta se hacen los dormidos, y tomar un libre te sale en un ojo de la cara.

Así las cosas, la condición estudiantil de Moncho era un privilegio, más aún si se piensa que la carrera elegida no había sido administración de empresas o contaduría o diseño industrial sino la lujosa, la medieval, la elitista carrera de las letras eso para qué sirve, te vas a morir de hambre, son estudios para las mujeres mientras se casan. Alguna vez, en excepcional momento de confianza, Roberto le había aconsejado que no estudiara esas pendejadas, que nunca tendría dinero para comprarse un buen traje, para invitar a las chicas a bailar, para casarse bien, para tener un coche último

modelo; que su esposa no podría tener sirvienta, que sus hijos tendrían que nacer en el Seguro Social, cosas así, tan edificantes. Curiosamente, los argumentos de Roberto, en vez de disuadir a Moncho, o por lo menos de preocupado, lo confirmaban en una vocación que así amenazada iba cobrando, a sus ojos ilusorios, rango de destino, de estigma, de imperiosa necesidad. Sólo quiero estudiar letras para no ser como tú, pensaba para sus adentros, aunque de dientes para afuera puede ser que tengas razón, voy a pensarlo. Antonio, en cambio, apoyaba los estudios de Moncho con beneplácito casi patriarcal, ya porque era él quien orgullosamente mantenía al hermano en calidad real de becario, ya porque él mismo manifestaba considerable gusto por la literatura. Todas las noches, mientras su flamante esposa se entretenía con el *Teatro familiar de La Azteca* o con el *Estudio Raleigh de Pedro Vargas*, Antonio resbalaba por la pendiente de algún *best seller* —Morris West o Taylor Caldwell— y, con paternalismo mal disfrazado de respeto profesional, cuando veía a Moncho le pedía su opinión sobre tales lecturas —lo que era una manera de ponerlo a prueba y al mismo tiempo de hacerle saber que él también leía. ¡Pero cómo!, ¿no has leído *Las sandalias del pescador*, tú, que a eso te dedicas?

Moncho, que también había heredado algo de esa honorabilidad novohispana, sentía, pues, un tácito compromiso con su hermano Antonio, tal vez más hondo que si se tratara de su propio padre, en cuyo caso el patrocinio de sus estudios sería digamos que más obligado que gracioso. Por eso, la huelga lo trastornaba; sin embargo, por más que invirtiera el tiempo, ahora forzosamente libre, en el estudio de la *Historia de la lengua española* de Rafael Lapesa, estaba inquieto, distraído como podrían atestiguarlo las catorce franjas de luz vespertina que las persianas de su cuarto dejaban proyectar sobre la pared del escritorio. ¿Por qué, si era estudiante, no participaba de los problemas estudiantiles? Y si eran problemas políticos y no académicos, como decían, escandalizados, tantos padres de familia y muchos profesores impolutos, ¿por qué no participaba en los problemas políticos de los estudiantes? ¿No era el hombre un ser eminentemente político? ¿No era él, acaso, un hombre?, se preguntaba con solemnidad presocrática. ¿Por qué carajos entonces se pasaba las tardes encerrado en su celda, cual monje medieval, dedicado, en clausura apenas violada por Radio Universidad, al estudio de textos clásicos y lenguas muertas mientras sus compañeros se partían la madre en las calles de la ciudad? Que estuvieran equivocados o no era lo de menos: estaban vivos, estaban en su tiempo. Además, no participar era también una actitud política, pero la más fácil, la más cómoda, la más cobarde. ¿Por qué no iba a las asambleas a discutir sus puntos de vista, a plantear sus desacuerdos, aunque fuera tachado de reaccionario de mierda? Ah, cómo le dolieron los adjetivos de Nuria aquella tarde.

El ya lejano 26 de julio, cuando se suspendieron las clases por la manifestación que año con año conmemoraba el asalto al Cuartel Moncada, y que ahora apoyaba al pueblo vietnamita y aprovechaba la fecha para protestar por la intervención policíaca en la Vocacional 6, Moncho lamentó quedarse sin la clase de literatura italiana de

Alaíde Foppa. Días después, empero, al enterarse de la represión que habían sufrido los manifestantes, se le torció la boca y el entrecejo no pudo contener una expresión reprobatoria. Y más que la represión del día 26, a Moncho le dolió, días más tarde, el bazukazo que destrozó la venerable puerta del antiguo Colegio de San Ildefonso. Lo indignó casi hasta las lágrimas la sola imagen de la brutalidad enseñoreada de ese recinto de cultura que había hospedado a los jesuitas del siglo XVIII, que había sido la sede del renacimiento de la Universidad, que había sido la escuela del deslumbrante y precoz «grupo sin grupo» de los Contemporáneos, que había sido el ámbito propicio de la enérgica expresión de Orozco. Si Moncho tenía este sentimiento, solemne y un tanto grandilocuente, era porque él mismo no había estudiado en San Ildefonso y en consecuencia lo admiraba más de lo que lo quería, exactamente al revés de lo que les sucedía a los estudiantes regulares, que a lo mejor podían escribir bárbaramente su nombre en un mural de Orozco «Aquí estuvo Chucho» o «Chano ama a Chole» y desconocer la doblemente ilustre historia del edificio, pero que lo amaban como su espacio cotidiano, como lo habrán amado Clavijero y Vasconcelos, Alegre y Pellicer, Landívar y Torres Bodet. Aunque no estudiara ahí, de todas maneras Moncho, desde que estaba en la preparatoria, asistía con cierta frecuencia al soberbio edificio para participar en los grupos de teatro universitario que se integraban en la Prepa 1 porque en su escuela eran puros hombres y no se podía representar más que el *Diario de un loco* de Gógol o ni eso, porque además de ser puros hombres eran también hombres puros. En esos viajes solitarios de sus años preparatorianos al centro de la ciudad, Moncho fue descubriendo por su cuenta el color de sangre seca, de costra, del tezontle, que iluminaba singularmente a la metrópoli virreinal; los oficios de los trabajadores, que se colocaban en las rejas de la Catedral con sus instrumentos de trabajo; los nombres de las calles, de las plazas, de las iglesias. De chico, acompañaba a su mamá al centro, adonde había que ir para comprar cualquier cosa, desde un botón hasta los útiles escolares, desde un foco hasta una cama, pero, jalado por las prisas, apenas podía ver los aparadores a la altura de su vista y nunca había contemplado los edificios de la época colonial. No, no había justificación ninguna para cometer un acto tan brutal y tan gratuito como el que se había perpetrado contra el antiguo Colegio de San Ildefonso.

Más o menos así se lo dijo a su hermano Antonio un domingo a la hora amodorrada de la sobremesa, bajo la luz encendida por la lluvia del atardecer. Cuando Marcela, su cuñada, se levantó de la mesa para cambiarle los pañales a Toñito, que berreaba más sobreactuadamente que Carmen Molina y Lorenzo de Rodas juntos, saltó al mantel manchado, lleno de migas de pan, entre las tazas de café escurridas, vía las greñas de Moncho, el tema del movimiento estudiantil.

Antonio señaló, por arriba de los anteojos, con mirada de mandamiento, que los estudiantes tenían el compromiso social y patriótico de estudiar, toda vez que la sociedad y la patria los becaba para eso, pues la educación superior en México, al ser prácticamente gratuita en la Universidad Nacional, estaba subvencionada por el

Estado, es decir por el trabajo de cada uno de los contribuyentes que, como él, pagaban religiosamente sus impuestos.

Moncho, que había sido tan mesurado frente a sus propios compañeros, esperó pacientemente para intervenir en la conversación, como lo hacían los estudiantes en las asambleas, pero Antonio, dueño de la palabra, refutaba los pensamientos de Moncho aun antes de que Moncho los expresara. Al principio fue ahorrando, en silencio, sus argumentos para decirlos todos juntos cuando le tocara hablar, pero como no llegaba ese momento, fue perdiendo interés: qué le importaba a fin de cuentas meterse de lleno en una discusión que desde sus inicios tenía perdida ante la sordera de su hermano. Se limitó a decir, mientras Antonio hizo una leve pausa para tomar agua, que la represión policíaca a estudiantes inermes era, por principio, condenable.

—¡Qué bonito! —dijo Antonio, dejando de golpe el vaso en la mesa, como si fuera caballito tequilero—. Muy valientes para protestar, para hacer manifestaciones y mítines, para insultar a la autoridad, para pintar bardas. Muy hombrecitos para quemar camiones y trolebuses, para poner patas para arriba la ciudad, para interrumpir el tránsito y fastidiar a quienes mantenemos sus estudios con nuestro trabajo. El viernes hice una hora reloj en mano de la Zona Rosa a San Juan de Letrán. Pero eso sí, que no los toquen porque entonces son estudiantes inermes. ¿Inermes dijiste? No, Moncho, no hay que ser, lo que es parejo no es chipotudo. Que se atengan a las consecuencias.

A cada palabra de Antonio, mamá abría más los ojos y asentía con la cabeza y con un reiterado «claro».

—De todas maneras —dijo Moncho— la represión no es una solución política al conflicto. No se puede aceptar el uso de la fuerza bruta en lugar del convencimiento, del diálogo.

—Pero quiénes son los que no quieren dialogar, Moncho, por amor de Dios.

—Pues las autoridades, el gobierno.

—¿El gobierno? ¿No leíste que Díaz Ordaz ofreció el diálogo franco en Guadalajara, que tendió la mano abierta al estudiantado? Perdóname, Monchito, pero para mí los que no quieren dialogar son los estudiantes. Qué van a querer, si están felices en el bochinche, nomás perdiendo el tiempo.

—Si los estudiantes quieren el diálogo, Antonio, de veras. Lo único que quieren es que sea público, para evitar corrupciones.

—¡Corrupciones! ¿En serio crees que el movimiento estudiantil no es corrupto? ¿sinceramente piensas que no están manejando a los muchachos, que no hay intereses creados en los líderes? ¿De dónde crees que sacan el dinero para tantos volantes y tantas mantas y tantos galones de pintura? ¡No hay una sola barda sin pintar!

—Pues del pueblo —contestó Moncho espontáneamente y se arrepintió en el mismo instante porque sintió que la palabra «pueblo» era demasiado inocente o demasiado retórica.

—No cabe duda de que eres un ingenuo —dijo Antonio previsiblemente—. Si por eso todo lo que está pasando es muy doloroso. Porque a mí también me duele, aunque no lo creas. Se aprovechan de los mejores valores de la juventud: de su inocencia, de su buena fe, de su idealismo para manipularlos. Y ahí van toditos, como borregos.

Afortunadamente Marcela regresó de cambiarle los pañales al niño llorón y meón y todos los comensales se convirtieron inmediatamente en público agradecido de unas virtuales monerías que el escuincle nunca hizo pese a las reiteradísimas peticiones de su madre, o ver, o ver, tengo manita no tengo manita, y Moncho aprovechó la oportunidad para levantarse de la mesa con un apocopado cómper y se fue a su cuarto a rumiar largamente la frase que había oído como consigna general: DESCONFIA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS.

Cuando lo llamó Nuria, dos días después de aquel domingo, para invitarlo a la manifestación que habría de terminar en el Zócalo, las dudas aún prevalecían y no aceptó. Ah, qué tarde tan jodida aquélla, reflejadas sus vacilaciones y sus incertidumbres en el vidrio del escritorio, apenas distraídas por los *Nocturnos* de Villaurrutia que habían sustituido a la historia lingüística de Lapesa cómo pesa. Se sintió solo. Muy solo. Repentinamente se levantó del escritorio y se dirigió al teléfono que, como un trofeo, estaba en el centro de la casa, al alcance del oído de todos. Se comunicó a casa de Nuria para decirle que sí iría a la manifestación con ella, que por supuesto. Pero Nuria no está, ya se fue, hace un ratito, y Moncho no tuvo el coraje, pese a su entusiasmo repentino, de lanzarse solo en su busca al Museo de Antropología, de donde salían los contingentes estudiantiles.

Demasiado tarde para esa tarde, pero acaso no para la vida, Moncho adquirió la absoluta certeza de que no quería nunca parecerse a su hermano Antonio —con su sensatez tan irrefutable como poco convincente. Le parecía asquerosa la tropa dispersa por toda la ciudad. No podía aceptar que los granaderos apalearan a sus amigos disidentes. Detestaba que mamá estuviera jode y jode con la peluquería parece mujercita y siempre le preguntara adónde vas y a qué horas llegas, y que la abuela de Lucía, que había tomado como suya la virginidad de la nieta, se la pasara chaperoneando sus visitas. Se le antojó ahorcar a la abuela de Lucía, se le antojó quemar un trolebús, se le antojó cogerse a Nuria, en el coche, en la calle, en la escalera, cien veces cien cien veces hasta oírle decir «estoy muerta de sueño».

Esa tarde inquieta y solitaria, Moncho inició la caminata que lo condujo a las asambleas estudiantiles, donde se fastidiaba e inhibía sus desacuerdos y sus desconfianzas, y de allí pasó, casi por inercia, a la brigada de Nuria, quien aprovechaba con simpático descaro su provocativa minifalda para botear exitosamente en la avenida Insurgentes. Y en la brigada y sus tareas —la repartición de volantes, las pintas, la recolección de fondos— Moncho creyó conocer el compañerismo y el humor que se desplegaban con una cachondería tan diferente al erotismo de cartón en el que había sido educado. ¿Educado? Por primera vez se sintió libre para usar su vocabulario completo delante de una mujer, por primera vez pudo

enseñarle a una compañera algunos resquicios de su intimidad, y por primera vez, ante la sonrisa generosa y democrática de Nuria, se percató de que se aburría mortalmente con su novia en esas tardes infinitas de mano sudada y planes para cuando nos casemos.

El martes 27 de agosto, nunca se le olvidaría, fue con Nuria y con Javier, otro compañero de brigada, a la manifestación que, como la otra, habría de llegar hasta el Zócalo. Y también por primera vez, porque Moncho estaba inaugurando todo, los edificios coloniales ya no eran almacenes que guardaban una parte de su infancia o gigantes que intimidaron una parte de su adolescencia, sino testigos conmovidos por su voz, que se confundía y se multiplicaba con las voces de cientos de miles de jóvenes que se hacían adultos clamando a cielo abierto, con los cuellos excitados y enhiestos y las miradas desafiantes ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-XI-CO LI-BER-TAD ME-.

Cuando los contingentes llegaron a la plaza de la Constitución, más grande que nunca, inmensa, a Moncho, claro, se le puso la carne de gallina y su voz, de tanto grito, por poco llega al llanto. A pesar del buen humor de sus compañeros, Moncho se sintió solemne protagonista de la historia, de la historia que le tocó a él, de la historia que por él y por sus compañeros estaba cambiando en ese preciso momento, tan digno de una fotografía de libro de texto. Se rió de su propia solemnidad y fue feliz un rato.

Tras el mitin, Nuria, Javier y él se regresaron caminando hasta la plaza Garibaldi, donde Moncho había estacionado «La Mierdita» —como Nuria le decía a su Volkswagen— con la sensación paradójica de que la ciudad oscura, sin ningún farol encendido, sólo iluminada por las luces de los coches que pasaban a velocidad fugitiva; la ciudad amenazada, vigilada por granaderos al acecho, recorrida por temibles «julias» —cárceles ambulantes, perreras humanas—; la ciudad heredada, ajena, impertérrita, era, ahora, una ciudad iluminada por la protesta; una ciudad entrañablemente suya.

En el Zócalo, lugar donde apenas hacía poco más de un año Moncho había jurado bandera como conscripto pelón ante el mismo Díaz Ordaz con patética indiferencia, como un trámite desprovisto de cualquier significado patrio, se había izado, esa noche, la bandera rojinegra del Consejo Nacional de Huelga por cientos de miles de estudiantes apoyados por maestros y trabajadores y campesinos y padres de familia que ya estaban hasta el carajo del mismo sistema, de la misma mentira, del mismo, del mismísimo pinche rollo demagógico. Se había violado la sacralidad atávica del Zócalo y las campanas de la Catedral, esa noche, habían doblado a vida.

Nutrido por la imagen de Nuria, craquelada por las vetas del parabrisas estrellado, Moncho llegó a su casa, a la fiesta de su hermana Patricia. Llegó tarde. Desde la calle vio las luces prendidas y oyó las voces y las risas de los dueños de los coches

estacionados. La humedad en los labios y el sabor de Nuria, atesorado en la lengua, lo protegerían de las frases previsibles pero cómo no avisaste, pero mira nada más la hora que es, te estábamos esperando para cenar, ¿por qué estás tan desfajado?

Con pasmosa lentitud, Moncho abrió la puerta de la cochera, metió el coche, cerró la puerta de la cochera, abrió la puerta de la sala, entró, cerró la puerta de la sala y oyó, con paciencia impermeable, pero cómo no avisaste, pero mira nada más la hora que es, te estábamos esperando para cenar, ¿por qué estás tan desfajado? Saludó a los invitados moviendo ligeramente los dedos de la mano derecha y pronunciando un hola más bien lánguido. Hubiera querido encerrarse en su cuarto. No tener que contemporizar con el Güero, su ex compañero, más lejano cuanto más se acercaba a la familia, ni con sus amigos tan peluqueados, tan decentes, tan de suéteres impolutos y pantalones de casimir bien planchados, tan limitados, en sus itinerarios, a Polanco, las Lomas, el Pedregal y la Colonia del Valle. No tener que platicar, por guapas y olorosas que fueran, con las amigas de Patricia, tan monas, tan a ver si la semana que entra, tan ya tengo novio, tan pendejas y tan pendientes de los atletas que vendrían a las Olimpiadas. No tener que cruzar palabra con el tío Paco, que se reía alarmanamente de sus propios chistes aflojándose la corbata como si fuera la soga de la horca y que resolvía en toses coloradas cada risa. No tener que sonreír a lo imbécil ante ningún parecido que le encontrara la señora Barbachano ni ante ninguna alcahuetería que le planteara el señor Barbachano. No tener que responder a ninguna pregunta de Antonio ni de mamá: ni cómo estás ni adónde andabas ni qué has hecho.

Como se dio cuenta, para su tranquilidad, de que no cabía en ningún punto de la trayectoria elíptica, se dirigió al baño de abajo de la escalera sólo para rastrear en su rostro el rastro de Nuria. Se entretuvo un rato en el espejo y al salir se topó, asombrado, con una cuba libre que Roberto le ofrecía, medio tambaleante, mientras en el tocadiscos Massiel, para disgusto de Antonio, cantaba *Rosas en el mar*. Pensó, con extrañeza, que Roberto, tan independiente y experimentado, parecía, al menos esa noche, menor que él.

La elipse se deshizo porque por fin ya llegó Moncho, vamos a cenar, pasen a servirse, apúrense porque se enfría.

Moncho no tenía hambre más que de soledad para ponerse a pensar a gusto en las piernas de Nuria, que sus manos habían recorrido sólo mediatizadas por la sutil textura de las pantimedias. Tenía hambre de Nuria, pues. Pero.

Cuando se acercó a la mesa, mamá no pudo contener un reclamo acaso cariñoso y le jaló un mechón de cabellos de la nuca, ay muchacho éste, que Moncho se limitó a desagradecer con una mueca de fastidio en medio de ese revoloteo avisoso sobre la comida —un platón de cuete mechado, ensalada de manzana y zanahoria, papas al horno envueltas en papel aluminio es una maravilla—, que cada quien se iba sirviendo en los platos floreados —los de fiesta.

El tío Paco, con su plato rebosante en la mano izquierda, y en la derecha, a manera de estoque, los cubiertos, y, de muleta, la servilleta también floreada, al ver a

Moncho de frente, le dijo a boca de jarro, como citando al toro:

—Ey, tú, melenudo, ¿dónde estabas? No me digas que andas con esa bola de facinerosos disfrazados de estudiantes quemando trolebuses.

Lo dijo sin pensar, espontáneamente, aún sonriendo. En otra ocasión, Moncho se hubiera quedado callado. Es más, su nobleza lo hubiera llevado a la sonrisa. Pero ahora no. Tanto silencio se había tragado que, con la memoria de los besos de Nuria en los labios, contestó serenamente, en voz más bien baja pero muy firme:

—El facineroso serás tú —y añadió sin perder la calma—: No he quemado ningún trolebús. Ah, pero cómo me gustaría quemar uno si tú estuvieras dentro.

Se hizo un silencio comestible que esperaba, ansioso, una retractación de Moncho, algo así como no, hombre, no es cierto. Pero no: Ramón no se desdijo. Ramón no bajó la mirada. Ramón no perdió la serenidad.

El tío Paco primero no supo qué hacer: se quedó desconcertado, en silencio, quizá pensando que no había oído bien. Después se puso más colorado que de costumbre, se jaló la corbata, regresó el plato a la mesa y se quedó con el tenedor en la mano, como blandiéndolo, arrebatado por una tos descomunal, apenas traducida en si viviera tu padre.

Antonio se sintió aludido. Se acercó a Moncho, sin salir de su asombro, y a media voz pero autoritario, le dijo qué te pasa, estás loco, cómo le contestas así a tu tío. Ramón no le respondió. Dio media vuelta. Al pasar junto a Patricia, depositó un beso cálido en su mejilla. Subió a su cuarto entre los amigos del Güero, que se habían sentado en los peldaños de la escalera con sus platos en las rodillas, y con la misma serenidad, voluntaria y premeditadamente, dio un portazo que cimbró la casa.

Patricia se puso seria. El Güero trató de consolarla pensando que Moncho le había echado a perder su fiesta, si eso es lo malo de la Universidad Nacional, puros pelados, pero contrariamente a su propósito, Patricia le soltó la mano que él se empeñaba en acariciarle como para calmarla, y le dijo con seriedad inédita: tú no entiendes nada de nada.

Antonio estuvo a punto de subir al cuarto de Moncho para reclamarle el portazo, ya es demasiado, ¿no?, pero una mirada insobornable de mamá lo contuvo.

Excitado por las muchas palabras de calma que su esposa profería, el tío Paco, con la servilleta en la frente, se desahogó contra los comunistas, todos son unos comunistas bien hechos, ya quisiera yo ver a esos mocosos maricones cortando caña en Cuba, ya los quisiera yo ver...

Desde su cuarto, Ramón todavía alcanzó a oír pedazos de frases del tío Paco: agitadores profesionales. Campaña contra México. Boicot de las Olimpiadas. Mao. La CIA. Juventud perdida... Y la súplica de mamá al Güero y sus amigos de que aconsejaran a Moncho de que por lo menos se cortara el pelo.

—¡Mamá, ya, por favor! —dijo Patricia.

Sonriente, Ramón se acostó para pensar minuciosamente en Nuria, mientras abajo Patricia, a su pesar, presionada por todos los concurrentes, apagaba las dieciocho

velas de su pastel de chocolate y se desataba un *japiberdeituyu* desentonado y trasnacional.

Después de cenar, Roberto, que generalmente no participaba en las reuniones familiares, empezó a contar chistes que iban subiendo de color ante la mirada cada vez más preocupada de Antonio. A la mitad de un chiste de españoles, sonó el teléfono pero quién puede ser a estas horas. Roberto contestó con voz pastosa y en un segundo se le llenaron de picardía los ojos.

—Es para Moncho, de parte de una voz celestial.

Sólo eso nos faltaba, pero qué horas son estas de llamar, si dan ganas de no hablarle, ¿por qué no le dices que está dormido?

—Yo le hablo —interrumpió Patricia antes de que le dijeran a Nuria que Moncho ya se había acostado, como proponía Antonio. Subió las escaleras y abrió la puerta del cuarto de su hermano.

Abajo oyeron que Patricia le decía: «Monchiux, te hablan por teléfono», pero no vieron que cuando Ramón saltó de la cama y prendió la luz, Patricia, antes de bajar, le hizo con la mano la señal de la V de la victoria.

Ramón bajó medio encuerado, con los pelos parados y el dibujo del sobrecama grabado en la mejilla. Contestó en voz baja, que quería ser cariñosa y sensual, y de pronto, abriendo los ojos como platos, gritó, para asombro de todos los presentes, las palabras que lo transportaron del siglo catorce al siglo diecinueve:

—¡SON UNOS HIJOS DE SU RECHINGADA MADRE!

El ejército había tomado Ciudad Universitaria.

Segunda parte
Ramón

Desde que la dignidad de sus greñas lo despojó de La Mierdita, los tranvías abrigaron las lecturas más épicas de Ramón: las novelas de la que empezó a llamarse nueva narrativa hispanoamericana.

Esa tarde ya casi anocheada, mojada por la lluvia que dibujaba instantáneas coronas de reina-por-un-día en el pavimento, Ramón esperó el tranvía sin impaciencia, aún gozando las gotas de agua que resbalaban por el alero de la farmacia donde estaba guarecido. El tranvía estaba casi vacío. Ramón se subió, pagó sus treinta y cinco centavos, se sentó del lado de la ventanilla y en vez de iniciar la lectura de los capítulos prescindibles de *Rayuela*, como se lo había propuesto, se fue masticando durante el trayecto el silencio insípido de Nuria delante de la mirada curiosa y medio burlona de Sir Walter Raleigh que se multiplicaba, omnipresente, en la parte posterior de todos los asientos.

Hacía tiempo que la sonrisa de Nuria había perdido el brillo y el nerviosismo incisivo le había despellejado los labios. Su mirada padecía una distracción enfermiza que a veces lindaba con la estupidez, aunque por momentos sus ojos se abrieran demasiado, casi impudicamente, como si de pronto cayeran en la cuenta de la vida. Cuando se reanudaron las clases en medio de la abulia y el resentimiento, Nuria, tan combativa siempre, no estaba presente. No se paraba por la facultad, se negaba a contestar el teléfono y las dos únicas veces que Ramón la volvió a ver, tras una insistencia acaso excesiva después de Tlatelolco (¿por qué a Neruda le habrá gustado en su juventud la mujer silenciosa y ausente, distante y dolorosa como si hubiera muerto?), Nuria rehuyó los besos, más tiernos que apasionados, que los labios de Ramón le proponían. Se fue alejando de la vida rutinaria de sus compañeros, diluyéndose como la memoria de los sucesos cotidianos, gastándose como un jabón en el recuerdo de Moncho cada vez que él trataba de fijar su imagen al mirarse en el espejo o al oír el cuchicheo de la lluvia, como ahora, en el comienzo de la noche, rumbo al departamento de Javier: el lugar donde él y ella desgranaron segundo a segundo tantas tardes en las que permutaban el mitin relámpago por el amor apenas estrenado. Ese amor torpe, incontinente, poco experimentado, que los ponía serios a pesar de la euforia y la felicidad. Ese amor de claves secretas que empezaban dibujándose en las servilletas de papel, en el vaho de los cristales, y que acababa en la espalda y en el vientre. Ese amor minucioso, de aprendizaje, en el que se descubrían constelaciones de pecas, lunares, pequeñas cicatrices. Ese amor de risas blandas, donde acomodaban sus incertidumbres. Nuria, tan desenvuelta, tan provocativa, era tímida en la intimidad, casi tanto como Ramón, quien apenas pudo creer que todavía fuera virgen aquella tarde septembrina, cuando fueron por primera vez, tan ansiosos

como pusilánimes, al departamento de Javier.

El departamento de Javier, más bien de la tía abuela de Javier, más bien de su legítimo dueño, tenía renta congelada. Sus ventanas daban a Revolución: a los cientos de cables de luz, al pavimento desarbolado, a la muchedumbre que se arremolinaba en las paradas de los camiones como si hubiera ocurrido un accidente. Doña Hortensia, su inquilina perpetua, un mal día de cansancio y desesperanza, metió su historia virginal, abigarrada de flores marchitas y fotografías color sepia, en uno de los espaciosos cuartos del departamento y se fue a vivir a un asilo de ancianos que llevaba por nombre el eufemismo de Residencia San Vicente donde no tenía que desplazarse hasta la iglesia de San Miguel Arcángel para oír su misa diaria sino sólo subir por elevador al sexto piso en el que estaba la capilla.

Desde entonces Javier, su sobrino nieto, ocupaba el departamento más o menos clandestinamente, simulando, quién sabe cómo, que aún lo habitaba la titular del contrato de arrendamiento para que no lo recuperara el dueño. Quién sabe cómo porque la estridencia de la música traspasaba sus fronteras, y una vez una vecina puritana vio por las ventanas abiertas de par en par a dos muchachas que se paseaban completamente encueradas por la casa y, peor todavía, a un muchacho, muy bien armado por cierto, en pelotas, y yo que creía que me iba a morir sin conocer semejante desfiguro.

Los nudistas eran unos jóvenes ingleses a quienes Javier hospedó en el depa por una temporada. Pero los huéspedes permanentes eran Artemio, ex seminarista provinciano que estudiaba ciencias políticas, y Lorenzo, compañero vegetariano que hacía yoga y meditación trascendental y tocaba la flauta dulce. Entre ambos pagaban la totalidad de la gélida renta mensual, que era de 130 pesos, y colaboraban en la precaria manutención del departamento. El espíritu democrático que allí prevalecía no mermaba los privilegios de Javier en su calidad de benefactor, y los dos huéspedes vivían siempre subordinados a su desmadre o a su silencio, según el caso.

En el depa convivían naturalmente, sin conciencia de la promiscuidad, raídos gobelinos de la tía abuela y carteles en alto contraste con las efigies de Lenin y el Che Guevara; candilitos de lágrimas de cristal y móviles calderianos con las figuras ahorcadas de Charlie Chaplin, el Gordo y el Flaco y Buster Keaton; sillones altos y solemnes, ya desvencijados, y cojines mazahuas esparcidos por el piso de madera.

Pese al cartel de Marx, que presidía el espacio con enérgica mirada, en el depa no existía eso que se llama división del trabajo: se enjuagaba un vaso, en el mejor de los casos, cuando ya todos los recipientes estaban sucios, incluidos los frascos vacíos de mayonesa o de mostaza; jamás se barría el polvo de Revolución, a no ser el del pequeño espacio del cuarto de Lorenzo, cuya ventana daba a los tinacos del edificio en vez de al Himalaya como la meditación y la flauta dulce de su habitante hubieran preferido; y entrar al baño exigía la contención respiratoria no obstante la varita de sándalo con que Lorenzo, vanamente, pretendía desodorarlo. Tampoco había horarios, por supuesto, aunque la portera cerrara por dentro el edificio a las once en

punto de la noche y sólo la abriera mediante un tostón por persona, que de todas maneras no alcanzaba para el embute del regaño obligatorio.

No eran frecuentes las coincidencias: Javier podía estar dormido solo o acompañado mientras Artemio estudiaba a los exégetas de *El Capital* (porque *El Capital* lo que se dice *El Capital* nunca lo leyó completo) en la mesa del antiguo comedor atiborrada de botellas desahuciadas y latas vacías de sardinas Clemente Jacques, y Lorenzo podía estar preparando su matutina ración de cereal con miel y pasas mientras Javier y sus últimos amigos de la reunión de anoche o de antenoche todavía tenían ánimos pasados o borrachos o ambas cosas para oír por sexta vez el disco de John Lord con la Orquesta Sinfónica de Londres y echarse el último toque antes del refine o la última copa que siempre es la penúltima porque la última en el Seguro Social, mano, aunque sea por transfusión.

Así, sin citas y sin expectativas por lo tanto, uno caía en el depa a echarse un trago, a oír una buena rola y, con un poco de suerte, a agarrar el paso ligero de una onda.

Ramón se levantó del charco de su asiento y se bajó del tranvía al aguacero. Antes de subir al depa, como vio luz en las ventanas, hizo una escala técnica en los abarrotos de la esquina para comprar una botella de Bacardí que le forraron pudorosamente con una hoja de periódico. Algo de dinero llevaba porque le habían pagado ya la corrección estilística de la autobiografía inútil de un general que como ya había tenido un hijo y ya había plantado un árbol...

Entró al edificio *art déco* redecorado con jaulas de pájaros, tanques de gas, ropa tendida y antenas de televisión.

Estaba empapado. Subió al depa. Tocó la puerta y esperó tiritando, con los hombros encogidos y las manos en las bolsas de su chamarra permeable, la botella aprisionada por un brazo contra el costado, y el ejemplar de *Rayuela* por el otro, pero entre la chamarra y la camisa, pegado al corazón.

Oyó, dentro, un delicioso coro de voces femeninas y risueñas. Se abrió la puerta y aparecieron en el vano, disputándose, tres bellísimas jóvenes, ataviadas con vestidos primaverales; acinturados, largos y muy descotados porque la temperatura interior era cálida a pesar de la frialdad de la lluvia de afuera. Solícitas, se compadecieron del aguacero que Ramón portaba en su cabellera y en sus ropas y lo pasaron a ese recinto de luz dorada, muy Rembrandt de su parte, donde todo era muelle, delicado, acogedor. La tía abuela, chalina en los hombros, impertérrito peinado blanco, salió de su aposento, pero hijo, mira nada más cómo te has mojado, y dispuso de inmediato que las doncellas lo atendieran. Una trajo una palangana floreada como su vestido y unas toallas albísimas; otra, una jofaina de plata con agua caliente y unas sales de baño, mientras la más joven de las tres le desabrochaba los zapatos, le arremangaba los pantalones y le sacaba los calcetines. La abuela entretanto le quitó la chamarra y la camisa empapadas, le puso una bata de lana calentita y maternalmente le secó los cabellos. Ramón se sentó en un abullonado

sillón. La muchacha más joven, de hinojos, con delicadeza no exenta de sensualidad, le frotaba los pies metidos en el agua que otra escanció en actitud de samaritana. Finalmente, la abuela fortaleció con un generoso chorro de *cognac* la infusión que la otra joven había preparado con manzanillas y suspiros.

Ramón estaba tiritando, y nada de que le abrieran la puerta. Volvió a tocar.

Le abrió Artemio. Anteojos redondos que ya eran parte de su rostro, serio como si tuviera soldadas las mandíbulas.

—Pásale —le dijo como si lo escribiera con dos dedos en su máquina de escribir.

Ramón le entregó, cual credencial de ingreso, la botella disfrazada de botella.

—Déjala por ahí.

—¿Y Javier? ¿Está?

—En su cuarto. Yo creo que no tarda en salir. Si quieres esperarlo —dijo Artemio, y se sentó a la mesa del comedor donde estaba escribiendo, a máquina lenta, fichas que extraía de unos libros espantosos de papel revolución, pero Revolución Cubana, que se apilaban ordenados entre el desorden de la mesa.

Ramón se echó sobre un cojín y se quitó los zapatos y los calcetines lacustres.

—¿Tendrás una toalla?

Artemio terminó de escribir su ficha antes de contestar:

—Pásale al baño si quieres.

Ramón se levantó y fue al baño. Lamentó haberse quitado los zapatos antes porque el piso estaba pegajoso. Los emplomados de la ventana, que representaban unos cisnes necesariamente degollados, limitaban el paso de la luz eléctrica de la calle. Palpó la pared hasta encontrar el apagador y cuando encendió la luz se encontró con la novedad de que el botón, pintado de rojo, salía, como si fuera la lengua, de la boca de Marilyn Monroe retratada en un cartel ondulante, fijado en la pared, y de que la cortina de baño ostentaba la figura de Mickey Mouse. «Aquí está la mano de Luis», pensó. La única toalla que encontró estaba tan húmeda y sucia que más parecía jerga de trapear. De todas maneras intentó secarse la cabeza y los pies y después regresó a la estancia, donde Artemio seguía confeccionando su recetario de marxismo.

Artemio era bastante mayor que Ramón y que Javier aunque no lo aparentara: sonrosado, lampiño, daba la impresión de que se hubiera preservado en un congelador. Había permanecido entre paréntesis durante su adolescencia y su primera juventud, enclaustrado en un convento provinciano hasta que decidió, cansado de las pasivas especulaciones teológicas y de la vida contemplativa, aplicar la caridad cristiana a la causa revolucionaria, movido, quién lo dijera, por el mismísimo Concilio Vaticano II. La teología de la liberación, pues, lo hizo pasar del encierro estéril a las jornadas de vida cristiana, y de ahí a diversos trabajos de servicio social, y se sintió redentor de indígenas y proletarios. Veneraba a Camilo Torres y a Ernesto Cardenal —eso sí es poesía—, pero más que a ellos y al marxismo entero: al maravilloso, al deseado, al ignoto sexo femenino. Frente a las mujeres se le podía

desmoronar fácilmente la superestructura y como en tiempos de guerra, cuando cualquier hoyo es trinchera, Artemio era soberanamente indiscriminatorio. Poseía un erotismo largamente calentado durante su estancia conventual, donde los superiores señalaban en excitantes esquemas del cuerpo femenino las partes, divididas como si fueran cortes de res, más pecaminosas en los pensamientos nocturnos, y Artemio sufría las tentaciones de san Antonio y en ellas se abismaba tan gozoso como arrepentido, a lo Ramón López Velarde, a quien no leía tal vez por aquello de la «Íntima tristeza reaccionaria». No obstante su proclividad a las mujeres, Artemio sostenía una relación comprometida y puritana con Belinda, muchacha provinciana como él, que oscilaba constantemente entre la Virgen María y Rosa Luxemburgo.

Mientras esperaba el despertar o lo que fuera de Javier, Ramón, sentado en uno de los cojines y respaldado en un viejo sillón de brazos cilíndricos, recorrió, más con el recuerdo que con la vista, cada uno de los objetos que armaban ese espacio compartido con Nuria y sintió que todos ellos —la lámpara de latón, el cenicero de lámina, el retrato de la tía abuela, el móvil, la maceta de espejitos— eran tristes, inmensamente tristes.

Por fin apareció Javier con cara de insomnio secular, descalzo como solía andar por casa y a veces por la calle. Ramón hubiera querido un té con piquete —o sin té como el que le hubiera propuesto la tía abuela de su ensoñación, pero aceptó la cubita que Javier le ofreció, con mucho hielo eso sí, pero sin gas porque esa Coca familiar estaba destapada desde el jueves.

Javier puso a todo volumen, como para no hablar o sólo por joder a Artemio, *Carmina Burana* de Carl Orff y se sentó también en el suelo, frente a Ramón, a quien le mostró, sin proponérselo, la suciedad parasitaria de las plantas de los pies.

Un itinerario sinuoso, obstaculizado por la energía de los coros, condujo sus palabras, de las burlas con respecto al estudio de Artemio, a las mujeres, y de las mujeres, por ausencia aparente, al onanismo y a la poesía, y de la poesía y el onanismo sumados, a Walt Whitman y a Ezra Pound.

No había terminado de oírse la primera cara del disco cuando de un cuarto salió Leti, aquella compañera a quien Javier llamaba Maga aunque su pájaro no fuera el mirlo ni su color el amarillo ni su puente el Pont des Arts porque era incapaz de distinguir entre un mirlo y una paloma y de escoger uno entre todos los colores y no conocía más puentes que los del viaducto Miguel Alemán. Leti tenía los cabellos alborotados y en la modorra de los párpados y la desnudez de los pies se revelaba la complicidad con los sudores y los vellos de Javier. Ramón reprimió su educado impulso de levantarse y saludarla de mano como se usaba antes, ¿te acuerdas lo pendejos que éramos?, y se limitó a decirle hola desde su reducto. Cómo se le antojó meter los pies entumecidos en una palangana de agua caliente aunque no lo atendieran las doncellas. Leti apenas respondió al saludo, se despatarró en el piso igual que Ramón y que Javier, alzó los brazos y se puso las manos entrelazadas en la nuca. A Ramón le inquietaron los vellos de las axilas de Leti, tan crecidos, tan

masculinos, pensó. Ella no hablaba y parecía que tampoco escuchaba, ni la conversación ni la música. No aceptó la cuba que Ramón le ofreció cuando él y Javier se levantaron para servirse otros tragos en la cocina —cuyo piso estaba más pegajoso que el del baño— y allí se quedó sentada, echada más bien, a saber si distraída o concentrada en un solo punto intransferible, jugando con la borla polvosa del cojín mazahua.

A Ramón de alguna manera le incomodaba su presencia. Intentó ser atento dos veces, involucrarla en la conversación, que no era muy dispendiosa que digamos, aun buscar su asentimiento en alguna frase que pudiera parecerle inteligente o simpática, pero no pudo modelarle en el rostro ninguna expresión distinta a esa que tenía entre la censura y la indiferencia, entre la concentración y la fuga.

Antes de los toquidos coquetos en la puerta, se oyeron las risas de Valeria y las quejas sobreactuadas de Luis a propósito del mal tiempo, de las fatigosas escaleras y del pésimo gusto de las jaulas y la ropa tendida que habían convertido al digno edificio en una repugnante vecindad, oyes. Entraron al depa no tan mojados como Ramón porque la lluvia había amainado.

Abolida la esclavitud al brasier, los pezones de la lluvia, que irrumpían en el paisaje batik de la camiseta sicodélica, irrumpieron a su vez en el departamento. La sexualidad remarcada a fuerza de negarse o por lo menos de no remarcarse. Ni un solo color en la cara. Los labios naturales hasta el agrietamiento. Las muñecas y el cuello amarrados por cueros sin curtir. Cuentas, caracoles hilvanados, estrellas de anís. Los *levis* untados con fiereza, burdamente, a la tersura de las nalgas, a la cima del monte. Los pies casi descalzos, las uñas chatas, rojitos los dedos, asomados por el simulacro de huaraches, ateridos por los charcos. La voz ronca, ronquísima, casi masculina. A Valeria no parecía importarle demasiado que el agua resbalara por la cabellera prematuramente salpicada de canas. Mantenía inalterable su sonrisa de 400 *watts*. A Luis, en cambio, lo humillaba la puta madre naturaleza —así dijo— y el subdesarrollo de este país de mierda donde sigue lloviendo como en Macondo y como en todas las pinches novelas telúricas latinoamericanas.

—Hola, mi *buguita* —saludó Luis a Ramón, haciéndole un cariño en la cabeza.

Luis llevaba un ramo de flores que le entregó a Javier junto con un pellizco en el cachete.

—Voy a pasar a tu baño, *darling* —dijo con actitud de Arturo Cova devorado por la selva.

Valeria se sentó en el suelo enfrente de Ramón, cuyos pies desnudos hicieron un gesto de pudor, y no hubo quién los presentara, ¿te acuerdas lo pendejos que éramos?, ni hubo oportunidad inmediata de presentarse a sí mismos, soy Ramón, soy Valeria, pero aun así, la sonrisa de ella y la sonrisa que él, tímido, formuló más como interrogante que como declaración de principios coincidieron unos segundos y a Ramón, al menos, le pareció que se conocían desde antes y admiró la espléndida dentadura de Valeria y una incrustación de oro, allá, en una muela del fondo. Ramón

se quitó la bata, ahora de seda, que le había puesto la tía abuela y se la colocó en los hombros a Valeria, quien lo agradeció sólo con esa sonrisa cada vez más pronunciada, y trajo la misma palangana y las sales y la jofaina con agua caliente y las toallas afelpadas y le acarició largamente sus elegantísimos tobillos, y los dedos de sus manos se entreveraron a los dedos de los pies de ella, distorsionados bajo el agua.

—Soy Ramón Aguilar —acabó por decir aunque no viniera al caso y se arrepintió de haber dicho también su apellido cuando ella respondió, a secas:

—Soy Valeria.

Javier acomodó lo mejor que pudo las flores de Luis en un jarrón de la tía abuela mientras Ramón buscaba en el almacén de su imaginación algunas frases para abordar a Valeria que no fueran a qué te dedicas, ¿estudias o trabajas? o qué signo del zodiaco eres y cuál es tu ascendente, pero no encontró ninguna, así que supo que estudiaba danza contemporánea y que era escorpiona del 10 de noviembre con ascendente en virgo.

Se había acabado el disco hacía rato y sólo se oía el teclado torpe de la máquina de escribir de Artemio.

—Basta de percusiones, ¿no? —dijo Luis de regreso de ese recinto de intimidad que huele peor que a baño de gasolinera, chato. Y mira que te lo arreglé chulo. Cuando vio las flores en el jarrón, exclamó con un mohín—: ¡Cómo así, Javiercito, pareces sirvienta! —y las reacomodó mordiéndose los labios y ladeando la cabeza como si estuviera peinando a una señora.

Javier se dirigió al aparato y puso el disco de Peter, Paul and Mary que era propiedad muy explotada de Lorenzo.

—Éste lo usa tanto Lorenzo —dijo Javier mostrando la portada— que si lo pones del lado A se oye del lado B.

Ramón retrocedió *five hundred miles* hasta que llegó a los inicios de su amistad con Luis. ¿Te acuerdas lo pendejos que éramos?

Contra la vulgaridad patentada de su extracción, Luis había cultivado un gusto exquisito. Sabía de cine (era capaz de responder a preguntas tan triviales como cuáles actores norteamericanos han muerto en todos los papeles que han representado), amaba lujuriosamente a Nueva York, le gustaban las comedias musicales y hablaba inglés a la menor provocación o sin provocación. Ramón lo había conocido en la facultad hacía un par de años y desde que había recibido su primera mirada, peligrosamente viva y brillante, se había sentido desnudo. No sin esfuerzo, Ramón había aprendido a mirar y a sostener la mirada de sus compañeras. Y casi siempre ganaba, a pesar de su timidez: la otra pestañeaba antes, bajaba la vista primero. Pero no estaba acostumbrado a ser visto así por alguien del sexo masculino, de manera que rehuía los ojos de Luis. Y también su compañía. Con sus amaneramientos enfáticos, con su vocecita, con sus frases demolidoras que le salían de esos labios

extraordinariamente delgados, Luis incomodaba a los presentes mediante el infalible recurso de desbaratar a los ausentes. Por eso, empero, era preferible permanecer a su lado aunque molestamente, que alejarse y ser su *punching bag* moral. Había que ser tolerante, reír sus chistes, demostrar amplitud de criterio, beneplácito y aun complicidad para no ser tildado de subdesarrollado —que era su insulto predilecto. Para Luis todos los hombres, sin excepción, eran homosexuales, si bien muchos lo ocultaran o no se lo permitieran a sí mismos sin saber que los más machos eran los más maricones, a ver, *darling*, por qué tanto abrazo y manoseo entre los piernudos futbolistas cuando meten un gol, a ver, por qué tanto faje en las cantinas, que si yo te quiero como a un hermano, que si tú eres mi amigo, que si las pinches viejas que se vayan todititas a la chingada. Después de esa temporada de miradas acechantes, Ramón, más por temor de estar ausente que por deseo de estar presente, se había ido acercando a Luis y había empezado a torear con cierta habilidad sus embestidas hasta que sus risas nerviosas o concesivas del principio se fueron haciendo naturales, espontáneas. Aceptó con tranquilidad el calificativo de *buga* que Luis le aplicó con intención peyorativa y con tono de decepción amorosa.

Un mediodía particularmente luminoso habían ido Luis y Ramón, con Javier y Mario a la cantina El León de Oro, muy cercana al depa. Entraron al gigantesco galerón de paredes de mosaico y de piso cubierto de aserrín absorbente de todo género de humedades. Se sentaron con naturalidad sobreactuada, fingiendo todos que eran parroquianos cuando todos eran meros turistas de esos antros habitados por burócratas de cuarta, vendedores de seguros y toda suerte de campeones sin corona. Pidieron unas yerbabuenas que alguien había recomendado y se las tomaron como si fueran refrescos inofensivos. Les sirvieron por cuenta de la casa sus calditos de camarón y sus botanitas del día con cada uno de los tragos, que se fueron reponiendo a velocidad geométrica, y muy pronto se sintieron parroquianos de veras. Mario, como para ganar edad, se hizo bolear los zapatos, Ramón rechazó al vendedor de discos que trataba de ensartarle las obras completas de Los Panchos, Javier hizo la propuesta de que se dieran unos toques eléctricos, que los demás, aunque hubieran tenido ganas, despreciaron por principio, y Luis compró una bolsita de damiana para la potencia sexual y unos jitomates marinos para las hemorroides que eran machos ambos y que le costaron el doble porque el vendedor los daba por parejas, uno macho y otro hembra, joven, mire usted cómo uno flota y otro se hunde. Con las yerbabuenas sus voces fueron ganando decibeles y se fueron disipando sus temores y desinhibiendo sus corazones —corazas al principio— y acentuando sus potencias sin damianas hasta que la mirada de Luis, que había crecido en brillo y contundencia, se clavó, ay, en un burócrata forzudo y guapetón, envalentonado por tres de seguro subalternos que lo acompañaban y que asentían casi servilmente a todo lo que él, dueño exclusivo de la palabra, profería cada vez con mayor énfasis. Cuando el forzudo advirtió que la mirada de Luis no cedía al cabo de dos cubas, se desesperó, dio un golpe en la mesa que hizo tintinear el hielo de los vasos, como si hubiera

colocado la última de sus fichas de dominó, y levantándose sin torpeza de su asiento pronunció el tan famoso qué me ves cabrón.

—Lo bonito que te ves —respondió Luis, infantil, paródico, afeminado, temerario, y mantuvo una sonrisa particularmente adelgazada, a saber si por miedo, por cinismo o por ebriedad.

«En la que nos vamos a meter, carajo» pensó Ramón mientras los tres acompañantes del forzado hacían para atrás sus sillas ataviadas con sus sacos brillosos y se levantaban como guardaespaldas del burócrata mayor. Para sus adentros, Ramón midió sus fuerzas con quien, por mero azar de disposición, le correspondería pelear en la batalla y calculó que la tenía perdida de antemano: era un hombre corpulento, quien sabe si por grasa o por musculatura. Como sabía que allí de poco o de nada servían las palabras o los razonamientos, modificó su expresión conciliatoria y se inventó la más agresiva que pudo porque curiosamente estaba dispuesto a luchar por Luis: la respuesta, que al principio consideró imbécil, de pronto le pareció valiente y burlona, como Luis mismo. Casi lo admiró. El forzado se acercó a la mesa y, con los brazos en jarras y el pecho erguido como si lo fueran a condecorar, le dijo a Luis:

—¿No leíste en la puerta que está prohibida la entrada a menores, uniformados y *mujercitas*? —subrayó.

—Favor que me haces, chato —tuvo los huevos de contestarle Luis.

—¡Pinche puto! —escupió, enrojecido, el burócrata mayor.

Javier, tan escuálido; Mario, tan chavo, y Ramón, tan civilizado por no decir cobarde, ya se habían levantado de sus sillas como espejos de los acompañantes del forzado y esperaban temerosos el inminente encuentro. El único que seguía sentado con calma, aunque le latieran las sienes y le brillaran los ojos más que de costumbre, era Luis. Le dio un trago a su yerbabuena sin bajar la vista, se levantó pausadamente y ante la sorpresa y el silencio de todos se acercó al jerarca y le dijo sin ningún gesto manierista, más bien con seriedad amenazante:

—Mira, chato; yo soy puto de la cintura para abajo, pero no de la cintura para arriba —y antes de que nadie riera el chiste, que no era tal, le descargó un puñetazo de tal manera brutal en la boca, que el forzado cayó de nalgas al aserrín del piso y dio con la nuca en el portavasos de la pata de su propia mesa, haciendo caer platos, tazas, vasos y fichas de dominó. Y ahí se quedó, ensangrentado, sin saber qué hacer, mientras Luis recogía las llaves de su coche y salía, impertérrito, de la cantina.

Ramón se quedó boquiabierto de la imprevisible fuerza de Luis, le quitó el «casi» a la admiración que empezaba a profesarle y le dieron ganas de hacer lo mismo con su «pareja», quien, tras un momento de desconcierto compartido con sus compañeros, emprendió, como los otros, el ataque reivindicatorio.

Mario, Javier y Ramón salieron por piernas de la cantina: golpeados, sangrantes,

harapientos, sin relojes ni carteras.

A cuadra y media Luis los esperaba. Antes de que los tres pudieran decirle qué poca madre, en qué lío nos metiste, cabrón, por qué te largaste y nos dejaste ahí en medio de los madrazos, Luis, que había estado llorando como un niño metido en una caseta telefónica, les dijo con un suspiro:

—Gracias, muchachos —y añadió, con otro suspiro más cinematográfico que el primero—: lástima, era guapo el tipo. Tenía bonita boca.

Don't think twice, it's all right.

Artemio había dejado sus percusiones mecanográficas no por el dictado de Luis sino por la presencia insólita de Valeria, quien, por venir en compañía de Luis, no venía realmente acompañada. Pero aunque hubiera llegado con el más involucrado de los amantes o, de tenerlo, con el más celoso de los maridos, Artemio igualmente la habría abordado porque su mecanismo de seducción descansaba en la premisa de que él estaba más allá del bien y del mal, como si hubiera cumplido cabalmente con la vocación sacerdotal de sus sueños infantiles y se erigiera por tanto en juez de vidas y oidor de confesiones. De entrada esgrimía sus contradictorias credenciales de materialista idealista, hablaba de su incontrovertible compromiso con las causas populares, edulcorado por los valores de igualdad social, y ponía ejemplos de sus experiencias, tan conmovedoras pero nunca paternalistas, de los campesinos del Mezquital o de las familias proletarias del cuadrante de San Francisco. Daba la impresión de que el único amor que abrigaba su alma era el castísimo amor al prójimo cuya exaltación discursiva le permitía ganar proximidad, acercar su rodilla a Valeria, tocarle el hombro cada vez que iniciaba una cláusula, y rozarle, con voz baja y serena pero emocionada, su sonrisa imperturbable.

Las palabras ardientes de Artemio llegaron a inflamarse y una llamarada, que aterrorizó a Valeria, le brotó de las fauces. Y sus manos, ávidas de tocar aquellos senos despuntados en la camiseta batik, se fueron convirtiendo en garras feroces. Y su mirada lujuriosa se volvió agresiva, amenazante. Ramón-Tristán-San Jorge montó en su brioso caballo blanco, bajóse la celada del almete y lanza en ristre arremetió valientemente contra el dragón y le derramó su tercera o cuarta cuba entre la camisa y la espalda.

—¡Qué te pasa, güey! —protestó encabronadísimo Artemio.

—Hijo, mano, perdóname de veras, fue sin querer —dijo Ramón, aunque queriendo todavía cortarle la lengua con su espada.

—Ten cuidado, cuate.

Morena, huesuda, metonimia de morral y huaraches, llegó Belinda, y ella sí, ¿te acuerdas lo pendejos que éramos?, saludó de mano a todos y a Leti la dejó con dolor de coyunturas en los dedos. Apoyó solidariamente los trabajos de Artemio para limpiarse la catarata pegajosa que Ramón había vertido sobre su espalda y ya estaba

dispuesta, con mirada de mitin, a encargarse del aspecto ideológico de la virtual célula ahí congregada cuando se oyeron los gritos shakespereanos de Pierre y Juliette que no tenían dinero para la portera. Javier les aventó por la ventana un billete de a peso que se fue columpiando por el aire y que ni el uno ni la otra pudieron atrapar. Lo recogieron del charco donde había caído y así empapado se lo dieron a la portera que ante tal devaluación condimentó su perorata con cien mil madres. De todas maneras los dejó pasar.

Pierre tenía cara de gitano: el pelo negro, seboso, lacio, muy largo; la nariz de Shylock y en las comisuras un desprecio al borde del escupitajo, que se alternaba con la risa franca, a veces cínica. Vestía por toda indumentaria un brillante traje negro y unos zapatos sucísimos. No usaba camisa ni calcetines ni al parecer ninguna otra prenda que no fuera el traje de cuervo. Se le veían los tobillos, las muñecas y el pecho pintados con manchones rojos, como lenguas de fuego, porque según dijo se había disfrazado de diablo para enseñarles a los niños del catecismo que se reunían en la inútil cochera del edificio donde vivía que el demonio era el cuate más simpático del mundo. Juliette, tan desgreñada como Leti, se reía a carcajadas de las respuestas a las preguntas que hacía a boca de jarro a los presentes: ¿eres homosexual?, ¿nunca te acostaste con tu hermana?, ¿eres frígida?, ¿cuántas veces al día te masturbas?

En una parodia de la cortesía burguesa, Pierre, tras el enérgico apretón que le dio Belinda, le retuvo la mano delicadamente, se la acercó a los labios como para darle un beso protocolario —es decir para no dárselo— y lo que hizo fue sacar la lengua y lamerle desde la punta de los dedos hasta la axila como si humedeciera una gigantesca estampilla postal. El impetuoso enojo de Artemio ante semejante atentado que profanaba la dignidad de su Virgen María —más bigotona, por cierto, que las de Murillo— fue congelado de inmediato por la carcajada irrefutable de Pierre, generalizada tan democráticamente que Artemio se vio obligado a reír también y Rosa Luxemburgo, doblegando el índice que ya apuntaba su perorata, acabó por secundarlo.

Juliette sacó de su morral un rollo de periódico. Sobre el piso desamortajó el cadáver de una rama de mariguana. Javier le pasó una revista, ella la abrió azarosamente, puso ahí unas hojas de yerba y con habilidad de prestidigitador separó los que Moncho conoció como coquitos. Luego, sin hacer ninguna alusión a su tarea, sin interrumpir sus preguntas rotundas y sus consecuentes carcajadas, forjó en una sabanita un cigarro y lo pegó con la humedad de la lengua; se lo metió en la boca y lo mamó cuidadosamente. Ramón sintió un encogimiento repentino del escroto.

El churro empezó a circular entre los presentes —¿o ausentes?— sin que se alteraran ni el silencio ni la conversación. Cada uno le daba dos o tres fumadas lentas y profundas, contenía el humo y después seguía hablando o permanecía en el silencio en el que se encontraba antes de fumar, y pasaba el cigarro al compañero más próximo sin hacer comentarios. Ya le iba a tocar a Ramón y Moncho aún no sabía qué hacer. Antonio, su hermano mayor, el casado, comentó en voz alta y contundente

que las drogas son una cobarde evasión y que la mariguana es sólo el principio del camino irreversible que conduce a las drogas mayores, que someten la conciencia, que esclavizan el espíritu, que despojan al hombre de su propia condición y lo convierten en cosa, en objeto inservible, para terminar con un categórico la juventud está perdida que ruborizó a Ramón. Antonin Artaud, por el contrario, en voz muy baja, casi en silencio, habló de los rituales del peyote en la Sierra Tarahumara y de las insospechadas potencias del hombre —la imaginación, el sueño, el delirio— tan ciegamente reducidas por la moral burguesa a la vigilia, a la reflexión, a la conciencia. Ya con el cigarro en la mano, Moncho no supo si fumar o no fumar.

Como si la atmósfera sonora hubiera confeccionado un *collage* de fotos en blanco y negro, por el aire denso del depa se enrarecían nombres, más vomitados que dichos, amaridados en parejas azarosas, a veces reveladoras, cuyos apellidos empezaban con la letra B sin que nadie hubiera establecido el código del juego del que todos, empero, ya participaban:

—Borges y Bioy Casares. Es que Bioy los crea y Borges los junta.

—Bakunin y Brigitte Bardot.

—Bachelard y Joan Báez.

—La Beauvoir y André Breton.

Hasta que Pierre, sin previo aviso, dio un salto cualitativo —o por lo menos alfabético— y pronunció el nombre inesperado de Jesu Cristo, y Javier, que por entonces leía *Paradiso* sin entender un carajo, mencionó a José Cemí, y puesto que de J C se trataba, Ramón, de pie, seguro de sí mismo, dijo Julio Cortázar.

Ah, qué entusiasmo repentino por Cortázar.

Ya sin la presencia moscardana de Artemio, que discutía sesudamente con Belinda, Ramón vio a Valeria con las mismas ganas con las que había leído los capítulos imprescindibles de *Rayuela*. Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar las incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que envulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco las arnillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplicando, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas fílulas de cariaconcia.

—¿Tú te tordulas los hurgalios? —le preguntó a boca de jarro, siguiendo el ejemplo de Juliette.

—¿Qué cosa dices? —preguntó ella, extrañadísima.

—Nada —dijo él—, que si te podría aproximar suavemente mis orfelunios —y se rió a carcajadas, hasta las lágrimas, y a ella se le contagió la risa y Ramón no supo bien a bien si Valeria se reía por lo que él le había preguntado o por mera proclividad a la risa. Y como ahí mismo tenía su ejemplar de *Rayuela*, quiso leerle el capítulo 68

pero no lo hizo porque de repente se sintió muy solo y se puso serio y mejor le habló de su familia, de mamá y de Antonio y de Patricia, pero con reservas y con un sentido crítico rayano en el desprecio que lo instalaba de lleno en la modernidad.

—¿Y tú? —le preguntó.

—¿Yo qué?

—No te hagas. Tu familia, ¿qué onda?

Y Valeria, sin recatos, le contó de su familia.

Valeria provenía de lo que las familias decentes llaman una familia decente: vivía en una enorme casa de Las Lomas, que tenía un jardín para perderse, alberca techada, cocheras para más de siete coches, cinco extensiones telefónicas, baños en cada cuarto y papel higiénico de color en cada baño. El padre era un afamado ginecólogo y la madre una mujer guapa a sus siempre casi cincuenta años, dietética, gimnástica y esdrújula, que había dado el brinco de las flores de migajón a la lectura indiscriminada sin haber pasado por el *bridge* ni la canasta. Tenían cuatro hijos: tres varones güeritos muy monos y Valeria, la única mujercita, la más pequeña, la consentida, la debilidad del padre. Muy Movimiento Familiar Cristiano iban todos juntos a misa los domingos, siempre comulgaban, y después, en la terraza, tomaban el aperitivo y las botanas mientras la paella, bajo la vigilancia del padre y con el trabajo de todos los demás, llegaba a su punto en las brasas del asador. Adornaban los pinos del jardín en Navidad; escondían huevos de pascua el domingo de Resurrección; muy mexicanos, muy mexicanos, hacían chiles en nogada durante las fiestas patrias; celebraban con cenas especiales todos los santos, los cumpleaños, los aniversarios de bodas, los días de la madre, del padre, del médico, cosas así, siempre gratas, estabilizadoras, familiares... Hasta que un día, la madre, que se había inscrito en un curso con el ex jesuita Pardinás, a quien todo mundo le seguía llamando padre, y que había asistido contra la voluntad de su esposo a tres o cuatro sesiones de terapia de grupo, drogas incluidas, con el doctor SALVADOR Rocket, se dio cuenta de la inutilidad de su vida, recobró una adolescencia un tanto trasnochada a sus casi cincuenta, se puso un huipil de la zona trique como uniforme permanente, y de un viaje que hizo a Chiapas con un grupo de señoras que tomaban clases de historia del arte se llevó a vivir a su casa a catorce chamulas que no sabían usar los excusados ni comer con tenedores. El médico recurrió a toda la paciencia hipocrática y a toda su sabiduría ginecológica para disuadirla de tal encomienda que ni fray Bartolomé de las Casas, pero los argumentos de su mujer eran demoledores toda vez que iban dirigidos a los valores fundamentales, axiomáticos y universales de la vida y frente a ellos se estrellaban los «matices» del doctor, el sentido común, el hay que ser realistas, les haces más daño que bien apartándolos de sus serranías, no basta con un corazón tan generoso como el tuyo. Cuando los chamulas se posesionaron de la casa; usaron la alberca para lavar sus rebozos y sus calzones de manta; se cagaron en las hortensias y convirtieron la marmórea chimenea de la sala en fogón de todo género de fritangas, se presentó la disyuntiva previsible: o los chamulas o yo. Y ganaron los chamulas.

Bueno, no exactamente, porque los chamulas nunca ganan. Más bien perdió el doctor. Tronó el matrimonio, la casa se malbarató, el doctor compró un departamento para él y otro para sus hijos en el mismo edificio, los chamulas se dispersaron por la ciudad en calidad de mendigos y la mamá se fue a vivir a las playas de Cipolite con unos jipis *peace and love* de la greña a los huaraches, muy bien ubicados entre las misteriosas y complejas margaritas y el simplísimo universo.

Después de oír la historia de Valeria, Ramón sintió la suya pobre, ridícula y tan normalota que se avergonzó de ella y, sobre todo, de haberla relatado.

Sin ninguna explicación preliminar, Juliette prendió unas velas encandelabradas en botellas de cerveza, apagó las luces y puso el *Concierto de Aranjuez*.

—¡Qué romántico! —suspiró Javier, poniendo cara de bohemio, ¿te acuerdas lo pendejos que éramos?

Con gritos altisonantes y carcajadas nasales, Pierre, a quien nadie, salvo Juliette, había echado de menos durante el último cuarto de hora —¿o de siglo?—, irrumpió en la sala. Se había quitado su brillante traje negro y sólo tenía puesto, sobre los calzoncillos largos, un corsé de la tía abuela, que se había encontrado en el almacén de los recuerdos entre mecedoras de bejuco roto y fundas de bordado *petit point*, y que le apretujaba el pecho peludo. Conservaba la pintura roja en todo el cuerpo. Se abrieron paso, él y Juliette, entre las risas expectantes y se treparon al sofá a bailar y a representar una parodia de la pudibundez decimonónica. El espejo duplicaba las risas bruñidas de Juliette, quien pretendía, con movimientos hiperbólicos, agarrarle a su andrógina pareja el agujón leftosomático macrogenitoma, como narró Javier con afectación de Lezama Lima metido a cronista de fútbol, mientras Pierre, cual solterona recatada aunque bigotuda, brincaba de un lado al otro del sofá dando pequeños alaridos y protegiendo sus desvergüenzas.

Ante el inusitado espectáculo, Luis, emocionado, reproducía los brinquetes de Pierre, Leti emitía inéditas sonoridades semejantes a la risa, Rosa Luxemburgo y Artemio, a quienes les hubiera gustado mucho haberse echado unos toquecitos, hablaban de la decadencia de la burguesía, y Javier, que se columpiaba entre la risa y una tos enrojecida, trataba de articular la historia del viejo sofá y de sus proyectos ocupantes ahora mancillada por los rituales escatológicos de Pierre y de Juliette.

Ramón se divertía y se apenaba al mismo tiempo, quizá por la presencia de Valeria, que no modificaba su sonrisa y que no ofrecía por tanto ningún intersticio por donde pudiera colarse la complicidad. Sin embargo, al cabo de una hora, o de quince segundos, cuando el *Concierto de Aranjuez* había dejado de ser música de fondo para ser música de superficie, Ramón tuvo la certidumbre de que cada uno de sus impulsos era correspondido por cada uno de los movimientos de Valeria, por discretos o mínimos que fueran —sus pulsaciones, su ritmo respiratorio, sus escasos parpadeos—, como si entre ambos estuvieran construyendo minuciosamente un mismo pensamiento. Pero ella, quizá, pensaba en otra cosa, y las sonrisas que le regalaba a Ramón y que él decodificaba unívocamente no venían acaso por el mismo camino

que seguían las que Ramón le dirigía. Sí; el uno estaba pendiente del otro, mas las referencias y los ánimos de sus miradas, de sus silencios, de sus aproximaciones corporales no eran necesariamente coincidentes y si los dos al mismo tiempo hubieran tenido que decir en voz alta lo que estaban pensando en ese preciso momento, se habrían sorprendido de la distancia que los separaba. O tal vez no. Tal vez habrían tenido la ilusión de una nueva coincidencia.

Cuando Ramón dio por sentado que el puente del erotismo estaba firmemente tendido y que podía atravesarlo sin riesgo alguno, le preguntó a Valeria:

—¿Te puedo decir un secreto?

Ella, asintiendo, se acercó hasta que los vellos dorados del lóbulo de la oreja rozaron el escuálido bigote de Ramón. Tras el susurro, Valeria se apartó abruptamente:

—Esas cosas no se dicen; se hacen —dijo en un tono reclamatorio de cuya motivación profunda Ramón tuvo una duda espantosa: ¿me reclama que lo haya dicho o que no lo haya hecho?

Ay. Se sintió un caballero medieval que tratara de conquistar a una chava buena onda del siglo XX —o del XXI.

The Mamas and the Papas habían reemplazado a don Joaquín Rodrigo. Pierre y Juliette, apostados en el pretil de la ventana, articulaban con anteojos carpenterianos la taxonomía de las azoteas de México. Javier, pecho a tierra (sin metáforas), jugaba con la misma borla polvosa del cojín de Leti y ambos se reían, pero desacompañadamente, nunca al mismo tiempo ni de las mismas cosas. Rosa Luxemburgo y Artemio, en un rincón, se arrebataban la palabra, salpicada de saliva. Luis, canturreando las canciones del disco, buscaba entre las exiguas posibilidades de la alacena algo de comer que no fuera la avena y la soya de Lorenzo. Ramón y Valeria, que a pesar de las ilusiones no se habían encontrado en el tiempo, al menos se encontraron en el espacio: el quicio de la puerta del cuarto de la abuela.

Y ahí, entre la recámara y el pasillo, bajo el dintel fronterizo que separaba el presente del pretérito, Ramón de Gaula se alzó la visera de su armadura para por fin mirar de frente, y sus ojos primitivos —deseosos y limpios a un tiempo; animales e inocentes— vieron azorados a la dama, como si estuvieran descubriendo el fuego. Tras marcarse con los incisivos el labio inferior, Valeria, así mirada, se dispuso a correr los riesgos del torneo que en ese momento se iniciaba. Se quitó un huarache y rozó con los dedos del pie desnudo el empeine de Ramón de Gaula, que desde su llegada a la justa imprevisible había abandonado sus esarpes oxidados. El bajó la testa para confirmar con la vista el deleite de las plantas y ella dejó que las coloridas plumas del penacho se pasearan por la palidez de su rostro, y delicadamente, mas no sin esfuerzo, con ambas manos le quitó el almete al caballero. Sus finos dedos, entonces, peinaron la hirsuta cabellera doblegada por el casco y sus labios emblemáticos, como flores de lis, se entreabrieron muy cerca del aliento del caballero. Conquistado, el conquistador la besó largamente hasta que ella, adolorida

por el abrazo de hierro en que él la retenía, se liberó graciosamente de sus férreos brazos y con habilidad escuderil procedió a sacarle el cuerpo de esa armadura carcelaria. Le zafó las manoplas, los brazales y los guardabrazos, que se fueron esparciendo cual desubicados trastos de cocina a lo largo del pasillo. Exento de tantos fierros mal articulados, el abrazo fue más dulce aunque el caballero mantuviera la coraza y las escarcelas que le defendían las ingles.

Llegó el momento en que Valeria y Ramón se desquiciaron: dejaron el quicio. Entraron de cuerpo entero al cuarto de los recuerdos y emprendieron nuevamente el sinuoso recorrido de las miradas, los abrazos y los besos. Con mal disimulada torpeza, Ramón despojó a Valeria de su camiseta sicodélica, y como viera con asombro de quien está acostumbrado a miriñaques y refajos que ni peto ni brasier la protegieran, acarició con manos ásperas pero con movimientos tiernos los jóvenes y consistentes senos de la doncella. No podía soportar un minuto más el violento ritmo de su corazón cautivo, así que le suplicó a su señora que le desabrochara las correas de la coraza. Ella trató de cumplir su deseo con diligencia pero al zafar la última correa, se pinchó un dedo con la hebilla. Ante la exclamación dolorosa, él se volvió con la poca rapidez que le permitieron sus herrajes y la coraza cayó estrepitosamente sobre un bidé portátil de la abuela. Todavía con las resonancias en los tímpanos, él le besó el dedo lastimado y le absorbió dilatadamente la sangre que manaba de la pequeña herida y de ahí pasó a la mano, y de la mano al brazo y del brazo al cuello y del cuello a los senos, que su lengua recorrió entre suspiros compartidos.

Amparada en su sonrisa avasalladora, Valeria, sin falsos pudores, con artificiosa naturalidad, se desabrochó el cinturón de plástico, se bajó el cierre de la inútil bragueta y guardando ágilmente el equilibrio se quitó los *levis*.

—Culito de reina en atuendos de siervo de la gleba o de pastor de cabras —pensó Ramón de Gaula, como si estuviera oyendo la lectura de una novela pastoril, al ver la esbelta figura de Valeria, sólo protegida por sus pantaletas *maiden form*, entrepierna de algodón y lo demás 100% nailon —sin incluir el encaje—, talla 34, medianas, color marfil, bajo las cuales no se adivinaba cinturón de castidad ninguno. LA VIRGINIDAD DA CANCER.

Sólo iluminados por el farol de Revolución, Ramón de Gaula, libre por fin de su armadura, acarició a Valeria. La acarició torpemente. Sus incontenibles ansias, alimentadas por la guerra y la abstinencia consecuente, se precipitaban. Ella trataba de contenerlo. Pero él, incontinente, lo único que consiguió fue robarle esa sonrisa que se anunciaba eterna. Sí; se la robó y se la puso en su propia boca.

*When the music's over, when the music's over here
When the music's over turn out the lights,
turn out the lights, turn out the lights.
Yeah, yeah.*

Cuando Ramón despertó al día siguiente, porque debía de ser el día siguiente, la sonrisa no se le había escapado de la boca, pero Valeria, su legítima dueña, sí. No estaba. No había dejado huella: ni una prenda ni un cabello ni un pasador de pelo ni un aroma ni una gota de sudor. Ningún itinerario, por sutil que fuera, de su fuga. Ni un leve hundimiento de la almohada, de haber habido almohada. Nada.

For the music is your special friend.

Ramón se levantó, se vistió, fue al baño, buscó sus zapatos y los encontró en la sala, cartografiados por la humedad.

*Dance on fire as it intends
music is your only friend
until the end, until the end, until the end.*

Alrededor de una vela innecesaria se arremolinaban dos cabelleras hirsutas, un turbante hindú, un chaquetón marinero, un suéter de Chiconcuac y una cotorina guatemalteca. Dos flores de loto y tres pares de pies más o menos descalzos escuchaban a The Doors al ritmo de un toque circulatorio y absorbían la portada del disco como si estuvieran descifrando la simbología hermética de *El jardín de las Delicias* de El Bosco.

*Cancel my subscription to the resurrection,
send my credentials to the house of detention,
I got some friends inside.
The face in the mirror won't stop.
The girl in the window won't drop.*

Oye nomás el bajo cómo respira: twooon-twooon-twooon. / Rumí es el persa, el sufi, ¿ves? El creía que el hombre se originó en el mundo no fenoménico, ¿ves? Y que atravesó varias etapas. / Yo aquí nomás, en mi rollo: twooon-twooon-twooon. / Primero la etapa vegetal, luego la etapa animal, hasta llegar a la etapa actual, donde tiene potencialidades infinitas, ¿sí agarras la onda? / Simón: twooon-twooon-twooon.

/ La esencia del hombre ha sido siempre la misma, pero ahora lo que tiene que hacer el hombre es descubrirla para alcanzar una unión más completa con todo, ¿ves? Con los árboles, con los astros, con sus semejantes. Y para eso tiene que nacer y renacer, ¿sí me agarras la onda? / Me fui hasta arriba con la rola ésta: twooon-twooon-twooon. / Aunque la fuente de la ola, es decir la motivación, ¿me entiendes?, puede que sea la misma, las fuerzas naturales en el hombre pueden llevar a la superficie a cualquier criatura. Un dragón marino, por ejemplo, una serpiente, una planta. Bueno, hasta una perla. / Arribísima. / Es que el hombre heredó una fuerza que puede dirigirlo a un estado bestial o puede elevarlo. / Azotarse o alivianarse, ¿no? / Andale. Pero qué sucede cuando la voz interior desafía a la razón. / No mames, desafánate ya. Agarra la onda: twooon-twooon-twooon.

Ramón no conocía a nadie. Mientras se ponía los zapatos, se limitó a corresponder con un movimiento afirmativo de la cabeza la V de la victoria que como frágil saludo le regaló uno de los chavos del grupo, que parecía tomar el mundo por cuarto blando.

*A feast of friends alive she cried,
waiting for me outside.*

Oyó ruidos en la cocina. Se asomó. Lorenzo convertía unos moluscos blanquecinos, que no parecían colonias sino repugnantes individuos, en su yogurt matutino.

—¿No sabes si se fue Valeria? —le preguntó.

—¿Valeria? ¿Qué Valeria? —preguntó, a su vez, Lorenzo.

—Estás muy bien peraltada —dijo Ramón mientras recorría fluidamente, con la mano derecha, el cuerpo desnudo de Susana desde una pantorrilla hasta la nuca, subiendo la cuesta perfecta de la cadera y bajando de puro vuelo por la cintura para volver a subir hasta el cuello, de ida y de vuelta, por ese camino largo, larguísimo, infinito.

—Estás muy bien peraltada —repitió, gozoso de la metáfora (como si él la hubiera inventado).

Todavía adormecida, ella sonrió contra la almohada y apenas escuchó que Ramón, interrumpiendo el ligero desplazamiento de su mano a la altura de las nalgas, le dijo: «Me gustaría que viviéramos juntos».

Ahí empezó todo. Con esa frase irresponsable, dicha más como suspiro que como proyecto de vida, motivada no por la reflexión sino por el regocijo apaciguado que trata de llenar el silencio posterior al acto amoroso. La dijo, pues, como si fuera una sonrisa agradecida y no una invitación, como si se refiriera; al pasado inmediato y no al futuro mediato. «Me gustaría que viviéramos juntos.» Podría haber en esas palabras un inopinado deseo de hacer eterno lo que se define por su fugacidad: el placer de amor; pero como semejante aspiración es igualmente vana que el anhelo de inmortalidad, la frase no tenía mayor sentido que el meramente textual: la ilusión y no el propósito de realizarla.

Ella, volviendo la cabeza pero sin abrir los ojos, a sabiendas de que se trataba sólo de un impulso verbal de Ramón, preguntó con una voz amodorrada que contribuía al fingimiento de la inocencia:

—¿De veras?

En unos cuantos segundos, Ramón había dotado a su frase de la fuerza irrevocable de la ensoñación: se había imaginado la presencia permanente del cuerpo de Susana a su lado, el espacio que los cobijaría y en él desparramada toda la feminidad de su dueña, desde la ropa interior hasta los frascos de perfume; desde la pistola de aire para secarse el cabello hasta las mensuales toallas sanitarias. Atado al pie de la letra de su frase irresponsable e inaugural, dijo:

—Claro, de veras —y su mano inició de nuevo el recorrido por el apacible cuerpo de Susana, de ida y de vuelta.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —se burló ella, ya con los ojos completamente abiertos.

Si la fidelidad textual había colocado a Ramón al borde del abismo, también lo protegía, ahora, del desbarrancamiento:

—No; te estoy diciendo que me gustaría que viviéramos juntos.

—Porque yo jamás me casaría contigo —respondió Susana a la pregunta que Ramón no le había formulado, vengándose precisamente de que no se la hubiera formulado. Y esa pequeña venganza dio en el blanco: Ramón se sintió herido de inmediato.

—¿Por qué? ¿Por mí o por el matrimonio? —preguntó, serio.

—Mmmh. Por las dos cosas —respondió ella.

—Entonces olvídale —se apresuró a decir él y le volvió la espalda.

Pasaron tres minutos. Al primero, ella había cambiado su disposición corporal: se había puesto de costado y sus senos se oprimían contra la espalda de Ramón; al segundo, le había acariciado la frente ceñuda y sus dedos le habían peinado los cabellos de la nuca; al tercero, le había dicho:

—Por el matrimonio. Realmente por el matrimonio.

Ambos le tenían miedo al matrimonio. Miedo o reticencia o falta de respeto.

De chico, Ramón varias veces se había visto a sí mismo casado, presidiendo desde la cabecera las comidas y las sobremesas, rodeado de muchos hijos e hijas que, dispuestos apostólicamente, permanecían atentos a sus palabras patriarcales; se había visto sentado en un enorme sillón de terciopelo verde, desde donde emitía sentenciosamente sabios consejos a su hijo primogénito, que interrumpía su lectura; se había visto de pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de una alta silla donde estaba sentada su flamante esposa, a la espera de la impresión de la placa fotográfica. Es decir que se había visto, en el futuro, investido de los atributos del marido y del padre del más sepia de los pretéritos. Pero estas imágenes habían ido diluyéndose con el paso del tiempo de la misma manera que van esfumándose las imágenes captadas por el daguerrotipo, y en su lugar habían ido configurándose otras menos legendarias, más a colores, más instantáneas: él, medio borracho, con los ojos brillosos y la sonrisa excesiva, cubierto de serpentinas, en medio de una fiesta casera; él, ataviado con un mandil, al lado de una paella gigantesca; él, deslumbrado por el sol, abrazando a su fantasmal esposa, en una lancha, en la mitad de un lago. Ahora, las imágenes del matrimonio eran otras: no precisamente las olorosas a pañales sucios o a sobras de comida dominguera, sino las que huelen al salitre del cautiverio más que al café con leche, a la tinta de los contratos tamaño oficio más que al cereal con plátano de todas las mañanas.

Bastaba con que el amor estuviera sancionado por las cláusulas de un convenio — pensaba Ramón— para que se iniciara desde el momento mismo del «SÍ acepto» un proceso de disolución que convertía el propio convenio en una mera formalidad carente de sentido, si bien determinante. Ramón ya no sería Ramón, sino el marido conminado por un papel a trabajar para la manutención de la casa, a llegar temprano, a arreglar la lámpara del pasillo, a ser fiel; y Susana ya no sería Susana, sino la esposa igualmente obligada a guardar fidelidad, a hacer la comida, a parir hijos y llevarlos a clases de natación, expresión corporal y gimnasia olímpica para disponer, así, de un rato de calma que bien puede invertirse en hacer la compra, visitar a mamá y ver la

telenovela de las cinco y media. Y como efectos de tal predeterminación, en lo hondo se iría alimentando un anhelo de libertad disyuntiva al matrimonio, que se manifestaría en el aburrimiento doméstico, en el silencio del periódico frente a la revista a la hora del desayuno, en el engaño. Y sin embargo, tal anhelo nunca tendría suficiente fuerza para romper el contrato porque siempre es más fácil que hable, por uno, el código establecido que uno mismo, y además, cómo prescindir de la tranquilidad de la conciencia, de la muelle costumbre: las cervezas en el refrigerador con sus etiquetas hacia el frente, el gas estacionario, la ropa limpia, la frescura de las sábanas y el cuerpo vecino al alcance del propio todas las noches —ese cuerpo que va perdonando y perdonándose poco a poco, hasta el desinterés, las lonjas, el mal aliento, los pedos.

Por estos lugares transitaba el pensamiento de Ramón, sin saber, ay, que eran comunes.

Claro que los tiempos habían cambiado y claro que las píldoras anticonceptivas y el divorcio. Ciertamente que la institución, ahora, era menos determinante y carcelaria que antes, e incluso a Ramón le hubiera gustado contribuir, quitando su granito de arena, a su desmoronamiento: casarse y divorciarse a las dos semanas, por ejemplo. Pero de cualquier manera seguía siendo una institución que sofocaba la libertad de la convivencia. Así pensaba Ramón. No era pues la convivencia lo que le producía tantos temores; antes bien la deseaba: el amor libre —cuyo solo nombre, por mera relación de opuestos, le imponía al matrimonio un sentido de amor condenado, prisionero— le despertaba más de una ilusión. Era la institucionalización de esa convivencia lo que generaba sus aversiones, la institucionalización de lo que fuera, hasta de la palabra misma, tan larga y burocrática, casi impronunciable: ins-ti-tu-cio-na-li-za-ción.

Hacía un par de años, Ramón se había rebelado contra esa prenda lujosa por absolutamente inútil que es la corbata, a la cual él consideraba una verdadera soga al cuello, y sin saberlo se había sometido a la esclavitud de no usarla nunca, por ningún motivo, de la misma manera que Susana se rehusaba a ponerse medias o zapatos de tacón. Ahí estaba contenida, en concreto, esa entelequia que se llama «libertad», en la rebeldía contra la institución: lo mismo contra la corbata que contra el sistema político, contra la peluquería que contra la academia, contra los zapatos de tacón que contra el matrimonio. Contra. Al carajo con los contratos, tú y yo nos amamos y nos seguiremos amando sin que un papel diga que tenemos la obligación de amarnos, nadie ama por decreto, y les demostraremos a todos los pinches burgueses que nuestro amor va a ser el más feliz y el más honesto y el más auténtico porque el respeto y porque la libertad y si no funcionamos juntos no por eso va ser un fracaso sino que cada quien su onda en buena onda y nada de que roles previos y nada de que yo solito todo el gasto y tú de ama de casa, y nada de que yo metida en la cocina y tú en la calle todo el día, y el amor y el trabajo y el compañerismo, yo te amo, yo también te amo, me cai que te amo, sí, el compañerismo, y los dos seguiremos

estudiando aunque no creamos en los exámenes ni en las tesis ni en los títulos pero una beca en el extranjero, sí eso, una beca en el extranjero, ¿te imaginas?

—¡En Florencia! —dijo Susana.

—No; en París —dijo Ramón.

—En Florencia.

—En París.

—Que en Florencia.

—Que en París, te digo.

—Bueno, donde quieras.

—No, donde quieras tú.

—Es igual.

—Lo importante es que nos realicemos, que seamos nosotros.

—Sí; sé tú —dijo Susana, y Ramón lo entendió en francés, *C'est tout*, y dijo bueno, pues a vivir juntos, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo?

—Para, por, según, sin, sobre y tras —culminó Susana.

Vivir juntos: imagen luminosa, paradisíaca, ajena a desavenencias, desencuentros, hartazgos, carencias. La imagen era su única realidad, y la tocaban, la manoseaban, la pulían, la hacían grande y habitable. No sabían bien qué querían hacer, estaban seguros, en cambio, de lo que no querían hacer; al menos por lo que tocaba al día de la unión —porque muy pronto sucumbieron a la práctica tradicional de considerar el día de la unión no como punto de partida sino como punto de llegada. No se casarían por ninguna de las leyes aunque los anatemizaran sus familias y no recibieran ningún regalo, no habría por tanto ninguna ceremonia —ni trajes especiales para la ocasión ni anillos ni participaciones— más que la que ellos mismos celebrarían en la intimidad de sus corazones. No invitarían a nadie puesto que no habría nada.

—¿A nadie? —preguntó Susana, un tanto decepcionada.

—A nadie —respondió Ramón, contundente.

—¿Ni a Gabriela?

—Ni a Gabriela.

—Pero si es mi mejor amiga.

Ahí se jodió la cosa.

La ceremonia que no iba a ser ceremonia, la ceremonia íntima, libre y espontánea, la ceremonia iconoclasta, la anticeremonia se llevaría a cabo en casa de Juan Manuel Barrientos. Juan Manuel había sido maestro de Moncho durante los primeros años de la carrera. A él le debía Ramón, entre otras pasiones vigentes, su gusto por la nueva narrativa hispanoamericana, que no era, por cierto, tan nueva: por Cortázar, por Borges, por Alejo Carpentier —por lo real maravilloso y por el barroco—. Entonces, y sobre todo después del movimiento estudiantil, que acercó en franco tuteo a

alumnos y maestros, solían ir a El Hipocampo después de clase a tomar una copa acompañada de una torta de pulpo y a platicar de literatura fuera de los marcos más o menos rígidos de la academia. En clase se hablaba de literatura, por supuesto, pero las asociaciones con la vida o no se producían o no se manifestaban. En El Hipocampo, por el contrario, se hablaba de la vida, y las referencias literarias venían a secundarla, a explicarla, a crear la ilusión de comprenderla. Así, saltando de la vida a Proust, de Proust a la soledad, de la soledad a Onetti, de Onetti a la desesperanza y de la desesperanza a Dostoievski, habían ido configurando una amistad que rebasaba las fronteras académicas, rica en itinerarios verbales. Y urbanos también, porque con frecuencia El Hipocampo sólo era el disparadero de donde salían a recorrer calles ilegibles, bares catalizadores de todas las pasiones, antros nocturnos.

—Yo debí de haber sido antropólogo —decía Juan Manuel—: estudioso de los antros.

Ramón se había deslumbrado con la personalidad de Juan Manuel desde que lo conoció en la facultad. Admiraba su clase de literatura hispanoamericana y su amor por la ciudad de México, que conocía en sus intestinos, amparado por el privilegio del anonimato que la gran urbe otorga a sus habitantes en compensación del ruido, de las prisas, de las colas infinitas, de las congestiones automovilísticas.

Fuera de la universidad, Juan Manuel era festivo, trasnochado, borrachón. Qué curioso: quien no lo conociera más que en las aulas, jamás pensaría que el joven doctor Juan Manuel Barrientos era callejero, nocturno, antroso, y quien no lo conociera más que por estas cualidades se resistiría a creer que por debajo de ellas había una disciplina casi monástica y una soledad ósea.

Desde que se divorció, Juan Manuel vivía en una vieja casona de Mixcoac, al lado del mercado y rodeada, por tanto, de los legítimos herederos de la novela picaresca: cargadores, tragafuegos, teporochos, basureros. La casa, como las que solían construirse a finales del siglo XIX, era de una sola planta y de techos muy altos, por donde se escapaban fácilmente las ideas. Tenía forma de tren: un cuarto al lado del otro, todos comunicados entre sí y con sendas puertas exteriores que daban a un corredor atiborrado de macetas, de tal manera que se pasaba del carro fumador al carro dormitorio y de ahí al carro comedor o se salía al andén de los helechos y las sanderianas. El jardín de la casa era un calendario riguroso: marcaba con inusitada precisión las estaciones como si en México existieran más que la de lluvias y la de secas. Allí, curiosamente, los inviernos eran desolados, a no ser por algunos alcatraces persistentes y por el generoso árbol de limas. La primavera entraba puntualmente, con portentosa energía, y fecundaba a los geranios de la fuente y a la singular glicinia, que se entreveraba en la baranda, cargada de flores lilas en forma de racimos de uvas, cuya fragancia mareaba a quien transitara por su sombra. Con las lluvias del verano, el jardín cobraba espesura de poema de Carlos Pellicer, florecían los agapandos y la hiedra enturbiaba las ventanas. La caída de las hojas del otoño se compensaba con la prolijidad de la higuera y el durazno. Vivaldi, pues, en medio de

la basura y de las ratas del mercado.

Como los poetas modernistas, Juan Manuel tenía vocación escenográfica y, como la de ellos, su mirada, aun cuando se detenía en esas cosas que llamamos muy nuestras, no era ajena al exotismo. Y aparejada a semejante vocación, gozaba de enorme capacidad celebratoria, de manera que cuando Ramón, ya más amigo que discípulo, le comentó su plan de vivir con Susana, Juan Manuel le ofreció su casa para imprimirle a esta ceremonia que quería ser lírica la dimensión épica de la fiesta.

Mandó a hacer en el expendio de flores del mercado —donde se adornaban automóviles para boda y se elaboraban minuciosas coronas funerarias— una herradura y una estrella de margaritas blancas, que colocó en la puerta de la casa. Decoró el corredor con banderitas de papel de china picado y dispuso unas sillas de palma a lo largo del andén, una al lado de otra, como en fiesta de pueblo. Al fondo colocó una mesa que habría de ser cantina, no sin antes fungir como altar o como parapeto de un virtual juez o sacerdote o quién sabe como qué cosa en esa ceremonia que no quería ser ceremonia. Y en el otro extremo, una grandísima tinaja de lámina, de las que se usan para lavar ropa, llena de hielo y de cervezas Victoria, todo muy popular, muy nuestro, muy Diego Rivera y Frida Kahlo vaya, para la boda que no era boda: no se casarían por ninguna de las leyes aunque los anatemizaran sus familias y aunque no recibieran ningún regalo, no habría por tanto ninguna ceremonia —ni trajes especiales para la ocasión ni anillos ni participaciones— más que la que ellos mismos celebrarían en la intimidad de sus corazones. No invitarían a nadie puesto que no habría nada. Ése era el acuerdo, ¿no?

Con la serenidad revolucionaria de Pete Seeger cantando la guantanamera habitada por el verso de José Martí que debió habitarla siempre

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma
y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma;

con la sonrisa eucarística de quien sube muy arriba, arribísima, hasta arriba arriba,
hasta el cielo con diamantes

*Picture yourself in a boat on a river,
With Tangerin trees and marmalade skies.
Somebody calls you, you answer quite slowly.
A girl with kaleidoscope ties.
Cellophane flowers of yellow and green*

*Towering over your head.
Look for the girl with the sun in her eyes.
And she's gone.
Lucy in the sky with diamonds,
Lucy in the sky with diamonds,
Lucy in the sky with diamonds;*

con el ánimo encendido por *Carmina Burana* y apaciguado hasta el desgarramiento por el *adagietto* de la 5.^a de Mahler, fueron llegando los invitados porque si iba a ir Gabriela, por qué no la maxifalda y la minifalda, los suecos, los anteojos redonditos de aros dorados, las melenas jipitecas y las barbas intelectuales, la camisa con bordados triques, el kaftán, el huipil, el jorongo, el tatuaje sicodélico, el sombrero gaucho, la V de la victoria, el puño airado, Crosby, Still & Nash y Atahualpa Yupanqui, Jefferson Airplane y Oscar Chávez, Jim Morrison y el *adagio* de Albinoni, la meditación trascendental y el materialismo histórico, el *peace and love* y el psicoanálisis grupal, Freud y Fromm, las margaritas y la cibernética, la astrología y el estructuralismo, el zen y la antropología social, Woodstock y Miahuatlán, la miel de abeja sobre la granola en la madrugada que empieza el día y los tacos al pastor en la madrugada que termina la noche, la mota, la mora o la mostaza y el trago, el chupe o el pedo.

Todos.

Tochos.

Tochos morochos.

Todos.

Todos todanos.

Todanos menos la familia de Ramón que por supuesto no acudiría a semejante ritual profano. Hacía más de cinco meses que Ramón había dejado la casa paterna —materna, mejor— para instalarse en el depa de Javier, en lugar de Lorenzo, quien un buen día, instado por la lectura de *La fuente de la sabiduría* de Jiddu Krishnamurti a llevar a la práctica casi militante su pasividad, se rapó la cabeza, afinó el gesto de la sonrisa permanente y se incorporó con todo y flauta a las filas de los harikrishnas.

La separación de la casa fue dolorosa para mamá y difícil para Ramón. Los dos hijos que se habían ido anteriormente —Tere y Antonio— habían cumplido con el precepto evangélico de dejarás a tu padre y a tu madre y con la sentencia popular de que el casado casa quiere. Pero Ramón no salía de casa para casarse, los americanos están acabando con nuestros valores, ay mamá, quién dijera que piensas igual que Fidel Castro, sino para vivir en el libertinaje del depa si todos son unos jipis, aquí tienes toda la libertad que quieras, yo ya no me meto en tus cosas y haces lo que se te pega la real gana, pero éste es tu hogar, no sabes los peligros que te esperan y quién te va a lavar la ropa y quién te va a hacer la comida. Es más, Roberto, que era mayor que Ramón y que tenía más recursos económicos, seguía viviendo en casa como debe

ser. Pero Ramón no se iba por las ansias de libertinaje que le imputaba su familia, sino por mera mayoría de edad. Había empezado a ganar algún dinero escribiendo reseñas de libros para diversos suplementos culturales, haciendo guiones para Radio Universidad, corrigiendo estilo, galeras, planas en algunas dependencias gubernamentales, en fin, todo aquello que no es literatura pero que crea la ilusión de que se vive de la pluma y que siempre es mejor que trabajar con horario fijo en un banco o en una oficina federal, y qué me dices de Rulfo, el más grande de los escritores mexicanos, que era vendedor de llantas y ahora trabaja en el Instituto Nacional Indigenista, gratificado por el cafecito de las once y media y el cheque quincenal. En su casa, Ramón gozaba de los privilegios del jugo de naranja y de las camisas planchadas y también, claro, de ese cariño de mamá tan por mi madre bohemios, y de su hermana Patricia, cuyo timbre de voz le daba a la casa una alegría de comedia musical, pero sentía la engolada necesidad de ser independiente y de valerse por sí mismo para resolver todos sus problemas, porque hasta el agua caliente para él, ahora, era una cuestión de libertad.

Cuando Ramón decidió tomar a Susana como plaza siguiente de su ruta de independencia y en ella sentar sus reales, no pensaba anunciar su determinación en la casa materna, adonde llegaba de vez en cuando para usar el teléfono y abastecerse de algunas latas de la despensa, y también para sentir en sus ojos madurados, en sus mandíbulas arreciadas, en sus ademanes embarnecidos, la mirada transparente de mamá, más comprensiva que admirada, y la voz risueña de Patricia. Apenas insinuó un nuevo cambio de domicilio, sospechosamente aparejado al nombre de una amiga, pero Patricia, que fue rascando cada vez más insistentemente en las palabras de Ramón, acabó por arrancarle la confesión de su proyecto y, como espejo del entusiasmo del hermano, se encargó de multiplicarlo por la casa con tal nitidez y espontaneidad que no pensó en el clamor que desencadenaría: ¡Van a vivir como perros!

Obviamente, nadie de la familia se presentaría en tal ceremonia profana, escarnio de la sagrada institución del matrimonio, mejor no hagan nada, arrejúntense nomás si eso es lo que quieren, pero no se burlen de, y tú, Patricia, tienes terminantemente prohibido asistir a y juntarte con.

Sin embargo, Roberto, tan encorbatado siempre, tan yugo y mancuernillas y esclava de oro y reloj 19 joyas con extensible —prótesis de su éxito y de su prestigio—, quiso acompañar a su hermano menor en esta onda, que le parecía, por lo menos, simpática. El jamás se desviaría un milímetro del deber ser impuesto por la tradición (que siempre permite desviaciones), pero a veces, sobre todo cuando la cruda le taladraba el cerebelo y le hacía añicos el frágil cristalino de los ojos, pensaba con fastidio en la retícula de su vida, en la ignorancia de sus amigos y en la suya propia y sentía un postrado cansancio al recordar la repetición idéntica de sus conversaciones acerca de las ventajas de los coches de seis cilindros sobre los de ocho, de las cualidades de las cubas campechanas, de la zona roja de Acapulco, del negocio más

chingón. La competencia permanente: quién tiene mejor coche, quién toma más cerveza, quién tiene más lana, quién tiene más viejas, quién la tiene más grande. No es que quisiera ser como Ramón, ni mucho menos, pero pinche chavo, me cai que él sí hace lo que se le pega la gana y sin tanto desmadre tiene lo que quiere el güey y lo que sea de cada quién agarra buenas ondas el cabrón, porque mira que se necesitan güevos para jalarse a una chava a vivir con uno.

Por reconocimiento, por cariño, por curiosidad, por buena onda, Roberto se presentó inusualmente en casa de Juan Manuel esa mañana. Para no desentonar, había prescindido de sus prótesis áureas, se había puesto una camisa de manta de Oaxaca y unos huaraches con suela de llanta. Cuando se encontró en la casa de Juan Manuel con Javier, el único amigo de Ramón a quien conocía, tan bañado, tan desodorado, tan perfumado con una extraña mezcla de Jockey Club lavanda y de Pachulí, ya no entendió nada de nada y se sintió más trasnochado que un tango de Libertad Lamarque.

El joven doctor Juan Manuel Barrientos estaba radiante como la mañana. Saco de *tweed*, parches de gamuza en los codos, pantalones ligeramente acampanados, qué bueno que ya hay moda masculina, la pipa asomada por el bolsillo del pecho, como periscopio en el mar jaspeado del saco. Podría llamarse Ernesto. O Fermín. Se sentía feliz de recibir en su capilla de rituales profanos a Susana y a Ramón y a sus amigos, cuyas risas, cuyo vocabulario le devolvían un humor deteriorado por los insomnios solitarios y étlicos, le corregían un poco la incipiente flaccidez de los cachetes y el abotagamiento de los párpados, le detenían la propensión a la calvicie, porque no estaba ahí como quien se ha saltado a escondidas la barda de las generaciones, sino como el maestro buena onda. Sin la estatura de la tarima, sin el respaldo del pizarrón, aunque de todas maneras encaramado en el pedestal: la voz relamida, la última palabra, el gesto condescendiente. A su lado se fueron entreverando los que entrecomillan todo cuanto dicen, los que por matizar sus pensamientos acaban por disolver sus aseveraciones en las dificultosas aguas del oximoron (sí y no, me gusta y no me gusta, está bien y está mal), los que no pueden hablar sin decir que hablan, que están hablando, que las palabras, que el lenguaje. Metalenguaje = meta: lenguaje. Y en el centro de las palabras confundidas, las palabras de Juan Manuel, llenas de notas al pie de la voz, de citas y no obstante, queriendo destogarse, desbirretarse. Hay que dejarse llevar por las imágenes. Una imagen no se explica, se habita. Si Vicente Huidobro dice que un pájaro anida en la cresta del arco iris, ¿saben qué significa? / ¿Qué? / Pues que un pájaro anida en la cresta del arco iris, ¿qué más? / ¿Usted escribe poesía? / Bueno, digamos que sí. Pero la verdad es que mis clases me absorben / ¿Y crítica? / Bueno, crítica sí, ensayo, que es otra manera de escribir poesía porque la crítica también es creación, o por lo menos debería serlo, aunque claro, en un ensayo uno está más protegido, ¿no? / ¿Más protegido? / Claro, para decir lo más personal, lo más íntimo, lo más desnudo, uno abre comillas y cita a Fulano o a Mengano.

En la bola se colaron las palabras alivianadas y alivianadoras de Claudia, quien deja *out* a Juan Manuel con los botones *in* que ostenta en su chamarra de mezclilla deslavada: IR JUNTOS ES MAGNÍFICO. VENIRSE JUNTOS ES DIVINO. Y usted, Claudia, ¿Claudia me dijo que se llamaba, verdad? / Ay sí pero no te azotes. No sé que me hablen de usted, me cai. / Bueno, está bien. Tú, ¿qué haces? ¿Estudias? / Ay sí tú. ¿Estudias o trabajas, no? / No hombre, en serio, ¿qué haces? / Ps yo estudiaba, ¿no?, en la Ibero, ¿no?, pero ps agarré otra onda, ¿no? y ahora ps estudio por mi cuenta, ¿no? Pero más bien traigo otro rollo, ¿no? Me entiendes, ¿no? / ¿y vives con tus papás? / Dos-tres. Están gruesos los rucos. Antes no. Antes no me tiraban ningún mal rollo, estaban muy acá, muy buena onda, ¿no? Pero nomás me aliviané y agarré mi onda, me la empezaron a hacer de tos. Pero yo nel, yo agarro mi onda y a rolar. Ellos lo que querían era el cotorreo de verme casada con un chavo fresa muy acá y todo el rollo. Pero a mí ese cotorreo me cai que no me pasa. Y se friquean el resto. Pero ps muy su pedo, ¿no? Yo no me meto en sus broncas.

Qué viejo el saco de *tweed* de Juan Manuel. Vieja su sonrisa ondulada Elvis Presley. Viejas sus cejas Pedro Armendáriz que trataron de alzarse asimétricamente. Viejas sus cultas palabras Ramón Menéndez Pidal. Uvas verdes de la zorra, consideró espantosamente masculinos los desplantes, la voz, los ademanes de Claudia, aunque carambas qué nalguitas, qué cinturita.

*Humpty Dumpty sat on the wall
Humpty Dumpty had a great Fall
all the King's horses
and all the King's men
couldn't put Humpty
Together again*

Después del deslumbramiento introductorio y de las pláticas y los tragos y los caminos y los antros compartidos de los inicios de su amistad extracadémica, a Ramón, tan joven como exigente, se le había ido filtrando en el alma la humedad de la decepción. Alguna vez había tenido que sacar a Juan Manuel completamente borracho de La Providencia —cantina que, como a *La Comedia* del Dante, los siglos llamarán divina—; otra, se había visto obligado a presenciar cómo su respetado maestro se involucraba con una prostituta del Parque de la Lama y esgrimía, a los oídos no precisamente puritanos sino desencantados de Ramón, el argumento justificatorio de que hay que conocer de todo, muchacho. Muchacho él, Ramón, que ya había superado esta etapa (así decía) de su primera adolescencia.

No iba a haber regalos de boda pues boda lo que se dice boda no era. Más bien no habría desplazamiento de regalos. En México no se fabrican regalos de boda desde hace por lo menos diez años. Son los mismos que han estado pasando de matrimonio en matrimonio gracias a la respetabilísima institución del roperazo.

Claro que no iba a haber regalos de éstos, que ahora los novios eligen con anticipación en El Palacio de Hierro para evitar repeticiones y sobre todo el mal gusto de los imaginativos invitados. Gabriela, empero, les llevó una vela gorda color rosa mexicano puesta en una base de madera torneada, cuyo valor simbólico despojaba al regalo de cualquier connotación utilitaria (burguesa y pinche). Ramón y Susana vieron cómo la imagen que tenían de su casa se iba atiborrando de cuadros de estambre huicholes, de amates pintados a mano por éstos sí son auténticos indígenas, de separadores de libro con pensamientos elevados escritos en caligrafía benedictina, de carpetas mazahuas, de angelitos de barro negro, de árboles de la vida de Metepec, de buhitos de Tlaquepaque, pero nada —malditos sean los símbolos— de licuadora, tostador de pan, reloj despertador, de modo que su casa, más que casa, parecería sucursal doméstica del Bazar Sábado de San Jacinto. Siempre habrá oportunidad de comprar las cosas imprescindibles mi amor.

A mediodía, cuando ya estaban presentes todos todanos, hasta los que no habían sido invitados pero acompáñame, va a ser buena onda, déjate caer por allí, se oyeron, no los acordes de la marcha de Mendelssohn ni las trompetas de Purcell, qué va, sino los metales y la tambora de una banda de pueblo urbanizada que solía tocar de pasadita por el mercado, bateando como dicen, y que había sido contratada por Juan Manuel con la debida anticipación, no me vayan a fallar. Sus ocho integrantes —pies cuarteados, cachetes relucientes, sombreros de palma— fueron pasando al corredor, guiados por el anfitrión, que tenía aprestos de director de orquesta, y entonando *La marcha de Zacatecas*, sí señor, faltaba más.

Tras la mesa que fungiría de altar entre civil y religioso y de cantina también, se colocó Santiago, un ex dominico que había sido maestro de Susana porque si es en casa de Juan Manuel yo también llevo a mi profesor. Como para disfrazar su currículum curial, sin saber que así lo revelaba más de lo que lo escondía, Santiago se había dejado crecer una barba espesa y usaba pantalones vaqueros. Desde antes de que colgara los hábitos, frecuentaba un antro más vespertino que nocturno, pero de penumbra permanente, donde los meseros, muchachos jóvenes y guapos, originalmente del sexo masculino, ofrecían de entrada a los clandestinos clientes *baguettes* con queso *gruyere* y jamón serrano. Santiago, que llevaba la santidad como prefijo de su nombre, asistía todas las tardes a ese lugar de reminiscencias *art nouveau* para desplegar su apostolado, según decía, en los lugares más necesitados de la bendición de Cristo. En este su apostolado —ahora laico, digamos— mantenía relación estrecha con muchos jóvenes, sobre todo con quienes eran o habían sido sus discípulos, y aunque se comportara juvenilmente en las reuniones y se sentara en el suelo y bebiera al parejo (o a lo mejor por eso mismo), ejercía ascendencia moral sobre la concurrencia, al grado de que Susana —de algún modo necesitada de que la boda que no iba a ser boda fuera boda aunque no la fuera— le había pedido que ese día pronunciara unas palabras. Con la intuición desarrollada por varios años de eufemismos confesionales, él había entendido muy bien los razonamientos que

Susana realmente no había podido articular, y ahí estaba, dispuesto a cumplir su cometido, con la mirada celestial y las manos entrelazadas, tras el presunto y perentorio altar y frente a las victorias que se enfriaban en la tinaja.

Dirigida por la música un tanto desacompasada de la banda, Susana, como lo había acordado la víspera, salió pausada y sonriente del carro dormitorio al comedor andén. Por supuesto no estaba vestida de novia de aparador, pero lucía un sencillísimo vestido oaxaqueño, blanco, de manta cruda, y llevaba en las manos un ramo de margaritas más amarillas que los girasoles de Van Gogh. Ramón, también según lo convenido, había salido al andén por el carro comedor, ataviado con una albísima camisa de cuello Mao porque yo jamás me pondré una corbata, y unos pantalones negros admirablemente bien planchados, y ya estaba esperando a la novia frente a la mesa del oficiante por llamarle de algún modo.

A una señal de Juan Manuel, director de escena, cesó la música de la banda, suspendieron el trago quienes no querían cantar victoria antes de echársela, y se dejó oír la voz de Santiago. A pesar de su vida en el siglo, conservaba los ademanes suaves, la entonación de frecuencia modulada y aun cierto vocabulario propios de la orden de predicadores. A Juan Manuel le molestó la excesiva delicadeza de esos labios. Santiago pronunció un discurso, que pretendía ser laico pero que connotaba un sustrato religioso, como los del Siglo de las Luces, cuando los enciclopedistas permutaban la palabra «Dios» por «Bien Supremo» o «caridad cristiana» por «filantropía». Habló de la naturaleza humana, de la felicidad, de la belleza del amor, del respeto mutuo, de la tolerancia... con tal convicción que parecía que sus palabras estaban avaladas por la experiencia de la vida. Su discurso se mantuvo a la mitad del camino entre las bodas de Caná, con ciertas enumeraciones de *El Cantar de los Cantares*, y la *Epístola* de Melchor Ocampo sin diferencias sexistas. Se le salieron algunas metáforas cursis (la flor, el sendero, el nido, la llama encendida, el corazón inflamado) que pusieron a Ramón entre la risa y la vergüenza (acentuadas, una y otra, por el intercambio de miradas con Juan Manuel) y a Susana entre el suspiro y la lágrima. Finalmente, Santiago sonrió iluminado y exhortó —ésta fue una de las palabras que procedía de su antiguo lexicón— a los amigos, a los compañeros de la flamante pareja, a los miembros de la comunidad aquí reunida a que fueran diciendo de uno en uno algún pensamiento dedicado a quienes habían decidido unir sus vidas en la libertad de sus conciencias...

—¡Cámara! —dijo Luis desde el fondo—. ¡Hasta parece boda Montessori!

Conminada por los ojos apacibles pero enérgicos de Santiago, Gabriela trató de dominar sus nervios, si todos somos hermanos, bueno, pues la verdad yo no sé cómo empezar pero qué buena onda que Susana y Ramón, ¿no?, porque la neta es que ellos sí son bien auténticos, me cai. Y así, en ese tenor de espontaneidad fueron hablando uno a uno los amigos más cercanos y, cuando le tocó a Luis, en vez de confeccionar su discursito, gritó be-so, be-so, be-so y las voces de todos los presentes lo respaldaron hasta que Ramón, con cara de no mamen, le dio un beso discreto a

Susana y el coro gritó o-tro, o-tro, o-tro, y Ramón la besó entonces de verdad, como en las telenovelas, y Susana, quién lo diría, se puso colorada. La banda desató una diana que se repitió tres veces y ante la demanda de las amigas, Susana se vio compelida a encaramarse a la mesa de las negociaciones y aventar su ramo de Van Gogh a quienes estaban dispuestas a morir por atraparlo, como si se tratara de los mismísimos calzoncillos de John Lennon.

No iba a haber anillos porque la argolla es el símbolo de la sujeción, del enlace obligatorio —había dicho Ramón. Empero, la mamá de Gabriela, que por cierto parecía más joven que la hija y era mucho más hermosa que ella, les hizo dos anillos gordos con sus nombres de pila respectivos, realzados en letra de Emaús: desde que mandó al demonio a su marido y se juntó con Eutimio, artesano tabasqueño, se había iniciado en el oficio de la orfebrería y ahora hacía representaciones, en plata y gemas, de diversas imágenes de Carlos Pellicer, que llevaban por título cosas como *El último sol de la tarde*, *Las rodillas de los montes*, *El coral de veinte risas* o *Aquí no suceden cosas de mayor trascendencia que las rosas*.

Ni brindis ni banquete. Pero entre las victorias empezaron a circular las infatigables ollitas de mezcal de Oaxaca que habían llevado los mexicanísimos Pierre y Juliette y salud y otra vez salud porque los mexicanos brindamos a cada trago y no una sola vez como los franchutes, y los abrazos bien apretados y de veras lo mejor para ustedes y salucita de nuevo y ahora sí las palabras verdaderas, las frases ágiles, los pequeños albuces y salud otra vez, hasta el fondo, y un cruzadito con el novio y un cruzadito con la novia y que vivan los novios, sí, que vivan los novios, que vivan los novios, ¡cómo chingaos no!

Al rato se coló entre el galope de los caballitos de mezcal un murmullo apetitoso proveniente del carro comedor adonde ya se había apersonado una descomunal cazuela de mole poblano que Gabriela y Sara habían trabajado durante una semana con riguroso apego a la ortodoxia culinaria porque hay que ser auténticos, ¿no? Los gorriones y los invitados, en ese orden, se formaron en una fila tumultuosa y risueña, alborotada, a lo largo del andén mientras, con verdadera fe, la banda tocaba *Dios nunca muere*.

Juan Manuel se aproximó a Susana para felicitarla. La abrazó cariñosamente, brindó con ella. Ramón, entre tanto, estaba echándose un cruzadito con su hermano Roberto, pinche Moncho, me cai que eres un chingón, mis respetos, cabrón, salud, cabrón, hasta el fondo, cabrón.

¿Y la cuñadita? ¿Dónde está la cuñadita? Susana había sido conducida hasta la mesa por Juan Manuel, quien, solícito, amabilísimo, el mejor anfitrión del mundo, le servía, él mismo, el mole y las tortillas.

Quizá la decepción mayor de Ramón se había suscitado, aparejada con los celos, una noche en El Hipocampo adonde acudió a la cita en compañía de la recién

descubierta Susana. Desde el mismo momento en que se la presentó a Juan Manuel, sintió que la descripción magnificente de su admirado maestro que él mismo le había hecho a Susana en algunas conversaciones vespertinas iba ahora en detrimento suyo. Motivada por el elogioso retrato de Juan Manuel que Ramón le había pintado, Susana, esa noche, se había predispuesto para estar a la altura de las circunstancias, como dicen. Al verla, Juan Manuel no pudo ocultar su entusiasmo: se le acentuó el constante brillo de los ojos y retuvo, entre las suyas, la mano de Susana unos segundos más de lo ordinario. Durante las cubas y las tortas de pulpo, Juan Manuel, atentísimo, se dirigió preferentemente a la nueva compañera si bien hacía algunos comentarios sobre Ramón, que no por críticos dejaban de ser elogiosos. Ramón sintió que el maestro se aprovechaba de su ascendencia intelectual, de su mayor edad, de sus más experimentados recursos para atraer la sensibilidad de Susana, quien lo escuchaba atentamente, deslumbrada, risueña, a saber si por mera cortesía. Sin embargo, Juan Manuel no violentaba las reglas del juego, se mantenía en los límites de la cordialidad. Eso era lo más cabrón porque Moncho no podía siquiera apelar a la recriminación. Esa noche detestó a Juan Manuel: le pareció sobreactuado, recursivo, y cuando más o menos así lo calificó, ya de regreso, a solas con Susana en su Volkswagen color mierda, ella no pudo compaginar dos versiones tan diferentes salidas de la misma boca de Ramón, que esa noche, por cierto, se rehusó a besarla.

Quienes se iban sirviendo el mole en el carro comedor ya no volvían al andén, donde la fila decrecía, sino que algunos se quedaban ahí porque siempre es más cómodo comer sentado que de pie y es mejor tener el plato sobre la mesa que sobre las rodillas; otros transitaban por el carro dormitorio y los más llegaban hasta el carro fumador, donde se habían reunido los novios.

Con todos los invitados a bordo, el tren se desplazó rumbo al atardecer, transportando risas, brindis cada vez más enfáticos, chistes, recuerdos festivos, fugitivos, embriagados.

Santiago se había esforzado en pulimentar todos los ángulos de su rostro carismático para hacerse rodear de tres o cuatro amigas de Susana que sentían que las palabras del ex dominico, metido ahora a psicoanalista sin solución de continuidad, les resolvían algunas contradicciones entre el ser y el deber ser, el amor y la libertad sexual, la pareja y la liberación femenina.

Admirada o envidiada por sus amigas, Susana se veía contenta y sus labios se regodeaban en el estreno de plurales: Ramón y yo hemos pensado, hemos decidido, hemos planeado... Ramón, por su parte, sin separar por mucho tiempo su brazo del hombro de Susana, respiraba hondo, risueño y sentía que sus chistes eran los más reídos y sus referencias las más pertinentes, las más ingeniosas.

Juan Manuel no encontró acomodo en el carro fumador porque René, uno de los invitados que al parecer no había sido invitado de nadie, se había sentado en su silla

de tijera, esas de director de cine, sin saber por supuesto que era el lugar inviolable del dueño de la casa (ni siquiera sabía quién era el dueño de la casa), y desde ahí despotricaba contra la vasta obra de Alfonso Reyes, cuyos ejemplares gravitaban en la biblioteca, muy al alcance de la mano.

Así, desplazado de su paraninfo, Juan Manuel recorrió su casa cual tímido inspector ferroviario. En el carro dormitorio, Mario y Claudia carambas qué nalguitas, sentados en la cama, recostados más bien, con sus platos de mole y sus cervezas respectivas en los burós, oían, muy solazados y esparcidos, las palabras hiperquinéticas de Luis. Al pasar por allí, Juan Manuel se sintió aludido pero como a pesar de sus amplios conocimientos de retórica no comprendió cierto giro del lenguaje articulado por Claudia, que se arrellanó más en la cama, se limitó a forzar una sonrisa, bastante idiota por cierto, y siguió su curso.

En el carro comedor, el intenso olor a mariguana campeaba entre cazuelas semivacías y cucharas de peltre sucias. Se dejaron caer el resto de chavos en el campamento. Había de tocho. Unos muy macizos y otros muy acá sin necesidad de un toque. Otros puro chupe, pero todos bien alivianados, me cai. Yo y el Héctor le llegamos de aventón. Primero a Puerto Escondido. Caímos en el mercado, p'al refine. El guato de frutas. / ¿y había tira? / Ps sí, había tira pero no hubo pedo. Todos estábamos muy acá, ps sí, quemando, pero no la hicieron de tos. Estaban alivianados. No hay fijón maestrín. Se apañaron a unos chavos, que traían sus turbantes y que andaban en el cotorreo de que la paz en el Medio Oriente y de que Biafra y de que Vietnam. No queremos el eclipse, queremos revolución. No se midieron, me cai. Fue un sacón de onda, pero no hubo grito. / ¿y viste el eclipse? / Simón. Yo acá con mi negativo muy cotorro para ver el eclipse. La mora del Héctor me puso arribísima. Y el eclipse traía una buena vibra, me cai. Yo que alzo mi manita, así, con la V más buena onda del planeta y qué creen, no me lo van a creer, pero su sombra se proyectó en el pinche sol, me cai de puta madre que la sombra de mi mano se proyectó en el sol.

Juan Manuel siguió de largo. En la cocina una mujer desconocida esperaba a que se calentara el café que por iniciativa propia estaba preparando. Ni siquiera lo miró. De regreso de su inspección ferroviaria, Juan Manuel pasó por su estudio, pequeño vagón intermedio entre el carro fumador y el *pullman*. Sentada en su escritorio, tomando notas con la gorda y sacratísima Mont Blanc del doctor Barrientos, Juliette hablaba por teléfono en argot de prostitutas, a saber si de larga distancia, mientras Pierre se reía a carcajadas de las definiciones del *Diccionario de autoridades* que Juan Manuel atesoraba allí, en su lugar de trabajo, y que utilizaba con más frecuencia de la saludable.

Desde aquella noche de El Hipocampo, Ramón había bajado a Juan Manuel del pedestal donde él mismo lo había puesto. Su intolerancia reprobó, desde entonces,

cada copa de más, cada hipérbole, cada repetición del profesor. ¿Pero realmente era Juan Manuel el objeto de su reprobación? Quizá no, sino aquello que Juan Manuel, aunque fuera distinto por su entusiasmo y por su vitalidad a los demás maestros, no dejaba de representar: la academia.

Ramón había ingresado en la universidad con un fervor vocacional que en buena medida la universidad misma se había encargado de aplacar. Cuántas veces, fastidiado ante un discurso académico que, marfilesco, se apartaba de la vida, llegó a pensar, con acrecentada vanidad, que él, Ramón Aguilar, sabía más que sus maestros o por lo menos que tenía una sensibilidad literaria más fina, más permeable, aunque ignorara la teoría literaria, la retórica, la metodología —o quizá por ello. Detestaba que la literatura, que para él era algo tan inefable como la misma pasión de amor, fuera sometida a los nuevos métodos, presuntamente científicos, que, aún no bien conocidos, querían aplicarse rigurosamente. Y esa avidez con la que Moncho había leído, de niño, el libro de las narraciones interesantes de *El tesoro de la juventud* y las aventuras de Sandokan y el Corsario Rojo ya no servía de nada. Cualquier comentario feliz era tachado, ahora, de impresionista, y en aras de la objetividad era menester abandonar el placer de la lectura. Tales análisis poemicidas, que convertían un soneto de discreción de Sor Juana en un cadáver putrefacto, que lo aprisionaban en una red de términos pretensiosos nada tenían que ver con el entusiasmo que a Ramón le habían despertado las clases de Juan Manuel. Y a pesar de su vigor, Juan Manuel seguía en la facultad desperdiciando su virtual talento, posponiendo siempre su escritura personal, a la mitad del camino entre las notas al pie de página y la desnudez de la poesía. Ramón varias veces quiso desertar: estaba convencido de que la literatura no se aprendía en los salones de clase; es más, de que la literatura no era un objeto de aprendizaje sino una manera de vivir. Los mismos escritores a los que él tanto admiraba se reían de la academia; no necesitaban sus sanciones ni sus reconocimientos y no veían en sus propias obras las características que les imputaban sesudas tesis doctorales con títulos de retruécano y subtítulos disyuntivos. Pero Ramón no dejó la escuela; siguió asistiendo regularmente porque en la facultad, que tanto lo había deprimido en muchas tardes incipientes y sucias, había conocido, también, a sus mejores amigos y su lugar de residencia en la tierra: no obstante la apatía y la acedia que se habían instalado en esa especie de vecindario como inexpulsables inquilinas de renta congelada después de la represión del movimiento estudiantil, en ninguna otra parte se iba a enfrentar con un espectro tan abierto y tan lujoso de ideas y de palabras, donde lo mismo se podía estudiar sánscrito II que estética marxista, o no estudiar formalmente: pasar las tardes, si no en el café, porque había sido cancelado impunemente, sí en el «aeropuerto», ese lugar donde convergen todas las pistas, y estudiar de otra manera, platicando con Javier o con Luis, leyendo una novela, viendo a esa chava que viene bajando la escalera y que dice llamarse Susana y estudiar historia del arte. Pero además Ramón quería concluir rigurosamente su carrera para optar por una beca e irse al extranjero, a París,

atávicamente convencido de que no hay intelectual, escritor o artista latinoamericano digno de ese nombre que no haya malvivido por lo menos durante un año en una buhardilla del Barrio Latino, *N'est-ce pas?*

Cuando el tren llegó al atardecer, puntualmente, los que estaban en el carro fumador, apoltronados ya en el bochorno de la siesta vigilante, decidieron por iniciativa del tal René tomar un segundo aire —léase unas cubitas en vez del mezcal— y bajar al andén para preparárselas y estirar las piernas. Los pasajeros de los otros vagones se les unieron casi de inmediato, y la banda que ahí esperaba tras un largo paréntesis de mole y de mezcal (más de mezcal que de mole) inició con ciertas disonancias y desequilibrios la segunda tanda, dizque conducidos por Roberto, quien, amparado en su camisa oaxaqueña y sus huaraches de llanta, había perdido los rubores del alma si bien había ganado muchos en el cuerpo, particularmente en los cachetes, y no había tenido escrúpulos para treparse en una silla y dirigir *El sauce y la palma* utilizando por batuta la mismísima cuchara de palo del mole poblano.

«Lo que pasa es que la banda está borracha, está borracha, está borracha» fue la última pieza anacrónica, trasnochada que la banda tocó, con fidelidad tautológica, diez veces cuando menos, instada por el coro a propósito desacompañado y tambaleante de los pasajeros en tránsito. Dando traspiés fueron yéndose los músicos no sin antes pedir para sus refrescos a cada uno de los invitados aunque las cuentas ya las hubiera liquidado Juan Manuel. Se llevaron, con sus instrumentos, no sólo los mezcales puestos, sino los futuros también. Los mezcales de la noche. Los del frío.

El andén estaba cubierto de botellas desahuciadas, de platos ennegrecidos por el mole, de pedazos de tortilla, de banderas caídas, de plantas rotas en el improvisado cenicero de sus macetas, y como empezó a colarse el frío entre las higueras deshojadas, todos los pasajeros, con sus bastimentos de Bacardí y Coca-cola, se subieron nuevamente al tren, que inició su recorrido hacia la noche.

Las canciones de Ella Fitzgerald y Mahalia Jackson y los acordes de Oscar Peterson y Duke Ellington —que fueron gusto no tan lejano pero casi inexplicable de Juan Manuel— trataron de remplazar en el tocadiscos, sin el consenso del auditorio, a las marchas y los danzones de la banda está borracha.

Juan Manuel se había apresurado a ganar su propio asiento en el carro fumador. Y allí estaba, instalado en su cátedra, en el lugar prominente de director de escena, sin que nadie, empero, lo mirara. A su alrededor, los amigos de Ramón y de Susana hablaban en un lenguaje que a Juan Manuel le parecía cada vez más secreto, pletórico de valores entendidos, que él no entendía; se reían a carcajadas y las dos o tres veces que intentó hacer un comentario, dar una opinión, contar una anécdota, meterse, pues, por el intersticio de alguna pausa, de alguna palabra evocadora, de algún referente compartido, o no fue escuchado o no fue comprendido del todo.

—Es que aquí al *teacher* no le gusta que hablen cuando interrumpe —bromeó

Ramón.

A fin de cuentas, Juan Manuel no encontró acomodo ni como amigo ni como maestro: ni el compañerismo juvenil porque sus canas y su papada causaban quizás alguna reticencia generacional; ni el respeto (por llamarle de algún modo) a su ascendencia intelectual, a su respaldo bibliográfico, a sus grados académicos porque sus ademanes, que querían ser joviales, su entusiasmo perseverante y aun su vocabulario, esforzado en la modernidad, distaban mucho de la gorda sapiencia papal. Era como si no le hablaran ni de tú ni de usted... Y es que no le hablaban. Ni siquiera el ex dominico, con quien virtualmente podría compartir, amén de la edad, tres o cuatro cosas, pero Santiago se había apoderado de la conversación confidencial de Luis y no prestaba oídos ni aun a las manos chatas y regordetas de Oscar Peterson.

Sólo de vez en vez, Ramón alzaba su cuba y brindaba a distancia con Juan Manuel, agradecido, sonriente, pero más bien lejano, en otro rollo, en otra onda.

Susana ya quería irse. Ramón también mi amor pero cómo dejarle a Juan Manuel a todos los cuates metidos en su casa.

No iba a haber luna de miel, pero iban a hospedarse durante cuatro noches y sus días en el hotel Majestic de la propia ciudad de México, desde cuya terraza Moncho vio, cuando niño, un desfile militar del 16 de septiembre. Turistas, pues, en esta ciudad tan desastrosa como fascinante: recorrer el centro, la Catedral —argumentaba Ramón Hugo— como si fuera l’Ile de la Cité y Notre Dame, comer en el Bar Alfonso de Motolinía y 5 de mayo como si fuera el Fouquet de París, ir al Museo de Antropología de Chapultepec como quien va al Louvre, estar en el Zócalo como quien está en la Place de la Concorde, y visitar el Chopo como si fuera la Tour Eiffel, y la Merced como Les Halles.

—Ay Ramoncito, si supieras que las comparaciones podrían ser al revés —dijo Juan Manuel, interrumpiendo el relato del itinerario que Ramón Balzac contaba ante cierta indiferencia de Susana, que soñaba con Florencia—. ¿Que no has leído a Carpentier?

—¿Al último escritor francés que escribe en español? —respondió, sonriente, Ramón y continuó su plática.

Así como había decidido quedarse en la facultad, Ramón había decidido quedarse, también, con la amistad de Juan Manuel, ya sin las magnificaciones iniciales ni las decepciones consecuentes. Guiado por un cariño que se hacía cada vez más recio, fue aprendiendo a «aceptar» —palabra clave de la buena onda— a Juan Manuel tal como era, a tolerar sus excesos y sus defectos en la misma medida en que Juan Manuel —acaso más dependiente del alumno que el alumno del maestro— fue abandonando la actitud paternal de estar a cada rato descubriéndole el universo.

Juan Manuel se dio cuenta de que Susana se aburría, de que quería irse ya, mientras que Ramón no podía desembarazarse del sexto, del séptimo brindis de su amigo Javier, pinche Moncho, la neta que tú eres mi hermano, cabrón, me cai de puta madre que tú eres mi hermano, la mera neta; ni del noveno o décimo brindis de su hermano Roberto, pinche Moncho, tú eres mi amigo, cabrón, me caí de puta madre que tú eres mi amigo.

—Claro —les respondía Ramón—, ¿verdad Susana que siempre te he dicho que...?

Pero Susana ya no estaba ahí, a su lado, hablando en plural, sino que se había sentado en el suelo, al lado de la silla de Juan Manuel, quien retenía, entre las suyas, la mano de Susana y le decía, como si rompiera el cochinito de tantas palabras no dichas durante el día... Quién sabe qué le diría. No se oyó nada porque Ben Webster, Harry «Sweets» Edison, Jimmy Rowles y Barney Kessel apenas permitían que se oyera la voz cínica y amarga de Billie Holiday.

El tren había llegado a media noche. Manos grasosas buscaban entre los discos de Juan Manuel algo más moderno. En el carro dormitorio, Mario y Claudia habían pasado de las palabras a las manos y de las manos a las bocas, sobre la cama de Juan Manuel. En el carro comedor, la mariguana había impuesto su silencio y una lenta disposición hacia el refine. En el último vagón, el baño, Roberto vomitaba sin mucho tino en el excusado, socorrido por dos amigos de Ramón, que le querían bajar el pedo poniéndole hielo en los testículos.

—Yo creo que ya nos vamos —le dijo Ramón a Juan Manuel.

—Parece que esto ya se terminó, pero como quieras. Nomás no me dejes a tus cuates, ¿no?

Entre veras y burlas, Ramón le preguntó:

—¿Ni a Susana?

—¡No seas pendejo!

Entre ambos sacaron a todos al andén: a los que dormitaban en el carro fumador, a los que se cachondeaban en el carro dormitorio, a los que estaban muy arriba en el carro comedor, a los que devolvían el estómago en el carro sanitario. La operación duró más de una hora porque algunos ah, me corres güey, otros tardaron mucho en despedirse yo los quiero mucho, de veras, me cai que ustedes sí son bien auténticos. No fue fácil convencer a la autosuficiencia de Roberto que se dejara llevar y que mañana pasara por su coche, y menos fácil echar al tal René, a quien nadie conocía, no si yo aquí me quedo.

Santiago acompañó a Ramón y a Susana hasta su coche, y metafóricamente, con sus palabras, les puso en la defensa del Volkswagen veinte latas vacías para que su

transcurso por la vida tuviera las resonancias de la felicidad, así dijo.

Ya solo, en su tren desvencijado, Juan Manuel recorre con tristeza, con fastidio, con asco cada uno de los vagones. Se sienta en medio del desastre, en su silla de director de escena, y como si todavía estuvieran presentes los que acababan de irse, protocolariamente, les va mentando la madre, uno a uno, en muy amables términos: Queridísimo Santiago, quiero decirte con todo cariño y con mi mayor respeto, que vas y chingas a tu madre. Claudia, nalguita apretada, hazme el favor, si no tienes inconveniente, de irte mucho a la chingada. Y así sucesivamente. Recorre con la mirada cada uno de los estantes de su biblioteca. Siente inútiles todas sus lecturas, todas las horas que ha pasado en su escritorio. Se sirve un vaso de mezcal. De un trago se lo toma. Se levanta. Va al carro sanitario. Orina más con los pulmones que con la vejiga. Regresa al carro dormitorio. Medio se desviste. Se acuesta en la cama arrugada, rodeado de ceniceros sucios y platos con sobras de comida. Piensa en Ramón y en Susana. Luego sólo en Susana. Tiene un fugaz impulso de masturbarse, pero se queda dormido con el frío de las higueras deshojadas mientras el tren avanza lento, pesado, hacia el nuevo día: hacia el libro pendiente, la página blanca, la clase en la universidad, la llamada telefónica de su ex mujer, que ya no aguanta a los niños.

Cuando tocaron la puerta, Susana estaba guardando en el clóset la corbata que Ramón había dejado la víspera encima del refrigerador. Se había pasado la tarde entera levantando la casa. No era un trabajo demasiado arduo porque ciertamente no había mucho que recoger ni que limpiar en ese departamento tan pequeño y casi desamoblado, aunque tal vez por eso mismo se complicaban las tareas domésticas: cuánto más fácil —pensaba Susana escoba en mano— sería barrer la estancia si hubiera allí unos sillones comunes y corrientes y no esas colchonetas tiradas en el piso, mal disimuladas con unos sarapes de Saltillo, que guardaban con avaricia todo el polvo de Copilco; y no sería tan difícil poner orden en el estudio si fuera un poco más grande y no ese cuchitril abigarrado de libros y de revistas, de recuerdos, de «altares literarios» —un espantoso tigre de cerámica al lado de las obras de Borges, una calaverita de azúcar frente a *Muerte sin fin* de Gorostiza, como si el enorme poema tuviera un colorido popular más allá de la putilla del rubor helado—, pero qué se podía hacer en ese espacio sagrado de Ramón si para poner un disco había que quitar el árbol de la vida que estaba en la mesa, para poner allí la portada y el caparazón del tocadiscos, y plantarlo en el escritorio, para lo cual había que colocar por adelantado la máquina de escribir en la silla y aventar el cojín a la colchoneta de la sala, de manera que cada volición, en ese lugar, requería de seis o siete pasos previos que era necesario considerar en abstracto, con estrategia de ajedrecista, antes de mover un objeto para no convertir el espontáneo impulso de escuchar el disco de Cat Stevens en un desbarajuste de Peter Sellers. Además, Susana, acaso muy a su pesar, era ordenada, extrañamente ordenada aun cuando hubiera renunciado, por vivir con Ramón, a ese universo de la casa paterna donde cada cosa estaba en su lugar, desde el paraguas en el paragüero hasta el desayuno en el desayunador. Su orden era íntimo y profundo y casi nunca salía a la superficie: empezaba en la oscuridad de los cajones, en el silencio de la alacena o del botiquín del baño y pocas veces terminaba en la tersura de la colcha de la cama. Ramón, en cambio, tenía un orden escenográfico que disimulaba el desorden profundo de su intimidad: era él quien alisaba las arrugas de la colcha o de los sarapes de las colchonetas de la sala, quien distribuía los cojines y aun quien «desordenaba» meticulosamente las revistas recientes encima del canasto de la ropa sucia del baño porque es ahí, y no en el revistero que les regalaron, donde deben de estar. Protegido por el orden funcional de Susana —ese que se traduce en la puntualidad de la comida y en las camisas planchadas—, Ramón se divertía desordenando la casa, desubicando los objetos de su espacio adecuado, a lo Marcel Duchamp cuando introdujo en una exposición un mingitorio adaptado a surtidor: así, el bidé portátil que se había robado del depa de

Javier estaba en la dizque sala convertido en maceta; y como recurso de economía, había transformado canastas en pantallas de los focos antes pelones, huacales en libreros y una botella gorda de jerez Tres Coronas en la base de la lámpara. Más que un departamento, ese espacio compartido era un *collage* cada vez más semejante a la capilla de algún santo milagroso atiborrada de exvotos, porque a Ramón le gustaba que los recuerdos estuvieran siempre presentes como los de los cronopios, y no alfabetizados en los álbumes o en los archivos como los de los famas, y por eso las paredes estaban saturadas de fotografías antiguas y recientes, de dibujos de amigos, de postales de París, de máscaras indígenas, de *graffiti* espontáneos —porque Ramón no había superado la etapa infantil de escribir en las paredes, y con frecuencia a ellas trasladaba el más entusiasta subrayado del libro recién leído, cual aforismo mural. Además, cuánto más barato llenar el espacio vertical que el horizontal, porque tenían menos fondos para comprar muebles que recuerdos e ilusiones para amoblar los muros. En la recámara, donde sólo estaba la cama pelona, Ramón había pintado en la pared una gigantesca cabecera retorcida —como si fuera de hierro forjado— que llegaba hasta el techo, y en la pared de enfrente, aunque hubiera por lo menos un metro de distancia entre la cama y el muro, una piesera simétrica a la cabecera, de manera que, acostados, Ramón y Susana se metían en un lecho más grande que el tálamo de la Reina Virgen. Susana hubiera preferido las paredes limpias, acaso con un par de serigrafías debidamente enmarcadas, una cama de latón y unos muebles convencionales en la sala, aunque fueran «coloniales mexicanos», pero, además de no tener dinero, desde el principio quedaron divididas tácitamente las funciones del orden y los espacios para implantarlo: el orden de Susana era invisible; el de Ramón superficial, a no ser el de sus libreros, donde ejercía su primeriza crítica literaria: tuvo que invertir un fin de semana completo para colocar juntos los nueve libros de literatura peruana y los siete de literatura colombiana e insertar debidamente, entre ambos grupos, como libro comodín, como libro alcahuete, la *Historia de un deicidio*, que Vargas Llosa había escrito sobre *Cien años de soledad*.

Tras haber guardado la corbata de Ramón, Susana cerró el clóset y fue a abrir la puerta del departamento: la sagrada familia en persona: Gabriela y Rafael y una canasta alargada en la que dormía Rodriguito no le digan Rodriguito que se llama Rodrigo ni le hablen como si fuera retrasado mental.

Gabriela, la mejor amiga de Susana, la que había recibido el ramo de girasoles como feliz premonición el día de la boda Montessori, estaba radiante: su cuerpo había adquirido, con la maternidad, una reciedumbre que antes no tenía: eran ahora más enérgicas sus mandíbulas, más consistente su mirada, más anchas sus caderas, más firmes sus tobillos, si bien muchos de sus cabellos se quedarán en el peine y se hubiera aflojado la antes apretada trama de su cintura.

Rafa, muy solícito, representante casi alegórico de la paternidad responsable — que sólo le había fallado, *peccata minuta*, la tarde del coito—, cargaba con una mano la canasta ocupada por éste es mi hijo, y con la otra un morral que hacía las veces de

pañalera (muy permeable por cierto) porque nosotros detestamos el plástico. Gabriela, por su parte, llevaba la lata de la película de 16 milímetros que verían esa noche en casa de los Monchos.

Susana sugirió que pusieran a Rodriguito no le digas Rodriguito en la recámara, pero Rafael y Gabriela, a coro y enfáticos, rechazaron tal propuesta aséptica y burguesa y decidieron ponerlo allí, sobre la colchoneta de la sala, a plena luz eléctrica y si hay música, mejor porque me cai que tiene muy buen oído el chavo.

Al momento de poner la canasta sobre la colchoneta, Rodrigo se despertó y empezó a berrear estentóreamente, y Rafael, entonces, se dispuso a cambiarle los pañales con ese aire cuasicientífico y amoroso a un tiempo, que convierte a la caca en una sustancia inodora, insabora e incolora, tan inofensiva y neutra como el agua, pues.

Rafa era músico —más específicamente baterista de un conjunto rockero poco conocido y casi autárquico. Su delgadez rayaba en bronce de Giacometti, y poseía, bajo la maleza selvática de su cabellera y los bigotes ralos y güerejos, una sonrisa generosa y distraída que se antojaba independiente del resto de sus facciones. Por fidelidad extrema a su vocación había prescindido de todo, aun de una formación musical. Tocaba a deshoras con pureza zapatista y su sensibilidad autodidacta consideraba que la reflexión, la teoría, el estudio sistemático, la disciplina eran enemigos mortales de su don.

Desde que Gabriela sintió en carne propia los efluvios de la liberación sexual se involucró con ese baterista que me encanta aunque sea menor que yo y al poco, al poquísimo tiempo, quedó encinta porque sabía más de *All you need is love* que de las píldoras anticonceptivas: sólo confiaba en el propio ritmo de la naturaleza, pues en qué más. Rafael, que por primera vez en su vida sentía las percusiones del amor, se enfrentó con ánimo temerario a sus repercusiones, descartó por principio la posibilidad del aborto que le insinuó su propio padre en una sobremesa muy incómoda del Ambassadeur y comprometió su destino —así dijo— con Gabriela y con el hijo que ella llevaba en sus entrañas —así también dijo, en esa escena telenovelesca durante la cual padre e hijo intercambiaron sus lenguajes habituales: el padre decía cosas como «agarra la onda» y el hijo intercalaba en su discurso frases como «alta responsabilidad», «deber sagrado» y «compromiso». A pesar de la dignidad de sus palabras, Rafael aceptó que papá lo siguiera manteniendo, y ahora no sólo a él sino también a Gabriela, al hijo que llevaba en las entrañas y a su batería, que no deja para un carajo, qué le vamos a hacer, me salió jipi este hijo de su rechingada madre.

Gabriela y Rafael, Rafael y Gabriela, pareja arcangélica, estaban embarazados. Tal vez para compensar la falta de solvencia económica, Rafa se involucró en la preparación psicoprofiláctica a la que Gabriela se había inscrito, convencida de que la anestesia era traumatizante para el producto —así empezó a llamarle a la pobre criaturita—; de que ella misma podía colaborar con sus propios pujidos y sus

respiraciones adecuadas a que el susodicho producto saliera del claustro materno como Rodrigo por su casa, o como Ximena por su casa si es niña; de que no hay experiencia más importante en la vida de una mujer que el nacimiento de su hijo como para pasársela dormida oyes. Además, ambos querían que el padre no fuera un ser pasivo, limitado a la sencilla tarea de lanzar un espermatozoide —y vaya con qué tino en este caso—, sino que participara activamente en las consecuencias inmediatas y mediatas de su buena puntería. Rafael, pues, acompañaba a Gabriela a los cursillos que el doctor De la Fuente impartía a las primerizas y a sus maridos —sonrientes, escépticos e inminentes desertores. Supo así de contracciones, dilataciones, pujos y jadeos, y ya en casa, por mera solidaridad, practicaba con Gabriela todos los ejercicios, hasta el de contraer el perineo. Una noche, después de haber ojeado el libro de *Life* sobre el embarazo —con sus portentosas fotografías— y de haber palpado en el elástico vientre de Gabriela las pataditas de Pelé, Rafael, qué cosa, soñó que se le reventaba la fuente y que un líquido amniótico inundaba el aposento hasta que él quedaba completamente sumergido y hacía esfuerzos épicos para no ahogarse en sus propias destilaciones.

Cuando las contracciones se hicieron frecuentes y regulares, Rafael llevó a Gabriela a la clínica con la seguridad de que, si no llegaba el médico por algún motivo, él mismo podría fungir como partero, faltaba más. No fue necesario porque el doctor De la Fuente llegó calmadamente, si bien antes del alumbramiento, tres horas y media después de que la de Gabriela se hubo reventado. Con la ayuda de Rafael, que, disfrazado de médico, la alentaba a pujar y a respirar como es debido, apretándole la mano sudorosa, Gabriela por fin dio a luz a un varoncito de 3 kilos y 300 gramos de peso y 48 centímetros de estatura ante la cámara de 16 milímetros de Pablo, el amigo siempre presente en la intimidad, y en el momento más intenso de una descarga del enorme Joe Morello con el grupo de Dave Brubek, que Rafael había puesto a todo volumen en la grabadora portátil con la concesión, después arrepentida, del doctor De la Fuente. Me cai que tiene muy buen oído el pinche chavo.

Muy pronto llegó Pablo, el amigo siempre presente en la intimidad, cargado del proyector que lo había sofocado a lo alto de cuatro pisos.

—¿Le llegan al vino? —preguntó Susana, extrañada de que no hubiera llegado Ramón, si me dijo que iba a regresar temprano, y hasta quedó de traerme el queso y el pan, porque la onda es quesopanyvino.

—Bueno —dijo Pablo sin pensarlo demasiado y se ofreció a abrir la botella mientras la sagrada familia se dedicaba completa y por completo a la lactancia. Pero se barrió el tirabuzón y el corcho empezó a desmoronarse. No había manera de sacarlo.

—Hay que hundirlo —dijo Rafael, con el tiraleche en una mano, dispuesto a proceder.

Por fortuna, Pablo pudo optar por un trago fuerte, sí, aunque sea de Ron Rico, nunca digas de este ron no beberé, preferible totalavida al Santo Tomás, que ya se veía venir con rigor escolástico y con veinte naufragios de corcho flotando en la superficie.

—Lo malo es que no tengo hielo, hijo qué pena, pero es que mi congelador es diminuto, y Ramón me dijo que iba a traer una bolsa de.

—No importa. Aunque sea sin hielo, aunque sea sin Coca, aunque sea sin vaso —dijo Pablo.

—Bueno, pues llégale.

—¿Y dónde anda?

—¿Quién?

—Ramón.

—Pues no sé. Me dijo que iba a comer con unas gentes del trabajo pero que llegaría temprano. Con eso de que no tenemos teléfono.

—Debe estar echándose unos tragos en la cantina.

—Ay no, cómo crees.

—Catulo no es un poeta frívolo; es un poeta desgarrado y sombrío —dijo Sergio, y apenas desvió la mirada, puesta en sus interlocutores para dirigirla al mesero, quien, atrás de la barra, estaba instalado en un bostezo sobre las *Últimas Noticias*. Con un levísimo movimiento en redondo del índice derecho, que nadie salvo el mesero percibió, le dio a entender que sirviera otra ronda pareja de tragos. Sólo quedaban ellos en la cantina desde que a media tarde los burócratas, después de comer una sopa de pollo y sus sandwiches de carne cruda con angulas, habían vuelto, pesados y flojeros, a sus inútiles oficinas.

El mesero sirvió tres cubas campechanas y la amarga mezcla de fernet y anís seco que Sergio tomaba durante la tarde para recobrar los ánimos extraviados, y las llevó a la mesa donde Ramón, Javier y Luis, que había considerado última la antepenúltima copa, oían las palabras de Sergio, brillantes y torpes a un tiempo, repetitivas, sobre la diferencia entre el amor eros y el amor ágape.

—Ahora sí son las últimas —dijo el mesero, aburrido y enérgico— porque ya vamos a cerrar.

Ramón había ido a comer a La Providencia, cuya belleza residía paradójicamente en su fealdad: era sucia, oscura, pequeña, ruidosa y olía a meados, pero por ello mismo era íntima y sabrosa —auténtica, dirían los intelectuales y seudointelectuales que se fueron abriendo paso entre los burócratas sebosos y los borrachos consuetudinarios que la reventaban de lunes a viernes a la hora de la comida. La huella intelectual había quedado estampada en el sanitario. Al lado de letreros obscenos, dibujos fálicos y anuncios que agotaban los catálogos tipográficos para prometer la curación discreta de todo tipo de enfermedades venéreas, apareció una

tarde, arriba del mingitorio, un recado que decía:

REGRESO EN CINCO MINUTOS
GODOT

A Ramón le gustaba caer de vez en cuando por allí porque tenía la seguridad de encontrarse con los amigos, que coincidían puntualmente sin darse cita previa, para platicar horas y horas, delante del pasaje ininterrumpido de cervezas y cubas libres, sobre literatura, militancia política y mujeres. Pero Ramón no sólo era un intelectual —escritor siempre en ciernes, siempre promesa, siempre futuro— sino un burócrata, como él mismo lo presumía, con cierto cinismo, al repetir la consigna de que vivir fuera del presupuesto es vivir en el error, y su ingreso a la cantina, por tanto, digamos que gozaba de mayor legitimidad. A la quincena siguiente de la boda Montessori, después de haber ido juntos Susana y él al súper por primera vez, Ramón se había percatado, con la contundencia de una cartera desfallecida, de que no bastaba con la nota hebdomadaria ni con las eventuales correcciones estilísticas o tipográficas; de que tampoco era suficiente la aportación precaria e irregular de Susana, quien alternaba sus estudios de historia del arte con la elaboración de muñequitos afelpados y redes de macramé para colgar macetas con helechos. Ramón, entonces, tuvo que aceptar unas clases que ostentaban los rimbombantes nombres de *Técnicas de la comunicación oral y escrita* y *Práctica de la disertación* en el cacofónico Centro de Capacitación de la Secretaría de Gobernación, y cuyo objeto no era otro que alfabetizar a policías civiles o algo así muy raro y confidencial. Le pagaban bien (bueno, al menos mejor que en otras instituciones) a cambio no sólo de sus enseñanzas sino también de su corbata obligatoria, de la discreción de su cabellera y de sus desmañadas —porque las clases empezaban a las siete de la madrugada. Le hablaban de usted y no le apeaban el título de licenciado, que Ramón no tenía y que además le parecía horripilante, como si le embarraran de grasa su impoluto saco azul marino cada vez que le decían licenciado Aguilar. ¡Licenciado Aguilar, no me jodan!

Para Ramón, La Providencia era providencial. Desde que empezó a vivir con Susana había abandonado casi por completo sus estudios universitarios; leía por su cuenta, sin ningún sistema, novelas disímbolas; había desistido de estudiar trabajos académicos y acaso estaba más enterado de las cosas de literatura por las revistas y los suplementos, en los que él mismo empezaba a participar, que por las propias obras. La Providencia, así las cosas, era un verdadero lugar de trabajo. Ahí encontraba más información, más actualidad, más brillantez, pensaba, que si estuviera inscrito en un seminario del mismísimo El Colegio de México.

Cuando llegó a su comida de trabajo —como le había dicho a Susana, sin mentirle *stricto sensu*—, se encontró en la puerta de la cantina a Javier, cada vez más *peace and love*, que acababa de regresar del Festival de Avándaro y todavía andaba a dos metros sobre el piso. Empujaron sendos batientes y se abrieron paso entre el

gentío vociferante. Ya estaba ahí, defendiendo el apartado de la mesa con su desparramada corpulencia, Sergio, el primero que llegaba siempre para discutir, entre niño y abuelo, sobre Stevenson y *La Iliada*, sobre Ovidio y Dumas. Estaba leyendo, al margen de la algarabía, la edición bilingüe de *Cármenes* de Catulo que había preparado Rubén Bonifaz Nuño para la *Biblioteca Scriptorvm Graecorvm et Romanorvm Mexicana*, y tenía a la mano, sobre la mesa de formaica negra marcada por los redondeles de vasos sucesivos, al lado de su fernet, la *Gramática latina* del doctor Blas Goñi, porque Sergio estudiaba, a estas alturas de la vida (la suya y la del mundo), la lengua de Virgilio. Citaba a Propercio o a Plinio el Viejo como los otros comensales de La Providencia podrían referirse a Chucho Salinas o a Héctor Lechuga —en el mejor de los casos— y los convocaba, al fin clásicos y por ende vivos, a sentarse a la mesa y echarse unos tequilitas.

Ramón saludó a Sergio con una efusividad no del todo correspondida. Javier apenas dejó deslizar su sonrisa sobre la mesa, como si fuera una ficha de dominó. Se sentaron al lado de Sergio, pidieron unas cervezas, y rodeados de los demás parroquianos que habían atestado la cantina en unos cuantos minutos con puntualidad madrileña, cuyas conversaciones versaban sobre el busto de Fanny Cano, que todos quisieran develar, o las nalgas de Noelia Noel o el deterioro del Atlante, hablaron de la poesía erótica de Catulo, que Ramón sólo conocía por el disco de Carl Orff, *Catulli Carmina*, que había sucedido a *Carmina Burana* como inercia del mismo galope desbocado.

Para compensar un poco el casquete casi corto y el saco azul marino (la corbata se la quitaba saliendo del trabajo), Ramón había empezado a fumar pipa con una torpeza vergonzante: se le apagaba continuamente y no sabía cómo hablar y fumar al mismo tiempo, además de que le quedaba grande, poco natural, porque para fumar pipa, como para cantar boleros, se necesita edad. Pero la pipa era un distintivo en el ámbito burocrático, una señal de pertenencia a otro estadio. ¿Señal? No: más bien anhelo. Ramón, pues, pipa en boca, se limitó a oír las sesudas disertaciones de Sergio a propósito del amor de Catulo por Lesbia, mientras Javier se encaramaba por el humo de la pipa.

Al poco tiempo llegaron Luis y Artemio, juntos pero no revueltos. Luis llevaba una bolsa hasta entonces restringida al sexo femenino y Artemio llevaba bajo el brazo *Posdata* de Octavio Paz. Ya no les tocó silla y se tuvieron que sentar sobre unos cartones de cerveza.

Qué raro que Luis hubiera llegado a La Providencia.

Su experiencia cantinera había sido más bien desagradable por aquella tarde de El León de Oro. Además, él pertenecía, desde hacía varios años, a la población flotante de la Zona Rosa: no se perdía ningún coctel de la galería Juan Martín, aplaudía todas las locuras de José Luis Cuevas, creía en la mafia literaria de Carlos Fuentes, Fernando Benítez y Carlos Monsiváis, le fascinaban los escándalos pánicos de Alejandro Jodorowsky, se refería a María Félix como a «La Doña» y no se perdía

una película de la reseña en el mismísimo *mezzanine* del cine Roble.

Como si fuera un estudiante francés de los que reanudan especializaciones y doctorados para no perder su condición estudiantil —esto es un *modus vivendi* y una juventud que se prolonga con sus *jeans*, su soltería y su activismo político hasta la panza y la calvicie—, Artemio gozaba de una beca anualmente renovada para hacer una tesis sobre la administración pública de Juárez que, con la exaltación echeverrista del Benemérito, auguraba ahora varios años de usufructo antes de llevarla a infeliz término. Era militante de un partido de izquierda sin registro y practicaba, para su fortalecimiento, lo que él denominaba genéricamente «el agandalle proletario»: que necesitaban una máquina de escribir o un mimeógrafo o un micrófono, pues a expropiárselo a una oficina pública o privada, a un establecimiento comercial o a una casa particular, que ya el socialismo todo lo repondrá con verdadera justicia distributiva.

Comieron en La Providencia sendas sopas de pollo, tres veces cooperaron con los cilindros moribundos —menos Artemio por aquello de que ya va a llegar el socialismo— y por el camino del alcohol pasaron, a lo largo de esa tarde en que paulatinamente se fueron quedando solos, de la tranquilidad a la euforia, de la euforia a la reiteración y de la reiteración a la necedad —estado límite entre el afecto y el pleito.

Sus palabras fueron sofocadas por el estruendo burocrático —las risas, los vasos que chocan, las órdenes gritadas de otro trago, otra ronda igual, una sopa para acá—; silenciadas por la televisión que hablaba sola, castigada en un rincón de la cantina, a una altura inaccesible; despedazadas entre sí en la competencia mortal de decibeles en la que concursan simultáneamente los presuntos interlocutores.

De las miles de palabras que pronunciaron durante la tarde, sólo quedaron despojos de diálogos cada vez más pastosos, indiferenciados, apenas reconocibles, flotando por ahí en la atmósfera viciada de La Providencia sin que la memoria de sus dueños los haya reclamado todavía:

¿Cuándo acabarás de pasar del Modernismo a la modernidad, *darling*? Estamos en 1971 y tú sigues pensando que París es el ombligo del mundo. Ni Rubén Darío, Monchito. / El arte es azul y viene de Francia. / Manhattan, *darling*, Man-hat-tan. / Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa capital del cheque. / La cabeza de Sergio es una casa de citas. / Pero el francés y la literatura francesa... / ¿El francés? Pero si el francés es una lengua muerta. Está más vivo el latín que estudia aquí Sergito. / Eso sí, si vas a Nueva York acabas con una tortícolis gruesa de tanto mirar para arriba. / Pero si en Nueva York todo es importado. ¿Dónde está su personalidad? / Pues en eso precisamente. / Los pinches gringos han saqueado al mundo. Si pueden tener una ciudad así es por la explotación a los países del Tercer Mundo. Son los beneficiarios de la plusvalía internacional. / Por favor, no me

amargues mi Campari, Artemio. No me vengas ahorita con jaladas de Doctrina Monroe y política del *big stick*. Una cosa es una cosa y otra cosa es... / Que seas antimperialista OK, pero no por eso vas a dejar de ver una película de Marilyn Monroe. / Ésa es la verdadera Doctrina Monroe. / Ni vas a practicar el ascetismo inútil de no comerte un *hot dog* en toda tu vidita. / Que viva el Marxismo Lennonismo. / ¿Qué creen que me dijo la mamá de Susana la otra vez? Me dijo: tú muy comunista muy comunista pero bien que te gusta la Coca-cola para tus cubas, ¿no? / Cámara. / Pues aquí el camarada Artemio está peor. Una vez me dijo que cómo podía leer a Cabrera Infante si era un gusano vendepatrias. / Yo no te pude haber dicho eso. / *Off course, my horse*. Ya no te acordarás pero me cai que me lo dijiste. / Si los poetas son más revolucionarios que... / Por ser Borges, Marx hubiera dado todo su capital. / Revolucionar el lenguaje es hacer la revolución. 1 Los argentinos progresistas detestan a Borges por reaccionario y respetan a Octavio Paz por su calidad literaria. Y nosotros veneramos a Borges... / Menos Artemio, claro. /...por su literatura, independientemente de su postura política, y en cambio a Paz no le perdonamos... / Bueno, es que después de haber tenido los güevos de renunciar a la embajada de la India por lo de Tlatelolco, la verdad *Posdata*... / Pues a mí *Posdata* no me parece para nada un libro reaccionario, de veras. Y a lo mejor ahorita me queman vivo. Simplemente es un libro crítico. Lo que pasa es que en este país, como él mismo dice, la crítica... / Cómo no va a ser reaccionario, si hay una absoluta descalificación de los procesos sociales de América Latina. Dice que nuestras revoluciones son producto del subdesarrollo. Imagínate: si nos vamos a esperar a estar desarrollados, según el esquema capitalista, para hacer la revolución, pues ya para qué la hacemos, ¿no? / Además, cómo nos vamos a desarrollar si no hacemos la revolución antes. / Ése no es un problema del crítico, es un problema del objeto de su crítica. / Pues la verdad a Paz muchas veces no se le entiende absolutamente nada. A ver Ramón, ¿tú entiendes este párrafo? En serio dime si lo entiendes. Fíjate. Dice: «La mexicanidad no es sino otro ejemplar, una variación más, de esa cambiante idéntica criatura plural una que cada uno es todos somos ninguno. El hombre los hombres: perpetua oscilación. La diversión de caracteres, temperamentos, historias, civilizaciones, hace del hombre: los hombres; y el plural se resuelve, se disuelve, en un singular: yo, tú, él, desvanecidos, apenas pronunciados. Como los hombres los pronombres son máscaras y detrás de ellos no hay nadie —salvo, quizás, un nosotros instantáneo que es parpadeo de un ello igualmente fugaz». Qué tal, ¿eh? ¿Le entiendes?, te cai que le entiendes? / Pues la verdad yo creo que es claro, que trata de explicar la complejidad de la cultura mexicana sin los esquemas de *El laberinto de la soledad*. / No: la neta es, que con tantas oposiciones que se disuelven ya no quedó ni madres. / Bueno, así es la poesía. / Y además la onda de la India y de las culturas orientales, el yin y el yan y lo que está arriba está abajo. / Sí, así puede ser la poesía, muy bien, pero, carajos, éste es un ensayo político. / ¿y quién te dice a ti que puedes conocer mejor la realidad política a través del ensayo que de la poesía? Yo sé más de

México por Juan Rulfo que por Samuel Ramos. / Pues sí, pero la neta es que no se le entiende nada. Se le entiende más a Echeverría, me cai. / Tantos argumentos contra Paz sólo vienen a confirmar la tesis del propio Paz: en este país no hay crítica. / Yo no he leído *Posdata*, pero como mi sentido hipercrítico me permite incluso el prejuicio puedo asegurarles... / Nunca la ha habido. / ¿Y Jorge Cuesta? / Una isla en el archipiélago de soledades. / La postura política depende de quién sea tu interlocutor. Ésa es más o menos la actitud de Cuesta, ¿no? / Pues sí; para los papás de Susana yo soy un comunista de hueso colorado sólo porque me parece respetable la revolución cubana y porque detesto la guerra de Vietnam, y en cambio para los troskos de la facultad yo he de ser un reaccionario de mierda nomás porque prefiero casi cualquier película de Hollywood que *La sal de la tierra* o porque prefiero la poesía de Villaurrutia que la de Maples Arce. / Con razón Platón expulsó de la República a los poetas. / Una vez vi una película china sensacional. El realismo socialista más estúpido que se puedan imaginar. Aparecen dos soldados de Chiang Kai-chek y uno le dice al otro: huyamos como ratas, que ya llega el glorioso ejército de Mao Tse-tung. / Pues también en Cuba. / No, hombre, cómo crees. En Cuba no hay ninguna imposición formal ni se pretende crear *a priori* un arte socialista. / No a la manera del estalinismo, pero sí hay restricciones, cómo no. Mira nomás lo que le hicieron a Virgilio Piñera, y la marginalidad de Lezama Lima. / Bueno, de acuerdo, pero supongo que no por eso vas a descalificar en su conjunto a la revolución. / Por eso, te digo que depende de quién sea el interlocutor. Si los papás de Susana me dicen que en Cuba no hay libertad y que se acabó la alegría del pueblo más bullanguero del mundo, pues me encabrono y les tengo que decir que la libertad colectiva tiene que ver con la justicia y no con la posibilidad de escoger una marca de desodorante, carajo, y que qué bueno que se acabó con esa alegría de burdel de la época de Batista y que lo que ahora se puede ver es la dignidad y la reciedumbre de un pueblo politizado y trabajador y todo ese rollo; pero para un intelectual cubano como Fernández Retamar, yo debo de ser un gusano de mierda porque sí, todo muy bien, pero qué chinga no poder criticar el proceso revolucionario y tener que someterte a huevo a la institucionalización de ese proceso. / Espérame, cabrón, cómo quieres que se permita, después de una revolución popular, que unos pinches burgueses traicionen... / Espérame. Lo que quiero decir es que si quieres leer a Lezama te chingaste. Y si quieres ver una película de Elke Sommer también te chingaste. / No es cierto que no puedas leer a Lezama. / ¿Y el caso Padilla? Porque a Padilla se lo chingaron. Y eso que ya le habían dado un premio. / Por eso se lo chingaron. / Ahí hasta cuates muy comprometidos con la Revolución dijeron aguas, ¿no? Cortázar y Sartre y la Beauvoir. / El mundo se divide en dos: los que creen que la justicia debe de estar por encima de la libertad y los que creen que la libertad debe de estar por encima de la justicia. En Cuba claro que hay restricciones a algunas libertades individuales, como viajar al extranjero o leer veinte periódicos distintos, pero cuando un cubano se come una tajada de mango, hasta el último guajiro del Escambray está

comiéndose su correspondiente tajada de mango. Y la justicia es lo que hace libre a un país. Si no hay justicia, las libertades individuales sólo las disfrutaban unos cuantos privilegiados. En México hay libertad para salir al extranjero, por ejemplo. Pero ¿tú crees que un indígena del Mezquital tiene la libertad para ir a las Vegas? Ni de bracero, mano. / El mundo se divide en dos: los que dividen al mundo en dos y los que no lo dividen.

Me dio miedo, me sentí igual que cuando estaba con los jesuitas, de veras. Yo les pregunté, en buena onda, ¿no?, que de dónde salía el dinero para formar el partido. Pues no me respondieron. Más bien me preguntaron: ¿Qué, ves algo raro? Y no es que yo viera algo raro ni que tuviera desconfianza, de veras. Yo sólo quería saber de dónde sacaban el dinero, porque ni madres que de las cuotas. Pero de ahí no los saqué: ¿qué, ves algo raro?, me dijeron.

Para qué me hago pendejo. El amor no se combina con el trago. Cada quien tiene sus sucedáneos. Yo leo a Catulo y es como si me recibiera en su lecho Charlotte Rampling. / ¿Vieron *Addío fratello crudele*? / O Brigitte Bardot. / Pero si Brigitte Bardot es una sirvienta. / No, lo que pasa es que su erotismo no responde a los códigos preestablecidos a que nos tiene acostumbrados el cine de Hollywood. De alguna manera deja de ser un objeto sexual. Ella es quien decide.

Susana y yo estábamos en la universidad en el auditorio Che Guevara. Ya ven que el doctor Guerra invitó a Octavio Paz. Toda la facultad estaba llena de pintas que decían NI PAZ NI GUERRA. Y ahí estábamos. También había ido Carlos Fuentes, con un traje sicodélico muy cotorro, parecía pachuco de *El laberinto de la soledad*. De repente llegaron unos cuates todos madreos e interrumpieron el acto y dieron el informe de que los halcones los habían golpeado en la marcha, que eran unos chavos pelados a rape, como sardos, y bien mamados, que del Pentatlón, dijeron, y que llevaban unos palos larguísimos. Y que les pusieron una madriza de aquéllas. Entonces Paz se levantó, agarró el micrófono y dijo que si era verdad lo que decían los compañeros, que él reprobaba enérgicamente la agresión gubernamental y hasta se le salió un gallo. La verdad yo me asusté. Como iba con Susana, no sé, las cosas son distintas. Nos agarramos de las manos y nos pelamos rapidísimo a Copilco. Y otra vez sentí lo del 68, y me dieron ganas de llorar, de veras. Y a Susana también, nomás que ella no se las aguantó. Y ahí nos quedamos, en el departamento. Sin un pinche radio. Sin televisión para saber qué carajos había pasado, aunque lo dijera Zabludovsky. Sin teléfono para hablarles a los cuates. Y ahí nos quedamos, sin saber qué onda. / Atrás de todo está Echeverría. En este país no se mueve... / Los emisarios del pasado. / Los emisarios del presente, dirás. / Quién sabe, acuérdate de Morelia, donde se le volteó a Díaz Ordaz siendo candidato, y guardó un minuto de silencio por los caídos en Tlatelolco. / Sí; los de Tlatelolco: también los del Batallón Olimpia. Además él era ministro de Gobernación en el 68, no nos hagamos pendejos. Por más presidencialismo que haya... / No sé, Echeverría por lo menos destituyó a Martínez Domínguez. / Fue un chivo expiatorio, hombre. Cuánto vas a que la Procuraduría

jamás hará la investigación. / Pues yo sigo sin saber qué onda. / Lo que pasa es que como ahora trabajas en el gobierno. / Pues tú también, güey. ¿O quién crees que sostiene a tu pinche partido? ¿No decías que veías algo raro? / Ya, no se peleen. Bájense. / Pinche país de mierda. / Pinche país de mierda, siempre pinche país de mierda. Ya estás como José Agustín: dicen que una vez se le perdieron las llaves de su coche y lo único que pudo decir fue pinche país de mierda. / Lo único verdaderamente valioso de este país de mierda. ¿Saben qué es? ¿Saben qué es? Pues lo único verdaderamente a todas madres de este país de mierda es la calavera de Dolores del Río. Salud. Ojalá que cuando se muera a ningún pendejo se le ocurra incinerarla. / Eres un loco. / No. Soy un monstruo. Un monstruito. Tengo una joroba más grande que yo mismo. Con decirte que mi psicoanalista es un estupendo médico forense. Lo que ves de mí es lo que queda de mí. Los psicoanalistas, así, con P, con P S, PSicoanalistas, traumatizados todos, como PSiqueiros, como dice una amiga mía: PSiqueiros, así, con sus manotas abiertas, sobreactuadísimo. Yo no tengo complejo de Edipo ni complejo de Electra ni siquiera complejo de Narciso. Yo soy más mexicano, tú: yo tengo complejo del Pípila: ahí voy cargue y cargue la piedrota para defenderme, cargando mis propias culpas, expiando mis pecadotes. Pero ¿Saben qué es lo más trágico del complejo del Pípila? ¿Saben qué es lo más trágico? Bueno, es que es el colmo. El colmo del Pípila es llegar hasta las puertas de la Alhóndiga, después de haber atravesado la explanada, cargando esa piedrota para que no le toquen las balas, y ya que llega para incendiar la puerta y permitir que los insurgentes entren adonde están los realistas... / Ésos eran más realistas que Flaubert. / Ya que llega a las puertas de la Alhóndiga, chin, no tiene cerillos el muy pendejo. Así soy yo. Ése es mi complejo. El complejo del Pípila. Nomás cargando mi piedrota. Ni Sísifo, ¿verdad, Sergito? Y sin cerillos. / El que tiene el complejo de Narciso es Li-po, que se ahoga tratando de agarrar el reflejo de la luna... / Ya estaba ahogado, pero de borracho. / Como tú. / ...pensando que es la luna. Narciso porque la luna es el poeta, la luna es la poesía a pesar de... / A pesar de Armstrong. / Que si fuera Louis y no Neil. / Li-po, el poeta madre de Tablada. / Tablada. El único poeta erótico de la literatura mexicana. / ¿Se acuerdan de esos versos donde se intercambian los sexos en la boca?:

de tu boca voraz que en carnal gula
sobre la mía, sáfica y pasiva,
se imprime largamente y eyacula
en un másculo beso, su saliva.

Qué bárbaro, ¿no? / ¿Cómo que el único poeta erótico de la literatura mexicana? ¿Y Francisco de Terrazas, el primer poeta mexicano, que dedica un soneto a las piernas de una mujer? / ¿Y Sor Juana? ¿Y López Velarde? La prima Agueda con su prestigio de almidón. / Pero López Velarde no era alcohólico. / Pero ¿por qué pero? Si

yo hablé de Li-po es porque... / Mejor échate unos versos del Rubayat. / No; mejor de Li-Poe. / El mejor traductor de Poe es Cortázar. / Exageras, ¿no Monchito? Sólo de la prosa y sólo al español. Porque la poesía es intraducible. / La traducción de la poesía es como la mujer: entre más hermosa más infiel. / Poe. / Y Rubén Darío, que acabó alcohólico. / ¿Por qué acabar alcohólico, como si fuera el fin y no el principio?; siempre con pena: fue un chingón pero acabó alcohólico. / Porque... / Ernesto Mejía Sánchez se encabrona cuando dicen que Darío era alcohólico. Es como explicar su genio por el trago. / Como explicar la flor por el fertilizante, diría Bachelard. / Malcolm Lowry es otro. / ¿Saben qué dijo Lowry? ¿Saben qué dijo el muy chingón? Dijo: Nadie sabe lo que tengo hasta que me ve perdido. / Y Toulouse-Lautrec. / ¿Mi Louse Lautrec? No mames. Salud, cabrones. / Salud. Yo me pongo de pie. Para brindar. / ¿Por qué vas a brindar? / Pues por el brindis, por el pinche brindis, por el metabrindis y por mi madre bohemios y por la Chingada. / Yo brindo por la Chingada. / Que viva la Chingada y todos sus hijos de su rechingada madre. / Yo ya me voy. / No mames, quédate otro ratito. / No, en serio, tengo reunión de célula. / A ver si no te da celulitis en las nalgas, cabrón. / Puta, es tardísimo, yo también me voy. Quedé con Susana... / Ay, no mames güey. / Nomás oye este poema de Catulo.

Había de tocho, el guato de chavos de todas las ondas: uno con su pinche suástica en la chamarra y otros acá muy buena onda, alivianadísimos. Pero todos en la fraternidad, me cai. Que presta las papas, que presta la cobija, que pásame un toque. Todo se compartía. Menos la chava. / Yo ya no quise saber nada. Quise esconderme. Y Susana llore y llore. Y a mí también me dieron ganas de llorar. Sólo eso, ganas de llorar. No me dieron ganas de agarrar una piedra. No me dieron ganas de pintar una barda con una mentada de madre. No; sólo me dieron ganas de llorar. Y lloré pero sin llorar. Horas estuve ahí llorando con Susana porque aunque yo no llorara ella lloraba por mí. Y le estuve acariciando la nuca horas y horas para que llorara a gusto. Y se me durmieron las piernas. Bueno, se me durmió todo: hasta el coraje se me durmió. / Buenos grupos. No como en Woodstock pero me cai que buenas rolas: Dug-Dugs, División del Norte. Tekila. Tochos muy macizos. Hermanos macizos del alma. Hasta la tira estaba alivianada. No la hicieron de tos y hasta se echaban sus toquecitos muy acá. / Y cuando Susana se quedó dormida, la llevé al cuarto y la desvestí y la acosté y luego me acosté yo y ya que vi que estaba completamente dormida, hasta chupándose el dedo como una niña, entonces sí sentí que ya podía llorar yo solo. Pero no pude. No se me salió ni una pinche lágrima. Y entonces como que lloré para adentro. / La gente de Avándaro y de Valle pues sí estaba medio eriza, ¿no? Porque se dejaron caer como cien mil chavos, pero me cai que en muy buena onda porque la naturaleza es increíblemente alivianadora, es el mejor circo. La enajenación más bien va a ser el acelere cibernético. Me cai. / Y no pude dormir. Se me había dormido todo: las piernas, los brazos, los dedos. Pero yo, lo que soy yo, no me pude dormir. Eso me pasó.

Catulo no es un poeta frívolo; es un poeta desgarrado y sombrío.

Ramón llegó a su casa como a las tres y media de la mañana. Le quedaban apenas dos horas para dormir. Abrió con dificultad la puerta del departamento. Sintió de golpe la densidad mariguana del ambiente. Fue a la cocina, tambaleante. Abrió el refrigerador. Se sirvió leche en un vaso, inclinándolo por mera inercia, como si se estuviera sirviendo una cerveza y no quisiera que tuviera espuma. Fue al baño. Orinó largamente. Entró en la recámara. Se desvistió con torpeza. No se quitó la camisa. Todo a oscuras. Si fuera ciego podría vivir aquí muy bien. Me conozco todo de memoria. Se rió. Se metió en la cama sigilosamente, de su lado, claro, aunque el cuerpo de Susana rebasara la línea imaginaria que divide la cama en dos y que se inicia justo en esa raya a lápiz que Ramón trazó en la pared —y que nunca borró— para marcar la convergencia de la simetría de la cabecera pintada por él con un plumón gordo y morado. Olía a niño: a pipí, a caca, a talco inútil, a calostro. Ramón no la vio en la oscuridad del cuarto y de su cabeza, pero la cabecera estaba despintada y el presunto hierro forjado se escurría por la pared porque el pinche escuincle, que berreó como nunca mientras proyectaban la película de su propio nacimiento (nada más natural), fue puesto al fin en la cama, encuerado, y allí mismo, con una erección inusitada, como potente surtidor, orinó hacia arriba, hacia la pared, y la despintó por más hierro forjado que simulara.

Ramón intentó abrazar a Susana, incluso le dio un beso incómodo, pero ella, al sentirlo, al oler su aliento cobrizo, se recorrió hasta el extremo de la cama, dándole la espalda, mucho más allá de la imaginaria línea divisoria.

Cuando todos se fueron —Gabriela y Rafael y Rodrigo, y Pablo, que se había acabado la botella de ron Rico—, Susana no sabía qué hacer. No la habían tranquilizado los comentarios casi cínicos de Pablo: está echándose unos tragos con los cuates. Ramón no era así, no era como todos los pinches maridos burgueses. Era la primera vez que no cumplía lo convenido. Por momentos se había sentido avergonzada: si a Ramón le estuviera pasando algo, cómo era posible que ella estuviera ahí tan quitada de la pena viendo la película del parto psicoprofiláctico, frente al cual, además, no podía dejar de sentirse una voyerista, en medio de esa horneada de mota de la que ella no participaba: había sentido que todos eran unos intrusos en su casa, que hacían lo que se les pegaba la gana sin consultarle nada, y aunque Gabriela fuera su mejor amiga, las cosas habían cambiado: su presencia no tenía sentido si no estaba Ramón allí para compartir los riesgos y los beneficios, para poder aplaudir o criticar, al día siguiente, las conductas de los amigos. Pero si Ramón, como decía Pablo, estaba de parranda —qué palabra tan arcaica, tan lejana a ellos desde que plantearon su relación en términos muy diferentes a los de sus mayores—, cómo preocuparse así, de manera tan primitiva, tan inmadura, tan poco civilizada. Se sintió impotente, inútil, anticuada como la palabra «parranda», romántica, idiota.

Decidió acostarse.

Ni Ramón ni nadie había podido desembarazarse de la presión alcoholizada de Sergio, que necesitaba, suplicaba otro trago, de veras el último, aquí en el bar de Sanborn's, cuando los echaron de La Providencia. Y ahí estuvieron un rato largo, despedazando otras palabras, repitiéndolas sin que dejaran huella, tirándolas a la alfombra jaspeada, donde se confundieron con otras manchas. Y como a la una, cuando también cerraron el bar, Luis los invitó a sus territorios de la Zona Rosa, donde se aburririeron, sin reconocerlo, entre el bullicio de la calle encendida por los anuncios luminosos, los aparadores abiertos, los fanales de los coches, entre las parejas manoseadas de los bares de penumbra y de música de fondo. Luis se encontró a unos amigos sicodélicos y se fue con ellos sin decir adiós. Javier se había quedado en alguna de sus levitaciones. Y Ramón tuvo que llevar a Sergio a Coyoacán. Le buscó las llaves en los bolsillos y lo echó a su casa, completamente borracho, como un bulto de correos. Se rehusó enérgicamente a escuchar por enésima vez el poema de Catulo en latín, que no entendía, y menos aún pronunciado por una lengua pastosa y adormecida. Muerta. Cerró la puerta y se fue a Copilco, temeroso y temerario, manejando su Volkswagen color mierda.

Cuando Susana se confinó en el extremo de su territorio, al volverle la espalda a Ramón jaló la cobija. Ramón entonces trató de recuperarla porque tenía medio cuerpo al aire, pero ella la mantenía con todo el peso de su cuerpo. Ramón jaló más enérgicamente, pero Susana con una fuerza que desenmascaraba el fingimiento de su sueño, la retenía. Ramón volvió a jalar y la cobija se puso tensa como un parche de tambor. Susana entonces, en un preciso momento, simplemente la soltó y Aguilar se desbarrancó de la cama y se fue al infierno.

Tercera parte
Aguilar

La amistad con Eduardo, entonces, era más futura que pretérita. Se limitaba a la coincidencia en tres o cuatro libros —mejor, en tres o cuatro autores—, al desencanto por una película soviética que habían visto juntos y al confesado enamoramiento por la elasticidad de los cuerpos femeninos, que Aguilar gozaba en los tablaos y Eduardo en los foros de danza contemporánea. La invitación decía «válida para dos personas» y, acaso por ese solo motivo, Aguilar se resistía a ir solo a la entrega de los premios Villaurrutia. Conocía a muchos escritores, pero en realidad no era amigo de ninguno. Detestaba hablar de literatura. No exactamente: detestaba hablar de literatura con independencia de la vida, desde los lejanos tiempos de su amistad con Juan Manuel. Por eso sus clases eran tan disparatadas. Le encantaba, en cambio, toparse con Carpentier a la mitad de una cuba libre o con Rilke a la mitad de una página de diario o con Cortázar entre el lado 1 y el lado 2 del disco.

Eduardo era su primer amigo escritor. Había hablado con él de literatura, claro, pero le interesaba más su vida que su obra.

—Acompáñame a los premios Villaurrutia —le dijo.

Le gustó que no aceptara. De alguna manera su respuesta lo confirmaba en la idea de que los encuentros literarios son abominables.

Eduardo tenía que dar clase hasta las nueve. Aguilar ya había terminado la suya. La ceremonia de los premios empezaba a las ocho y media. Decidió irse a casa —a la casa de Juan Manuel, donde vivía solo desde que se separó de Susana y que, por una módica renta, recibió en doble condición de inquilino y cuidador cuando el doctor Barrientos decidió hacer carrera en la Universidad de Austin la mejor biblioteca de temas mexicanos y latinoamericanos y además te pagan en dólares por dar cuatro horas de clase a la semana. Leer un poco, aunque no tenía ningún libro a la mitad ni otro particularmente ansiado mientras leía el anterior —cosa rara porque con frecuencia gozaba más el libro futuro que el presente. Escribir tal vez, pero estaba cansado de todo el día de trabajo concesivo si bien literario. Quizá se reanimara con un par de tragos. No valía la pena, porque dos son tres y tres son cuatro y al día siguiente tendría que desechar lo que escribiera, como le pasaba tantas veces. En fin, oír un disco, hacer dos o tres llamadas telefónicas, a Susana para ver cómo estaba Alina, su hija, a Carmen, y acostarse temprano, no sin cierta vergüenza, aunque con el argumento convincente de que mañana es martes, apenas comienza la semana y mejor no desvelarse en lunes. Quién sabe cómo termine eso de los premios.

Pero no llegó a casa. Antes de las ocho, Eduardo despidió a sus alumnos y aceptó su invitación. Quién sabe por qué.

Eduardo y Aguilar saludaron tímidamente a los desenvueltos escritores Juan

Borges, Juan Vargas Llosa, Juan García Márquez, Juan Lautréamont, Juan Verlaine, Juan de la Chingada con miradas entre esquivas y sonrientes que no sabían equilibrar la complicidad del oficio con el desprecio. Sí, yo también soy escritor. Y cada uno de ellos se amparaba en la potencial amistad del otro, pensando que es más importante la vida que la literatura y que por eso, justamente por eso, escribían.

En la escalinata donde se ofreció, peligrosamente, el coctel, Eduardo, un escalón arriba del que sostenía a Aguilar, dijo, tras una interjección enorme y muda, de las que se tragan:

—¿Ya viste?!

Aguilar volvió la cabeza indiscretamente y vio a una mujer bonita, de pelo corto, demasiado joven, que seguía con ánimos sobreactuados la conversación barbuda de dos sudamericanos. Aguilar tuvo que asentir, sin mayor entusiasmo, que era guapa la compañera. Pero no era ella la aludida por Eduardo, era otra, la de atrás, la que está con el calvito prematuro lleno de buenos modales y de arrogancias sonrojadas, muy Carlos Argentino Daneri de su parte.

—¡Giovanna! —gritó Aguilar, y se desplazó irreverente entre la plática barbada y el pelo corto para llegar hasta ella y abrazarla delante del calvito, a quien le quitó su aleph para llevárselo a Eduardo—. Es Giovanna, Eduardo, es Giovanna, de quien no te he platicado porque no hemos tenido historia, carajo. Cómo estás, Giovanna, cuándo llegaste, carajo, estás guapísima. Hace tanto tiempo que no nos vemos —y otro abrazo y otro beso. Y luego el abrazo de lado, eufórico, presuntuoso, como para una fotografía que Eduardo debería de haber tomado de haber llevado cámara.

—Llegué apenas hoy en la madrugada, estoy muerta, quién iba a decir que te iba a encontrar el mismo día.

Y el calvito, rictus, venitas de la nariz reventadas, se fue quedando cada vez más fuera de la virtual fotografía.

Fue como si se encendiera uno de esos aparatos que usan en las discotecas que iluminan intermitentemente el espacio con una luz de neón y que hace que brillen intensamente los dientes —menos las incrustaciones, que se ven como manchas oscuras— y que resplandezcan los botones de la camisa y que se amoraten sensualmente los labios y que cada movimiento del cuerpo sea como de película muda, de menos de 24 cuadros por segundo: memorable. Así fue la risa de Giovanna y el alboroto de Eduardo y el recuerdo de Aguilar.

—¡Qué alegría verte! Vámonos a otra parte. Manda al diablo al calvito.

—No puedo.

—Sí puedes. Háblame por teléfono cuando te desembaraces. Nosotros ya nos vamos. 563 84 30.

—¿Hasta qué horas te puedo llamar?

—Hasta que puedas. Eduardo y yo vamos a mi casa. A esperarte.

—Mejor no me esperen.

—Te vamos a esperar aunque no llegues nunca.

No me gusta viajar solo. Me deprime. Viajo solo por las meras expectativas de encontrar una compañía libre y fortuita, que no se cumplen. Fuera de mis fronteras, tan domésticas, se recrudece mi timidez. Sufro para comprar cigarros, para pedir una llamada telefónica, para cambiar unos dólares, para tomar el tren. Se me traba la lengua y no puedo articular palabra en ningún idioma extranjero. Es horrible la soledad. Sobre todo cuando es optativa. Podría haber venido con Susana, a pesar de nuestra separación. Somos tan buenos amigos. Además, ella siempre quiso venir a Florencia. Sí, aborrezco los convencionalismos matrimoniales, pero aquí estoy, cual turista convencional en Florencia. Nada más me falta aplicar la cámara fotográfica antes que la mirada a todas las cosas que veo. A ella le hubiera encantado acompañarme. No me gusta comer solo, sin el ritual de iniciación del aperitivo lento y reiterado, sin el comentario, por ignorante que sea, sobre la sazón del pescado o la calidad del vino; comer de prisa cuando se tiene tanto tiempo, todo el tiempo, porque después de comer no hay nada que hacer más que matar el tiempo, hacerlo transcurrir sin la vergüenza inadmisible de meterse a la cama a las nueve de la noche. Aunque si Susana estuviera aquí, de seguro no se ajustaría a mi ritmo, tan lento, para recorrer cada museo. Lento sólo de estar ella aquí, porque no estando, me desespero y todo lo veo innecesariamente apresurado. Y es que la lentitud del ritmo, como en el amor, tiene que ver con el gozo compartido, depende de la verbalización, finalmente erótica, ante la pintura o ante el edificio. Detesto la hermosura de esta ciudad. Cuánto me habló de Florencia Susana, sobre todo antes de que nos casáramos. Y yo le hablaba, en aquellas tardes bobas y eternas, librescamente, fotográficamente, como para no quedar mal, de su color sepia y del Ponte Vecchio, según mis únicas referencias de *El tesoro de la juventud*.

¡Qué cabrón! Sólo cuando estoy deprimido te recuerdo. Hoy tengo más presente una imagen blanda y fina de ti que la brutal torpeza de nuestra relación, cada vez más carcomida. Añoro tu inteligencia, tu buen gusto, tu extraordinaria cualidad de no manifestar tu fineza más que con finezas, sin afirmar, sin criticar, sin pontificar. No soy capaz, en cambio, de compartir contigo mi alegría y mi libertad, porque mi libertad es por tu misma lejanía.

Si estuvieras aquí sentada en este sillón verde (tan real y tangible que no te lo puedes imaginar desde allá), al lado mío, en este desagradable hotel, no estarías aquí sentada en este sillón verde, al lado mío, en este desagradable hotel. Estaríamos cenando en un restaurante hermosísimo independientemente de su hermosura, al borde de una caminata sin otro rumbo, tras verificarla minuciosamente, llenos de asombro y a pesar de la lluvia, que la cama y el amor.

Para amortiguar esta nostalgia ramplona evoco deliberadamente las imágenes más precisas —las mejor construidas— de mi rencor.

A mis espaldas, en el mismísimo *lobby*, una pareja de franceses se pelea, como si

yo, con toda mi cortesía criolla auestas, no estuviera aquí presente, compartiendo el mismo espacio, vulnerado por sus gritos. Curiosamente esta pelea matrimonial me alienta. Si estuviera aquí Susana, de seguro ya nos habríamos peleado y yo estaría caminando solo y con esta maldita lluvia florentina y mentando madres debajo de cualquier tejado y delante de cualquier estatua sin saber cómo regresar con un mínimo de dignidad.

Ya son las diez. Qué bueno. Me puedo dormir sin tanta vergüenza.

Lunes 28

No pasé buena noche. Metido en la cama desde las diez, claro, no me pude dormir. Había renunciado al mejor de mis somníferos: leer en la cama, yo, que siempre leo sentado rigurosamente en mi escritorio, con la luz a la derecha para no hacerme sombra y el cuaderno de notas a la izquierda y el lápiz afilado para cada renglón.

Qué demonios haces leyendo un tratado sobre el barroco mexicano en Florencia, me digo. Qué importa. A fin de cuentas es igual de ridículo que leer aquí, precisamente aquí, el *Diario florentino* de Rilke. De todas maneras boté el libro. A pesar del explicable insomnio, no me animé a levantarme de nuevo y salir a caminar. Llovía. Y lo más atroz del insomnio es que nunca se pierden las esperanzas de conciliar el sueño. Creo que tardé más de tres horas en dormirme. Y antes de las cuatro de la mañana ya me habían despertado las preocupaciones nimias: buscar otro hotel con toda la timidez que cargo como equipaje lujoso. Qué terrible no contar en esta extranjería siquiera con la seguridad elemental de una habitación: cuartel general, estación, escala obligada, ropero de tres camisas, biblioteca de dos libros y de dos cuadernos. Ayer mi amiga Salma, con su italiano inevitablemente suplicante, me consiguió esta pieza, pero sólo por una noche, de manera que yo tenía que buscar otra por mi cuenta, a base de gesticulaciones. Afortunadamente el que habló no fui yo, sino el recepcionista, que me dio a entender, con ademanes grandilocuentes, que me cambiarían a otro cuarto *bel-lísimo*, eso sí, más pequeño y sin baño. Tengo veintiocho años y me siento demasiado viejo para dormir en los soportales de la Galería de los Uffizi como tantos latinoamericanos. Se me pasó el tiempo y mi primer viaje a Europa es tardío, lleno de remilgos pequeñoburgueses: he ahorrado durante tantos años para sofocar, con algunos dólares, el terror del viaje, de la aventura, de la soledad. Y sin embargo, soy tan chavo en Europa. Mucho más que en México. Aquí me puedo poner el suéter rojo bermellón que me regaló Salma. En México me sentiría un poco ridículo. Es que allá, donde la mitad de la población debe de tener menos de quince años, yo soy de la minoría de los viejos, mientras que aquí, donde no hay niños, soy de la minoría de los jóvenes. Allá soy padre cuando aquí sería hijo;

allá soy maestro cuando aquí sería estudiante todavía. He pensado tanto en papá y mamá en esta madrugada, tan corteses y apocados. Soy igual de apocado y temeroso. También pensé en Susana. ¿Por qué no romper con ella definitivamente, si ya va a hacer el mismo tiempo que vivimos separados que el tiempo que vivimos juntos? A lo mejor también por puro apocamiento. Pensé en Alina también y el cariño me lo aplastó el remordimiento. Y en Carmen. ¿Podría compartir un viaje como éste con Carmen? Quién sabe. Carmen siempre me ha gustado más arriba del escenario que abajo: la altura del tablado es de treinta metros.

Cuando ya era hora decente para levantarse, me entró un sueño profundo, de los que quieren y no pueden corregir los estragos del insomnio y sólo hacen denso el día, amodorrado. Hinchán los párpados, abotagan. Como pude, me desembaracé de esa pesadilla para arreglar la otra, la del hotel. *Rise and shine*, como dice Carmen. Una vez reinstalado en el *bel-lísimo* cuarto, me dispuse a asesinar el día.

Es lunes. Los museos están cerrados. Me propuse conocer Florencia, húmeda por la terquedad de la lluvia de anoche. Ayer Salma me llevó al Duomo después de comer, pero yo intencionalmente me distraje. No quería verlo, no quería desperdiciar la compañía fugaz de Salma, que hoy echo de menos; no quería ver ayer lo que tendría que ver hoy sin alternativas. Así que esta mañana fui por primera vez al Duomo, y traté de borrar las huellas que ayer su construcción dejó en la memoria de mis párpados, admirando lo que voluntariamente no admiré, abriendo la boca que ayer dejé cerrada ante el desconcierto de Salma: ¿No te parece maravilloso? Hoy subí hasta la cúpula de Brunelleschi. ¿Desde dónde es más hermosa la ciudad? No sé. Pasa como en el bosque. Uno piensa siempre que aquel lugar lejano es el más acogedor, el más agradable para comer, y cuando uno llega, está demasiado desprotegido, demasiado a la intemperie y hay sobre la tierra demasiado húmeda un *kleenex* y una lata oxidada de cerveza, y ahí, en el lugar que de lejos parecía paraje de grabado idílico o de égloga de Garcilaso, uno mira, entre otros, el lugar desde donde lo vio. Y es ése, justamente, el más acogedor, el más agradable. Desde la cúpula de Brunelleschi se me antoja estar en cada calle de Florencia. En cada calle de Florencia quisiera estar en la linterna de la cúpula.

Cuando la llovizna se volvió lluvia, bajé a la cripta de la catedral en busca de *La Pieta* inconclusa de Miguel Angel. ¿Por qué supuse que estaba ahí, si se encuentra en el Museo del Duomo, extrañamente abierto en lunes? Escribí en mi otro cuaderno todos los lugares comunes a propósito de la obra que Miguel Angel quería para su tumba.

No sé por qué tengo dos cuadernos, si soy yo el que siempre anda diciendo que la literatura y todas las «turas» de nada sirven si no están empapadas de la vida cotidiana. A lo mejor los mezclo después.

Entre japoneses que saben muy bien cuándo sonreír, cuándo admirarse y cuándo tomar una fotografía, más todos a una que Fuenteovejuna, contemplé el Baptisterio y sus puertas, de Ghiberti, que conocía desde los tiempos de *El tesoro de la juventud*

(mi edición todavía huele a jabón por aquello de muchacho lávate las manos antes de agarrar el libro). Y el Campanario. Me imaginaba el conjunto menos blanco, más sepia, como las fotografías de *El tesoro*. Vengo de una ciudad ensangrentada en las porosidades del tezontle enmarcado por la cantera, en la que el mármol no tiene cabida más que para su propio desprestigio. Pero esto, que se oye tan solemne, va en el otro cuaderno.

Comí cerca de la lluvia, cada vez más fastidiosa. Comí muy rápido y me dirigí al hotel a toda velocidad para dormir una siesta apenas justificada por el insomnio de anoche.

Tan buena amiga Salma. No sólo me había traído a Florencia en su coche y me había ayudado a conseguir el hotel perentorio, que no lo fue tanto, sino que esta mañana me llamó desde Roma para darme el teléfono de una tal Giovanna, de quien ya me había platicado antes: es guapísima y te va a caer muy bien aunque yo no la soporto —a lo mejor por eso. Es mexicana pero lleva diez años en Florencia. Está casada, *ma non troppo*. Yo sólo le respondí entonces: si es mexicana debería llamarse Juana.

Me aterró más pedir la llamada en el conmutador que hablar con Giovanna. Ah, la lengua materna es el asidero, la verdad, la plataforma. Que pasa por mí al hotel como a las ocho. Con voz engolada y palabras escogidas le digo sí.

Mientras llega la lejana hora escribo estas líneas gratuitamente apresuradas y, para hacer tiempo, saldré a dar una vuelta por los mismos lugares de Florencia que apenas conozco pero que ya reconozco. Vengo de la concentración urbana más grande del planeta.

Ojalá me guste Giovanna. Si no toda, por lo menos sus piernas o sus cejas. Debí de haberle dicho Juana en el teléfono.

Llegó a las ocho en punto. Yo la esperaba desde las siete cuarenta en el *lobby* del hotel, muy bañadito y rasurado, con más loción de la cuenta. La vi desde el ventanal y la reconocí de inmediato. Pura intuición. No obstante, me hice el disimulado, como en comedia de Lope, más de capa que de espada, y la dejé entrar, preguntar por mí, dar su nombre. Artificiosa, desenvuelta pero reservada, inteligente, pensé. Me gustaron sus cejas, pero no tanto sus piernas. Y más que sus cejas, su perfil, su color moreno, su albísima dentadura, sus uñas aprehensivas, su perfume, las posibilidades ocultas de su nuca.

Fuimos a cenar a un lugar agradable pero ruidoso. Cuando ya nos íbamos a sentar, ella se desplazó hasta la caja y rió, coqueta, con el dueño, que me miraba de reojo. Yo no sabía si sentarme o quedarme de pie esperando a Giovanna. Sordo en medio del bullicio tan beligerante de los italianos, le sonreí al dueño y le menté la madre a un tiempo, pero en español y en voz muy bajita, como para que pudiera entenderse qué contento estoy en su restaurante en vez de chinga a tu madre, hijo de puta.

Hablamos mucho durante la cena. ¡Había ahorrado tantas palabras durante los últimos días! Es intempestiva, brillante, aunque de pronto se hunde en un mutismo

que difícilmente compenso con mis opiniones más mecanizadas sobre la nueva narrativa, la identidad del mexicano o la revolución cubana. Lo mismo me oye con ojos abiertos como platos que se distrae con las conversaciones vecinas, que yo no entiendo del todo, o con el hijo de puta, que le guiña un ojo.

Después de cenar me lleva a San Miniato al Monte, un lugar muy alto desde el cual se ve toda Florencia, tan muerta ya a esas horas tempranas de la noche, como un cadáver exquisito ajeno al surrealismo. Para ella debe de ser una visita más o menos rutinaria, pero de todas maneras comparte con entereza mi entusiasmo. A esas alturas de San Miniato y de la noche, yo, que he despedazado durante los últimos veinte días o los últimos veinte siglos, da igual, los cartabones del tiempo, me atrevo a rozar su hombro derecho para decirle gracias y luego a tocar su hombro izquierdo, y después los dos simultáneamente. Es decir, la abrazo. Pero justo en ese instante me asaltan las ganas, no previstas en el restaurante, de hacer pipí, y San Miniato desde su monte y Giovanna desde su Fiat 1100 me vieron regar Florencia tras una contención de siglos.

Me invitó a su departamento. Beethoven y Vivaldi. Bien para un amor más acostumbrado. Ni manera. Puso después algunas baladas italianas románticas y me sacó a bailar. No creyó que mi generación se quedó sin bailar, que la represión estudiantil del 68 modificó las fiestas en México: puro rollo a media luz, quesopanyvino, Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra, un toquecito y nada de baile, de veras nada de baile hasta que se reconquistó la rumba. La salsa le dicen ahora.

Prendió velas e hizo todo lo que se hace para hacer lo que no se hizo. Yo y el vino dijimos una vulgaridad a propósito de la abstinencia, que ella no rió. No obstante, me invitó a dormir en el otro cuarto. Preferí irme en un taxi. Me sentía orgulloso de haber solucionado por mis propios medios el problema del alojamiento y no quería desperdiciar mi cuartito del hotel. Aunque no tuviera baño.

Martes 29

Desperté de buen humor, ¿y si le propongo a Giovanna que nos vayamos juntos a Venecia? Le hablé por teléfono para invitarla a comer, pero no la encontré.

Me fui al Palazzo Pitti a reconocer, en dimensiones imprevisibles y con imprevisible emoción, las reproducciones de mi colección de cajas de cerillos *Clásicos La Central* que había reunido cuando era niño. Me conmovió particularmente un cuadro de Carpaccio que representa, «si el oximoron es tolerable», un Cupido profundamente dormido. Flácido.

Regresé lleno de aliento al hotel. Escribí en mi otro cuaderno unas notas muy manieristas sobre el manierismo hasta que ella respondió a mi llamada. Vamos a comer juntos. Aquí la estoy esperando, en el bar, entre un Campari negrone, un cigarro, mi cuaderno trascendente y esta página intrascendente.

Después de comer, yo una bisteca florentina y ella un sabroso monólogo que le espeté a propósito de la Universidad de México y del exotismo de Alejo Carpentier, me invitó a la plaza de la Santa Croce a tomar el más portentoso helado que jamás concibió la imaginación infantil. No escribiré, ni aun en el otro cuaderno, de la sucesión magnificente de las tumbas de Dante, Miguel Angel y Maquiavelo en la iglesia de la Santa Croce. ¡Con qué palabras aquilatar semejante contundencia! Aquí nace un genio por kilómetro cuadrado, dijo Giovanna. Mejor no hubiera dicho nada. ¿Por qué Giovanna y no Juana, en español?

San Miniato de tarde, hasta que la noche nos lleva otra vez a la comida y la comida al amaro y el amaro a su departamento y el departamento a la Callas y la Callas a un beso y el beso a la caricia y la caricia, saltando un eslabón o dos, a la cama. Y la cama al fracaso.

Sí, muy civilizado digo que ni manera, que la primera vez es difícil, y callo que para las mujeres es más fácil: a ver, finge una erección —o disimúlala—, y me explico que, por paradójico que parezca, soy demasiado sensible y por eso, justo por eso, porque me encanta y traigo una calentura secular, pero tanto amaro entre pecho y espalda y allá en el fondo Susana, todavía Susana, carajo, hasta cuándo, y el maldito cuadro de Carpaccio, ¿por qué ése precisamente si había tantos otros? Y mi evocación me parece forzada y el cuadro falsamente premonitorio y me doy coraje y trato de compensar con mi amplitud de criterio tan psicoanalizada el desprecio por un miembro que quiere y que no puede. ¿Que no puede? Giovanna se va al otro cuarto y yo me masturbo lo más silenciosamente que puedo.

Miércoles 30

Me desperté deprimido en la cama de Giovanna, sin Giovanna. Deprimido y excitado. Una inteligencia erótica recorrió cada una de las prendas íntimas desperdigadas por la habitación, y en el baño se posó, minuciosamente, en los cepillos con cabellos largos enredados, en los cosméticos, en los perfumes. Escribiré en el otro cuaderno que un baño masculino es clásico y que un baño femenino es barroco. Igual que los volcanes: el Popocatépetl es clásico y el Iztaccíhuatl es barroco.

Desayunamos con sonrisas erectas, no sé si fingidas o disimuladas. Me llevó al hotel desaprovechado. Quise visitar mi cuarto impoluto, como para cerciorarme de que no había dormido ahí.

Pasé la mañana en los Uffizi. No escribí en el otro cuaderno lo de los baños clásicos y barrocos porque finalmente ya lo escribí en éste, pero sí muchos comentarios sobre los dibujos de Miguel Angel, sobre una *Visitación de los Reyes*, inconcluso, de Leonardo, sobre la pintura de Andrea del Sarto y sobre dos Tizianos.

También escribí unos comentarios sobre este cuaderno. Al rato no voy a saber cuál es cuál.

En la tarde, la Capilla de los Medici porque la Academia estaba cerrada.

No le hablé a Giovanna. Ella tampoco me llamó. No cené. Escribí en un bar. Bebí tal cantidad de amaro que regresé borracho al hotel y me dormí.

Venecia. Domingo 4

Trato de recordar, en Venecia, a las once y media de la noche, lo que sucedió en los tres días pasados. La mañana del día 2, si mal no recuerdo, estaba crudo. De todas maneras, más por disciplina que por entusiasmo, visité algunos lugares importantes de Florencia que me faltaba ver para cumplir el riguroso itinerario que me había propuesto. No había visto a Giovanna, pero estaba seguro de que me llamaría porque había aceptado mi invitación para ir a Venecia el fin de semana, aunque yo no sabía bien a bien cuándo empezaba el fin en sus costumbres. Recorrí, con cierta intranquilidad no matizada por cerveza alguna, como conviene al crudo y al desvelado, el Palazzo Vecchio y la Barcella.

El *Baco* de Miguel Angel. Claro. Está borracho, pero todavía, a pesar de su desequilibrio, se sostiene en pie. Casi se le puede oler el fétido aliento y los ojos sin iris le brillan embriagados. De seguro que al siguiente paso, que está a punto de dar, caerá sin sentido. No me atrevo a dejarlo solo. Siento que si me vuelvo oír, a mis espaldas, el estruendo de la escultura despedazada en el piso del museo.

De regreso al hotel, recibí un recado urgente de Giovanna. Teníamos que salir a Venecia de inmediato. Con sorprendente desenvoltura, liquidé la cuenta, pedí un taxi, compré los boletos. Cuando ella me encontró en la estación, según lo habíamos convenido, todo estaba listo. Apenas alcanzamos el tren.

Me gusta viajar en tren.

Durante el trayecto le conté un relato de Cortázar, el del hombre que sigue a una mujer, de acuerdo a un código preestablecido por él, en el metro de París. Después dormité en su hombro, pero no con la confianza suficiente. Por eso sólo dormité y no me quedé profundamente dormido, como me lo pedía la cruda.

Qué difícil fue al principio. Yo me resistía a ver Venecia de golpe. Quería gozar, con todo el erotismo de la tardanza, un desnudamiento paulatino. Y ella, con sospechosa solicitud, me exigía un itinerario: ¿Adónde quieres ir? ¿Qué quieres ver? Yo lo único que quería era comprarme un impermeable y empezar por el detalle, de manera que cerraba los ojos ante cualquier plaza, ante cualquier espacio más o menos abierto o más o menos grandioso y me entretenía con el juguetito insulso del aparador o con las baldosas mojadas de la calle o con el barandal marmóreo del puente, también mojado. La lluvia me justificaba. Giovanna no. A pesar de que ella,

afortunadamente, no prodigara lugares comunes como mira qué maravilla de plaza o ya viste el Orologio allá arriba con sus martinetes de bronce, esperaba de mí la expresión de un asombro que yo me empeñaba en contener, acaso para cuando estuviera solo. Finalmente acabó por romperse el hilo, también mojado, que unía nuestras manos y nuestras miradas: quizá se nos cayó encima, junto con la lluvia cada vez más recia, la noche de nuestro desencuentro. No sé si por Venecia, por Giovanna o por mí, saltaron a nuestros gestos, a nuestras voces, a nuestros ademanes los malos modos, infrecuentes en la blindada cortesía mexicana, de la que ella sin duda también, y todavía, participaba pese a tanta Florencia a cuestas. Tal vez en el fondo le molestaba la inconsistencia o la ambigüedad de nuestra relación. ¿Qué hacía ella conmigo en Venecia? Era como desperdiciar el escenario, ¿no? Asumir el mero vínculo amistoso cuando mis manos se habían humedecido en el penetrante olor de su sexo y cuando mis dientes habían mordido esa nuca oculta y por ende misteriosa, era, por lo menos, incómodo. Y tendríamos que compartir la misma cama sin saber el papel que deberíamos representar. Ella trató de definir, a la hora de las definiciones —la cena en un restaurante menos agradable de lo que supusimos al entrar—, nuestra relación: la camaradería. Tal vez sólo fue un recurso para sacudir mi involuntaria indiferencia —el Carpaccio que llevaba adentro. No obstante, la noche fue ambivalente en el hotel Bel Sito: pasamos, extremadamente, de la civilización a la barbarie y viceversa. El miedo de que se repitiera una noche como la anterior, nos inclinó a favor de la civilización, no sin manifestar lo contrario, y nos orilló, a cada uno, al extremo de la cama: las espaldas y los educados buenas noches que nos agujonearon los bajos vientres y un poquito más abajo.

Fue mejor el sábado. No llovía. Venecia estaba recién bañada. Entre Giovanna y yo se estableció una saludable complicidad, basada en la abolición de la cama como espacio erótico, y reaparecieron, con énfasis rayano en el artificio, los buenos modales, el tú primero, el adonde tú quieras: una exposición en el palacio Ducal titulada *De Tiziano a El Greco*, que ya describí en el otro cuaderno.

Comimos espléndidamente al aire libre en La Carabella. Disfrutamos los hongos, el vino, las palabras, la otra botella de vino, el postre, sus piernas (que no me gustaban tanto, pero por debajo de la mesa, insinuándose, más pantimedia, roce de rosa y de seda, que piernas propiamente dichas, más impulso que movimiento...) y la voz, cada vez más sensual, más acompañada de labios aniñados y húmedos como Venecia, y el cabello, que le escondía, amén de la nuca privilegiada, media frente, y el amaro y la satisfacción imborrable de aquel Tiziano en que nos entretuvimos, silenciosos, media mañana. Sí, La Carabella nos transportó a una siesta que no dormimos sino en el intermedio de un amor que se repitió con toda la energía que nos había quedado a deber. Nuestras sonrisas se prolongaron por toda la tarde. Y por la noche, en el teatro Malibrán, acompasadas por los conciertos de Ivan Vantor y Luciano Berio en el ciclo *Dopo la Vanguardia*.

Y Giovanna se regresó a Florencia y se llevó la mitad de mi sonrisa. Antes de su

partida, conversamos en la plaza Goldoni, entre camparis y palomas y recuerdos ya tan viejos hasta que llegó la hora. La acompañé a la estación.

De regreso, en el *vaporetto*, me dieron ganas de llorar a lo Dirk Bogarde cuando se le escurre el maquillaje, cascabeles pintados sobre las mejillas. La Coyolxauhqui. Sin Giovanna Venecia se hacía lenta, pesada, densa. Otra vez a matar el tiempo, que en estos días se me escapó de entre los dedos. Fui al hotel, tomé un baño sucedáneo de no sé qué, me vestí y aquí estoy, en la plaza La Fenice, distribuyendo mascaradas en este cuaderno, en espera de que Venecia me dé de alta. Su belleza aplastante paradójicamente tendrá que levantarme.

Cuando Aguilar y Eduardo habían retorizado el posible telefonema o su defecto, en medio de unas cubas libres muy festivas y los viejos discos, ahora rescatados, de Daniel Santos, llamó Giovanna.

—Voy para allá.

—Mejor pasamos por ti.

—De ninguna manera. Puedo tomar un taxi.

—¿Dónde estás?

—En el metro de Insurgentes.

—Serás muy autosuficiente en Florencia pero en México una mujer sola que espera un taxi a las doce de la noche en Insurgentes y Chapultepec es una puta.

—Tiziano 26, ¿verdad?

—Sí; junto al mercado de Mixcoac.

—Voy para allá.

—Como quieras.

—Ciao.

Daniel Santos destrozaba la fonética con sus nasalizaciones, sus erres tan vibrantes, sus uvés tan labiodentales y sus eses tan aspiradas. Y la historia del encuentro con Giovanna que Aguilar le contaba a Eduardo se fue llenando de hipérboles. Y el recuerdo apenas iniciado de Eduardo se fue dilatando hasta que volvió a sonar el teléfono.

—No encuentro taxi.

—No te preocupes, vamos por ti.

Aguilar y Eduardo transcurrieron en el veterano Volkswagen color mierda en busca de Giovanna.

Con otro vestido, más vivo, Giovanna desplegó una sonrisa lunar que le había marchitado el calvito durante un par de horas de discusión muy mexicana a la que ella se había desacostumbrado en su vida florentina.

—Qué tal si vamos al Bar León, al centro, a oír una rumbita —propuso Aguilar—. Todavía hay tiempo, cierran a las tres, ahorita debe de estar tocando El Combo del Pueblo con Cayito.

—Pero es lunes apenas...

—Mejor: lo que mal empieza mal acaba.

El bar era como una sucesión de vitrinas llenas de copas que permanentemente cayeran desde un tercer piso. Imágenes brillantes que se despedazaban con estruendo.

—Se te quiere, Aguilar —dijo Cayito, y antes de la descarga de las tumbadoras de Pablo Peregrino y de la trompeta de Reyna, Cayito cantó, para calentar, unos boleros de Pedro Flores que les dedicó a Aguilar y amigos que lo acompañan, sentados allí los tres, hasta adelante, casi en el escenario.

A la manera de Daniel Santos, Cayito inició con Aguilar un diálogo introductorio con la letra de la canción *Linda* que iba a cantar:

—Oyeme, Aguilar, ¿qué sabes tú de Linda?

Y Aguilar:

—No le ha escrito a nadie, no se sabe de ella, no dejó una huella desde que se fue.

Y los dos al unísono, con una tristeza paródica y un falso desencanto falsamente celoso:

—¡Sabrá Dios cuántos le estarán pintando ahora pajaritos en el aire!

Cayito, con su joroba a cuestras, sus ojos de saurio y su sonrisa prógnata — dignidad de Austria en el Caribe—, cantó:

Yo no he visto a Linda,
parece mentira,
cuántas esperanzas
en su amor cifré.
No le ha escrito a nadie,
no dejó una huella,
no se sabe de ella
desde que se fue.
Sabrá Dios cuántos
le estarán pintando ahora
pajaritos en el aire.
Yo no he podido
ni podré querer a nadie
con tan loco frenesí.
Menos el domingo,
todas las tardes
salgo a ver si el cartero
trajo algo para mí.
¡oh, Virgen de Altagracia!,
haz que algún día
se acuerde de mí.

Eduardo y Aguilar flanqueaban a Giovanna y se sonreían entre las posibilidades ocultas de su nuca y sabían que eran cómplices aunque no supieran de qué. Y allí estaban los tres, tan aislados de los guaruras y los boxeadores y las ficheras y los taxistas y los intelectuales —que observan, con ánimos de estudio y de pertenencia, a los guaruras y a los boxeadores y a las ficheras y a los taxistas— y al mismo tiempo tan involucrados con el sudor y con el brillo de los ojos de todos en medio de esa pieza que tocaba El Combo y que se llamaba, ni más ni menos, *Modestia aparte*, en la que cada instrumento iba desplegando portentosamente sus exaltaciones y sus arrebatados virtuosismos. Entre Aguilar y Eduardo mediaba la mirada que los unía y los liberaba, y entre Giovanna y Aguilar el recuerdo reivindicado de Venecia y entre Eduardo y Giovanna el asombro recíproco e inaugural.

El parpadeo de los reflectores que anunciaba el fin de la rumba los expulsó del bar a las tres de la madrugada, adoloridos los cachetes de tanto reír y los ojos de tanto brillar. Los tres salieron jubilosos y medio borrachos. En lugar de dirigirse a la calle de Tacuba, donde habían dejado el Volkswagen milenario, caminaron hacia el Templo Mayor. Pasaron por la Catedral, majestuosa en su soledad nocturna. Apenas podían sostenerle la mirada al Sagrario, cuya soberbia fachada es la esencia —no sólo la vestimenta o el ornato— del Sagrario mismo; cuya máscara maravillosa es su propio rostro. Y Giovanna, que había paseado a Aguilar por Florencia de San Miniato al Monte a la Santa Croce y que le había señalado con sonrisa lujosa las mayólicas de Delia Robbia y la enrarecida iluminación de *El martirio de San Lorenzo* de Tiziano, no conocía la Catedral de México: el aire que se filtra por el octágono inscrito en un cuadrado en el cuerpo superior de cada una de las torres; la desafiante altura de la linterna de la cúpula, que compensa la estatura formidable de los campanarios; las balaustradas de Tolsá, que unifican la diversidad de sus estilos; los estilos superpuestos, del herreriano al neoclásico; los tres siglos que recorren las palomas al atravesar sus fachadas hacia el oriente o hacia el cielo; las resonancias prehispánicas de sus basamentos. Ignoraba también que la Catedral de alguna manera podría ser lo que le faltaba al Templo Mayor —las mismas piedras, reducidas a la forma octagonal de las basas hispánicas que todavía conservaban las estrías de serpientes emplumadas, y que sirvieron para construir la Iglesia Mayor, antecedente de la Catedral, en tiempos cartesianos. Ignoraba que allí, ante la fachada oriente de la Catedral, había sido puesto al descubierto el basamento del Templo Mayor de México-Tenochtitlan, salvajemente derribado por las huestes españolas, y que allí, al pie de las que fueron alfardas de la escalinata que conducía a Tlaloc y Huitzilopochtli, yacía como testimonio impoluto de nuestra destrucción, desmembrada, Coyolxauhqui, la que se pinta con cascabeles las mejillas.

Al llegar a la Coyolxauhqui, quedó mitigada la euforia tan de postbar y las exaltaciones verbales cedieron paso al silencio. Desde el barandal, los tres contemplaron la sobrecogedora imagen que supervivió a la destrucción y que paradójicamente representa la destrucción misma, el desmembramiento; como si

nuestro único signo indestructible fuera el que anuncia y rige nuestra destrucción permanente. Aislada de Eduardo y de Aguilar, que la flanqueaban respetuosamente, Giovanna se ensimismó ante la Coyolxauhqui y en sus ojos aparecieron las señas inequívocas del vértigo y de la precipitación.

Los primeros trabajadores del martes empezaron a salir por la boca desdentada del metro.

Giovanna había regresado a Italia sin reiterar la triangularidad del encuentro. Aguilar la vio una vez más, pero no pudo verbalizar el recuerdo de la noche catedralicia ante los mil y un postres del restaurante árabe al que la invitó a comer. Igual que frente a Coyolxauhqui o frente a un cuadro de Tiziano, el silencio, si no los unía, por lo menos no los distanciaba. Eduardo, por su parte, la vio dos o tres veces más —la última en el aeropuerto, cuando imprevisiblemente se apersonó para despedirla.

No fue difícil domesticar la sorpresa, hacerla habitable, transitar por ella cotidianamente. A saber las diferencias de altitud entre Eduardo y Aguilar, no la coincidencia de horizontes. Su lenguaje acaso se fue haciendo incomprensible para los demás en la misma medida en que se hacía, para ellos, más significativo. De tres o cuatro libros, pasaron a compartir la idea misma de la literatura y de todas las «turas», como si formaran, Aguilar y Eduardo —tan desconocidos, tan silenciosos en el fondo—, una generación abigarrada de postulados y de manifiestos.

Cayito dejó de cantar en el Bar León. Ellos, por ende, también. Lo siguieron al Paul's, donde se había incorporado al grupo de Muro y su Razón. Cuando llegaban, juntos o separados, Cayito les preguntaba invariablemente por Linda, antes de iniciar la canción de Pedro Flores. Y en ese diálogo introductorio, en el que el nombre de Linda acabó por sustituir al de Giovanna, Eduardo y Aguilar decían la verdad: no le ha escrito a nadie, no se sabe de ella, no dejó una huella desde que se fue. Y añadían con suspiros sobreactuados: sabrá Dios cuántos le estarán pintando ahora pajaritos en el aire. Cómo no ansiar a Linda en una carta cada vez que oían a Cayito, cada vez que oían el disco de Daniel Santos.

Meses después de su partida, Aguilar le dijo a Eduardo en un pasillo de la facultad: «Por fin recibí carta de Linda» —como lo había cantado Daniel Santos en una pedestre versión del bolero de Flores, en la cual Linda escribía desde un convento, matando la expectativa inefable de la versión original—. Llega la semana que entra.

Esa semana fue larga para Aguilar. Cada uno de sus actos cobró rango de

preparativo: llega el miércoles, de manera que para el jueves la invito a casa, antes de que se adelanten los parientes. Hay que sacudir muy bien la casa y lavar la terraza aunque Linda venga de noche, y regar el jardín y ponerle un segurito al baño y de una vez destapar el lavabo. Qué bueno que le puse cortina nueva a la regadera y qué bueno que va a encontrar la glicina florecida, sobre la veranda que le construí. Tras prolongadas vacilaciones, decidió invitar también a Eduardo el jueves mismo, aunque un poco más tarde.

Claro. Se le adelantaron los parientes. ¿Por qué no el sábado, mejor?, le dijo por teléfono.

¿Por qué no el sábado? Todo listo: las flores, el queso *camembert* en su punto, el jamón serrano, las aceitunas negras, las servilletas, la rasurada perfecta, el cabello shampuseado, los zapatos brillantísimos, los ceniceros limpios, sólo hasta que ella llegó por su cuenta, como lo habían convenido, aunque cincuenta minutos más tarde de la hora igualmente convenida, sin que Aguilar supiera, entre tanto, dónde depositar la ceniza y las colillas de tantos cigarrillos que se fumó en la espera.

—En México no se puede ser puntual —fue lo primero que dijo.

—Sí, el problema de ser puntual en México es que nadie se entera.

De todas maneras, el abrazo y el saludo lleno de risas coloradas y tímidas y la delicadísima urdimbre de los convencionalismos. Eduardo llegó después, como Aguilar lo había previsto. No tanto como lo había previsto, porque la tardanza de Linda.

¿Linda?

Linda por aquí y Linda por allá y Linda sin poder ocultar que semejante nombre le parecía espantoso, insípido, más adjetivo que sustantivo —y para colmo adjetivo de los más mediocres y clasemedieros. A Eduardo y Aguilar también, pero.

—¿Por qué «Linda»?

—¿No te acuerdas? Cayito, la canción de Pedro Flores,

«Yo no he visto a Linda, parece mentira, cuántas esperanzas».

Y ella, sonriente a pesar de todo; encantadora a pesar de todo; coqueta a pesar de todo:

—No. No me acuerdo. Pasaron tantas cosas aquella noche, que de la canción de veras.

Aguilar se levantó de inmediato y de inmediato se arrepintió de haberse levantado, pero aun así puso el disco de Daniel Santos, que apenas puede oírse sin sufrir penas ajenas. Es sobreactuado, artificioso y no es fácil oírlo «de regreso», paródicamente y reivindicándolo a un tiempo. Tampoco es fácil explicar eso del regreso.

Atroz. Linda, sin demudar su sonrisa, aunque contaminándola de extrañeza, dijo que Eduardo y Aguilar se enamoraban de las imágenes que inventaban. Se la habían inventado a ella, a ella, tan sentada en el sillón blanco de la casa. Se acordaba de aquella noche, sí, pero mucho menos del Bar León y de Cayito que de la Catedral y

mucho menos de la Catedral que de la Coyolxauhqui.

No quiso vino blanco. Y Aguilar que lo tenía refrigerado desde el miércoles. Prefirió una cuba libre, como ellos.

El recuerdo trató de abrirse paso entre el humo de los cigarros, las últimas canciones de Daniel Santos, las risas esporádicas y el silencio. A saber si lo logró.

¿A quién se le ocurrió primero? ¿A Eduardo o a Aguilar? Da igual. Lo cierto es que fue una ocurrencia de *best seller* gringo, de los que revelan misterios de pirámides, practican exorcismos y les confieren a las culturas antiguas visos de ultramodernidad. Muchas cubas libres, además. Tenían que realizar un exorcismo en la pirámide —ésta fue la consigna ineludible: depositar, como una ofrenda contemporánea, el disco de Daniel Santos sobre la Coyolxauhqui. Ay, no mames.

Lo que hace el ron. El ron y el entusiasmo. Y Linda —perdón, Giovanna. Y Daniel Santos. Y Pedro Flores. Y Florencia. Y la casa enramada de glicinas.

Después de varios tragos más, de Bola de Nieve, de Barbarito Díez, de Benny Moré, de Celia González, de María Luisa Landín y su *Amor perdido*, del pretérito como única forma de atrapar el presente en esa sonrisa comedida de Linda —perdón, de Giovanna— y de otra vez Daniel Santos, salieron de casa para atravesar la ciudad. En noche de sábado.

Pensando que ritualmente todo debe repetirse, estacionaron el Volkswagen en la calle de Tacuba, desde donde puede oírse la música de Los Mulatos de Pepe Arévalo. Disco en mano, pospusieron el sacrificio un rato para gozar una rumbita y tomarse la última cuba de la Cumbancha. ¿Cómo pedirle al bar que fuera igualmente sorpresivo cada noche, si lo que les gustaba era precisamente su permanencia, su reiteración y en eso consistía, precisamente, su originalidad! No es lo mismo, decía Linda. Claro: no es lo mismo porque es exactamente lo mismo, decía Aguilar. Después de una tanda, salieron como aquella noche, aunque un poco antes de que los corrieran, y como aquella noche, siempre es lo mismo y por eso, exactamente por eso, no es lo mismo, llegaron hasta la Coyolxauhqui.

¿A quién se le ocurrió primero? Otra vez, quién sabe. La memoria desfallece con tanto alcohol.

Linda, al pie de las alfardas del que fuera Templo Mayor de Tenochtitlán, desmembrada. Rotas todas sus articulaciones. Muerta. De cara al sol.

¿Qué habrá pensado el guardián de las ruinas cuando, al amanecer, descubrió en su recorrido de inspección el disco de Daniel Santos, colocado, por el milagro del lanzamiento de Aguilar, digno de Mirón, sobre la gigantesca tomamesa que fue, por esa noche, la Coyolxauhqui?

Aguilar atravesó el pasillo flanqueado por cortinas metálicas de establecimientos comerciales. Rebasó el pie de la escalera del hotel de paso y por un momento su cuerpo ocultó los turbios anuncios del bar: las fotografías de Pepe Arévalo y la China del Río, irremediablemente cagados de moscas, y el tubito rojo, serpentino, de luz neón, *Lady's Bar*, seguido de una flecha intermitente que señala la entrada.

El trío San Luis cantaba boleros en la penumbra. Aguilar no se sintió orgulloso de que el Flaco, con su esmoquin rabón, lleno de lamparones, abandonara sus ventas clandestinas de lociones apócrifas y joyas de fantasía, iluminadas con linternita de bolsillo, y lo saludara de mano, ¿quiere usted sentarse a la barra como siempre, mi querido Aguilar?, ya nos había echado en el abandono, prepárese para las multas, ay sí, ¿le sirvo su bacardí blanco, Monsieur? Aunque en muy pocos lugares era llamado por su nombre, tampoco lamentó ir solo y no poder presumir sus conocencias. Se acomodó en un taburete medio despanzurrado, de espaldas a la barra y frente a la tarima donde reposaban las tumbas, las tarolas, el piano, el órgano melódico y los atriles para saxos y trombones. Mientras el Flaco le traía su cuba libre y sus palomitas de maíz, se quedó mirando la alfombra jaspeada y su pasadizo de plástico transparente.

DESCONFIA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS, recordó. Aguilar cumplía, esa noche, treinta años y, aunque solo, estaba en el bar para celebrarlo. ¿Celebrarlo?

El techo falso, de cartón comprimido, a punto de caerse, sucio, semidestrozado, todavía ostentaba adornos navideños y una que otra guirnalda de las fiestas patrias. Embadurnada por algún pintor educado anacrónicamente en la escuela muralista mexicana —muecas sobreactuadas, tumultos sudorosos con pancartas, putas desguanzadas, traidores de monóculo—, la pared lateral fracasaba en su intento de atrapar lo mexicano. Estelas mayas y héroes de Independencia, consignas revolucionarias y monjes dominicos, imperialismo norteamericano y mitos precolombinos de fecundidad telúrica compartían promiscuamente el mismo espacio. Como emanada del mural, con sus dos metros de estatura, se acercó Maru, la mujer que saca borrachos, vende discos y cigarros, toma fotografías, despeja el escenario de encimosos, transmite recados secretos, atiende el baño de damas y cobra cuentas difíciles:

—¿Le tomo una fotografía?

Aguilar rechazó con algún coqueteo fallido semejante testimonio de su soledad.

DESCONFIA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS.

No era día de quincena ni fin de semana. El bar no estaba abarrotado como suele estarlo esos días. Había uno que otro hueco en el salón. El humo de los cigarros era

tolerable, el mal olor circulaba con fluidez. No estaba el boxeador asiduo que a la menor provocación recordaba batallas memorables endureciendo la musculatura y sumiendo la panza. No estaba la puta manca que llevaba el ritmo de la rumba aplaudiendo con el muñón. No estaban tampoco los estudiantes universitarios, barbones y guarachudos, reivindicadores de la cultura popular —porque la rumba es cultura, ¿ves?—, conocedores del verdadero México, que explicaban el bar a sus compañeros cuales guías de turistas de lo nuestro, de lo auténtico, ¿ves?: ése es el boxeador que toca las tumbas, ésa es la puta manca que al ratito va a aplaudir con el muñón, ya verás.

Atrás, donde la oscuridad arreciaba, algunas parejas se manoseaban para cerciorarse de que estaban ahí, presentes, reales, tangibles. En todas partes, regados, desparramados, grupos sebosos de burócratas o agentes de ventas. En la barra, un taxista a juzgar por la aguadez de las nalgas, un guarura a juzgar por los lentes oscuros en esa oscuridad amarilla de 20 *watts*, y Aguilar, que no se veía. Con todos sus recuerdos, el bar parecía tragárselo.

El «Trillito Cantor» suspendió su intervención, se encendieron las luces del escenario —entarimado polvoriento de baja techumbre contra la que podría descalabrarse el trompetista en un arrebato de emoción en fa demasiado sostenido y se fueron trepando, desarticulados, los músicos del conjunto preliminar: El Combo del Pueblo, que había regresado al Bar León. Cayito se apersonó en la barra, se te quiere, Aguilar, ¿por qué no habías venido?, ¿qué sabes tú de Linda?, y se subió dificultosamente al escenario.

La cabeza sumida en la joroba, el cabello envaselinado con brillantina sólida, raya a un lado y mechón rizado sobre la frente, los ojos negros, inyectados, Cayito cantó con el corazón que le destrozó las vértebras:

Virgen de media noche,
virgen, eso eres tú.
Para adorarte toda,
rasga tu manto azul.

Iluminado por el ángel de la deformidad, iba intercalando en la letra uno que otro «mami» discreto, entre paréntesis para no alterar métrica ni rima:

Señora del pecado
cuna (mami) de mi canción,
mírame arrodillado (mami)
junto a tu corazón.

Con los ojos cerrados, pudoroso, Cayito demandaba que aquel manto azul, otrora

rasgado en arrebatos de lujuria, cubriera a la virgen nocturna, e imaginaba frases tan hermosas que ignoraban ser lugares comunes:

Virgen de media noche,
cubre tu desnudez.
Bajaré las estrellas
y las pondré a tus pies.

Aguilar no le prestó mayor atención a este bolero que Cayito cantaba con aparente fervor. Si Cayito lo había llegado a mecanizar de tanto decirlo, Aguilar lo había llegado a olvidar de tanto escucharlo. Acaso sólo el dolor de la trompeta pudo tocar, fugazmente, la fibra de la evocación. Fugazmente. Más por descuido que por vocación de olvidar, más por pereza que por rebeldía, a Aguilar se le había ido encogiendo la memoria. No sentía nostalgia alguna y sus pocos recuerdos se encerraban, abúlicos, en el lugar más indiferente de su corazón.

Al bolero siguió la rumba buena y Aguilar tuvo la esperanza de que el Bacardí se le trepara a la cabeza ayudado por la música. Reyna echaba todo el aire que el cigarro le había dejado en los pulmones, se le excitaban las venas de la frente, se le cerraban los ojos, se le arqueaba la espalda a cada resoplido. Le podrían quitar el piso y él se quedaría firme, agarrado a la trompeta. Aguilar no lo veía. Tampoco lo escuchaba. Abstemio de nostalgias o de fantasías, se perdía en las pelusas de toalla adheridas a su vaso tibio. DESCONFIA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS. Cuando Reyna terminó su parte, se limpió la boca con el antebrazo, le pegó con la palma de la mano a la boquilla para que escupiera la trompeta, se rascó todos los esfínteres y llevando el ritmo con el pie, desinteresado, sonrió modestamente, con la boca deformada, luciendo otros metales. Algo de animal había en Pablo Peregrino, que aporreaba las tumbas bañado en sudor, con la respiración sofocada, resollando, deteniendo con las rodillas las cajas, que se le escapaban. Sí, algo de animal mulato, ni blanco ni negro, feroz en casa y doméstico en el mundo, cachondo en su territorio, galán de ceja alzada, sabedor de su ritmo, de la fuerza de sus antebrazos, de la sensualidad de las gotas de sudor que le escurrían por la frente y por el cuello, de la reciedumbre de su dentadura; y fuera de sus fronteras, en cambio, torpe, balbuciente, mortecino.

«Echale semilla a la maraca pa que suene. Echale semilla a la maraca pa que suene.»

SIFILIS — CHANCROS — GONORREA
CLÍNICA VIAS URINARIAS
DR. CHAVEZ
5 DE FEBRERO 42
(Frente a la Farmacia de Dios)
FACILIDADES DE PAGO

Aguilar se levantó para orinar. Tres mingitorios estrechos, tan cercanos entre sí que era difícil saber a ciencia cierta en cuál de ellos estaba uno vaciando la vejiga. Miró de reojo a sus vecinos, que lo salpicaban, y para sus adentros estableció discretas comparaciones. Arriba a la derecha, pegado a los mosaicos, el letrero en tipos góticos. Sin acabar de leerlo, lo recitó de memoria, en silencio, y recordó haber relacionado alguna vez el nombre o propietario sobrenatural de la farmacia con la clínica de enfermedades venéreas, como si las condecoraciones desaparecieran mediante jaculatorias. Fue recorriendo con el chorro espumoso uno a uno los agujeritos del mingitorio para certificar su recuerdo o su cálculo. Quince. Se pensó feliz por haber acertado. Feliz.

¡Qué pena me da tu caso,
qué pena me da!
Qué pena me da tu caso,
lo tuyo es mental.

Cuando se estaba sacudiendo los residuos del gentil prepucio, sintió un extraño cosquilleo en la espalda. Difícil volver la cabeza en aquel baño tan enjuto y atascado de borrachos que se amonestaban como meros intermediarios entre el alcohol y el ácido úrico. De soslayo vio al tumbero de Los Mulatos de Pepe Arévalo. Cuando no tocaba percusiones tenía la compensatoria concesión de cepillar simbólicamente, con idéntico ritmo de rumba, la caspa de sacos y chamarras del respetable. La rumba es cultura, qué le vamos a hacer.

«Di varí varí bencamá. Di varí varí bencamá. Ves un canio suavasí como suavasí quisongo, a tan porosi a tan mulañe eri banga ele ele, encricamo loribá ecobio entomillón, susuyamba eri banga ele ele, a tan porosi a tan mulañe. Oye mi guaguancó, mi guaguancó, mi guaguancó. Muchas gracias amigos a nombre de El Combo del Pueblo. Estuvieron con ustedes Manotas en el piano, Reyna en la trompeta, Pablito Peregrino en las tumbadoras, Samuel en el trombón y en el bajo un servidor de ustedes Cayito Buenas Noches. Sí. Oye mi guaguancó, mi guaguancó, mi guaguancó. Y ahora queda con ustedes el fabuloso comboshow Los Mulatos de Pepe Arévalo y sus vocalistas Mario Robledo y la China del Río.»

Los dizque mulatos, ya sólo morenos, medraron por el entarimado. Con la misma agilidad rampante con la que cobraba cuentas pendientes, negociaba con músicos sindicalizados, arreglaba asuntos con inspectores de alcohol y de espectáculos, Pepe Arévalo subió al piano, zapatito brillante, pantaloncito blanco, camisita calada tornasol, bigotito recortado a la veracruzana y un «chévere» en la boca como único adjetivo de su vocabulario. Y empezó la salsa.

Cuán falso fue tu amor,
me has engañado.
El sentimiento aquél
era fingido.
Sólo siento mujer
haber creído
que eras el ángel
con el que había soñado.

«Conque te vendes, ¿eh?» cantaba Mario Robledo entre amenazador y desengañado. Rendido ante la evidencia de la infidelidad y de la prostitución de la mujer a la que amaba con locura, fuera de sí, sin poder aceptarlo, se escapaba esperanzado por la duda que tramposamente le brindaba ese «¿eh?» de la canción, y tratando de disuadir sus entelequias, de sofocar su dolor y su tormento, de negar la realidad contundente que se le venía encima, confiado a la fuerza de la palabra, desesperado, vociferaba *in crescendo*: «No, no, no, no, no, no, no, no, no...» para resolver la frase, con la sonrisa guapachosa en los labios y los ojos húmedos de picardía, en «noticia grata».

No por eso te odio
ni te desprecio.
Aunque tengo poco oro
y muy poquita plata,
en materia de compras
soy un necio.
Oye mulata,
espero
—espero, espero, espero—
a que te pongas más barata
pues algún día
bajarás de precio.

Y Mario, exento de la dignidad que la vejez presume —dispuesto a morir cantando—, cobraba una juventud peligrosa, se desangraba las manos en las tumbas, gritaba, bailaba, brincaba, abría la totalidad de una boca que resolvía la vieja historia de la cuadratura del círculo y amenazando con el índice, porque era más una amenaza que un lamento, se desgañitaba cantando «Yo no tengo padre, yo no tengo madre, yo no tengo a nadie que me quiera a mí».

Oye, Salomé,
perdónala, perdónala, perdónala.

Aguilar tamborileaba con los dedos sobre la barra y en voz baja, como si cantara el Himno Nacional, se adhería al coro del público, que no sabía que sus palabras abogaban por la puta del corazón de oro.

¿Quién manejará las luces en el bar? Toda vez que la pasión de amor era el tema de la rumba, «vamos guajira pa'l guateque a bailar un rico son», se encendían los reflectores rojos; y los azules cuando la China cantaba algún bolero melancólico, desplegando los labios no sólo de arriba abajo, sino hacia los lados también, cual plumaje de pavorreal, de manera que las modulaciones de la voz eran un ensanchamiento paulatino que iba de la trompita diminuta de las ues a la bocaza desnuda, carnosa, desfachatada de las aes, «calla, no me digas nada, calla si ya no me quieres, para qué pronunciar la palabra final». Quizá fuera el mismo Pepe quien manipulaba los interruptores mientras tocaba el piano y el órgano melódico.

De pronto el escenario se tiñó de ámbar y violeta. Hizo su aparición la China, montada en unos zapatos dorados con tacones de plástico transparentes. La cabeza erguida y la mirada baja pero altiva. Nadie como ella en el difícil arte de disimular la papada. Un escote prominente y un agujero ribeteado en el abdomen definían su minúsculo vestido azul, «azul como una ojera de mujer, azul, azul de amanecer», que dejaba ver entre resplandores de lentejuelas y galones, la trama oscura de la pantimedia al más leve movimiento. La mirada autosuficiente de la China, sus grititos agudos, los clanes de su voz, sus restringidos coqueteos, sus brinquitos cursilones alborotaban todavía muchas hormonas. ¡Sabor!

«¡*El son de la loma!*, China, ¡*El son de la loma!*» Bueno cómo no, ¿verdad?, con mucho gusto para todos ustedes, ¿verdad?, vamos a complacer una amable petición: *El son de la loma.*

Mamá, yo quiero saber
de dónde son los cantantes,
que los encuentro galantes,
yo los quiero conocer.
¿serán de La Habana?
¿serán de Santiago, tierra soberana?
Son de la loma.

Son de la loma. Los cantantes son de la loma. Ellos son de la loma. El son de la loma. El canto, el ritmo del sabroso son, del son sabrosón. Son de la loma, pero cantan en llano, errabundos, inconformes, trashumantes. ¡Mueve el bote, China,

mueve el botellón! Y la China, «agusto» como ella decía, pegaba brinquitos, tomaba la letra de otra rumba emparentada, y su ingenuidad o su ignorancia le imprimían a la canción un franco tono navideño:

A la loma de Belem,
a Belem nos vamos.
Ae, ea, componedores;
ea, ae, remachadores.

El sudor se expandía entre un público exhausto de aplaudir rabiosamente o de llevar el ritmo con los pies y con los hombros, porque en el bar, cosa de licencias, no se podía bailar.

DESCONFIA DE LOS MAYORES DE TREINTA AÑOS. Del bar entero, Aguilar sólo apreció aquella noche de su trigésimo cumpleaños los agujeritos del mingitorio y su pedazo de alfombra jaspeada. Nada más. Ah, quizá también una mirada profesional que se le salió a la China mientras cantaba «toda la noche la pasé gozando».

«Hasta la reina Isabel baila el danzón». Las luces empiezan a encenderse y apagarse agresivamente. Las cuentas se aclaran —o se espesan para quienes pudieron poner pies en polvorosa, envalentonados por el parpadeo de los reflectores. No queda otra que salir al frío y al silencio de las tres de la madrugada.

No hubo pleitos, no hubo descalabros: no volaron taburetes ni botellas. Aguilar recorre de regreso el pasillo, esta noche casualmente desprovisto de putas insistentes que bajan y rebajan sus tarifas en franco desprestigio de la profesión; de borrachos que vuelven y devuelven el estómago revuelto de tequilasauzahomitosronbacardí blancobrandypresidente.

Con las manos en los bolsillos, las solapas del saco levantadas, los hombros encogidos (como conviene salir de un bar a las tres de la mañana), Aguilar camina hacia el superviviente Volkswagen color mierda, que había estacionado lejos, del otro lado de la Catedral, atrás de Palacio, en la calle de La Soledad. Solitarios, los semáforos cambian gratuitamente sus colores. A esas horas, el Zócalo está casi desierto y el alma, a medios chiles: tanta plaza, tanta historia, tantos siglos guardados en permanente proceso de restauración. Cuántas palabras ahí pronunciadas, cuántas mentiras y promesas y latrocinios y borracheras y bochinchas, cuánta mugre, cuánta costra, cuánto juramento inútil.

Con su traje gris como la piedra de los sacrificios, con sus recuerdos agrietados y mohosos, con sus duras minucias resaltadas, con su majestuosa indiferencia, Aguilar se va confundiendo con la Catedral a medida que su mano izquierda tartamudea por el enrejado. La misma historia. El mismo gato revolcado.

Ingenua y feroz, religiosa y sangrienta, la infancia quedó desmoronada, perdida

sin remedio: Las nefastas profecías habrían de cumplirse inexorablemente. Los consejos de los ancianos no pudieron escucharse. Los crócalos enroscados jamás se desplegaron... El dios se pasó del otro bando. La sangre se vertió por nuevos cauces hasta que el corazón quedó exhausto. No permanecieron sobre la tierra ni las flores ni los cantos. El fuego cósmico acabó por extinguirse. Moncho perdió la paciencia para indagar el paradero de la incansable fila de hormigas, para caminar con los ojos cerrados rozando las paredes con las yemas de los dedos, para cuidarse de no pisar ninguna raya en la banqueta, para contar de uno en uno, de dos en dos, de cinco en cinco, de diez en diez, de cien en cien, de mil en mil hasta llegar a conocer el límite del infinito.

Se escondieron los escondites, los caracoles, las cerbatanas, los calcetines de rombos, los zapatos de charol, los lápices de colores, las canicas ganadas con el sudor del pulgar. Moncho rodea los charcos, respeta los higos inmaduros, ignora las piedras del camino. Ya no devora ruiseñores. Sobre los escombros de los templos derruidos, fue trazada la cruz latina para erigir la más fastuosa construcción que albergaría al único Dios verdadero, al que había triunfado estrepitosamente sobre las idolatrías de esta viña sin cultivo. Se escogieron las piedras más grandes, todavía marcadas con estrías de serpientes emplumadas, y fueron reducidas a la forma octogonal de las bases medievales.

Fustes insobornables, capiteles clásicos, gigantescos arcos de medio punto dan cabida al hombre nuevo, que nace a la luz envuelto todavía en las tinieblas, recordando en este suelo las mismas gestas que había cantado por siglos en su tierra, enarbolando la bandera de la fe. Se disponen simétricamente las ventanas para ver lo que se debe ver por donde debe verse. La medida, el equilibrio, la naturaleza obligan. Dos más dos son cuatro. La tierra es redonda. Dios existe y es Uno y es Trino. Lo bueno y lo malo. Lo blanco y lo negro. La vida y la muerte. No pongas los codos sobre la mesa. No hables con la boca llena. Muchos niños en el mundo se mueren de hambre y ahora me sales con que no te gustan los ejotes. Come con la derecha. Qué dirán los papás de tus amigos cuando te inviten. Siéntate bien. Las sillas son para sentarse. Algún día serás padre y tendrás hijos. «Si tienes una madre todavía / da gracias al Señor, que te ama tanto, / que no todo mortal cantar podría / dicha tan grande ni placer tan santo.» Yo a tu edad. Mira nomás cómo traes las agujetas. Fájate, pareces el pelado de la esquina, ¿ya te lavaste los dientes? Dale un beso a tu madrina. No se peleen. Hagan las paces. A las mujeres no se las toca ni con el pétalo de una rosa. ¿Me oíste? ¡Contesta cuando se te pregunta! ¡No me respondas, siempre tienes que tener la última palabra! ¿Ya hiciste tu tarea? Primero es lo primero. No es tonto, lo que pasa es que no estudia. Tú serás hombre, hijo mío. No te comas los mocos. Vete a tu cuarto a jugar con tus juguetes. Reza antes de acostarte. Que sueñes con los angelitos. ¡¡¡Muchacho, déjese áhi...!!!

Semen retentum venenum est. El esperma adolescente tanto tiempo malcontento por disciplinadas horas de estudio, por flagelaciones contraproducentes, por

cataplasmas para devaneos febriles y latidos tempestuosos, se desparrama por fachadas y retablos, se trepa por las columnas, por los capiteles, por las cornisas, por los copetes; abigarra de guirnaldas y de mascarones y de ornamentos y de hojarasca y de frutas sacras y profanas los altares, las sillerías de coro, las rejas, las casullas, las capitulares de los libros sagrados, los blandones; pervierte a los ángeles, ruboriza a los castos varones, prostituye a las vírgenes —las estofa, las sonroja, las abulta, las manosea, las contorsiona—; fecunda todos los rincones, todos los espacios... La ilusión colma el inconmensurable vacío.

Mas no para siempre.

Una mañana la cordura se filtra, prudente, entre la cara y el espejo y poco a poco va cubriéndolo todo con una inmensa tela de juicio: descorre los telones, arranca los adornos, desmantela la parafernalia y se confunde la madurez con la elegancia, con la frialdad, con el recato, con el buen gusto, con la discreción, con la distancia. Vuelta a la sensatez, vuelta a la rectitud, vuelta al rigor, vuelta al raciocinio. Palidecen los colores, se encalan los muros, dejan de revolotear por todas partes los ángeles encuerados, suspenden su dolor los nazarenos y los mártires abandonan su martirio. No más sangre, no más lágrimas vivas, no más llagas ni espinas punzantes ni clavos retorcidos. Todo queda limpio, lejano, en su sitio. Los sacos colgados en el clóset con sus fundas de plástico, orientados hacia la misma dirección: los monógamos calcetines amalgamados por parejas; el desayuno, la comida y la cena servidos a sus horas; las cervezas en el refrigerador; Susana en la cartera, preservada por la mica, el título finalmente obtenido con una tesis apresurada en la pared del estudio; Alina dormida a las ocho en punto; las sábanas limpias cada semana, independientemente de la regla. Se pulen las columnas de mármol, se bruñe el oro de los resplandores, se almidonan los manteles de lino, se llenan de azucenas los simétricos jarrones de latón, se encienden todas las luces. Las vírgenes recobran la compostura y el honor perdido; los cristos, la tranquilidad; los santos, la paciencia. Flota en el recinto un tibio aroma a nardo e incienso.

Mientras transcurren los quince años de plazo a 37,5% sobre saldos insolutos para pagar el condominio de Copilco, las lluvias van humedeciendo la fachada del Sagrario hasta que tímidos vegetales empiezan a crecer por las terrosas hendiduras de la cantera, a ornamentar aún más los frisos y los podios, a encontrar invernaderos en contrafuertes y arquitrabes. Al poco tiempo ni san Juan Fandiñas ni san Isidro Labrador podían desyerbar el basamento de sus nichos. Cubiertos de musgo, rodeados de maleza, cagados de palomas irreverentes, los santos padecen renovados martirios: uno pierde la nariz, otro amanece manco, otro cojo, mientras una epidemia va dejando cacariza a toda la corte celestial. A san Agustín se le rasga la mitra, san Pedro pierde las llaves —que ni san Antonio encuentra—, vuela el águila de Juan Evangelista, cicatrizan los estigmas de san Francisco. No queda una aureola, un emblema, un atributo. Los mártires extravían sus palmas y los querubines sus alas. A las vírgenes se les traspapela la virginidad. Se agrietan los estípites, se rajan las

conchas de los nichos, se cuarteán los paramentos. Sin que la hoja de oro o la cera o el copal y demás resinas protectoras puedan impedir su paso, la polilla va carcomiendo a sus anchas el cedro de imágenes y retablos, las telas de las pinturas y sus marcos y sus bastidores, los pergaminos de los libros de coro, las biblias, los misales, los breviarios. El oro pierde su brillo, los ángeles envejecen, se oscurecen los cuadros, se incendian los altares por tanto cirio prendido, por tanto alambre pelón. Esta pintura craquelada, ésa rota, aquélla agujereada, este nicho sin santo a quien hospedar, rotos los vidrios de ónix de aquella ventana, cuarteada la cúpula, rajado el bronce de la campana mayor, chueca la cruz de procesiones, roída la alfombra del presbiterio, a punto de caerse el púlpito, descompuesto el órgano, zafadas las incrustaciones de nácar, hueso y carey de los muebles de la sacristía, chimuela la balaustrada, perdida la fe, agobiada la amistad, quebrado el amor, fracturada la confianza, desangrada la ilusión, desbaratados todos los mitos: el honor de los antepasados, la unidad de la familia, la fidelidad de los perros, la inocencia de los niños, la esperanza de la revolución, las frases patrias va mi espada en prenda voy por ella va mi espada el derecho ajeno es la paz el respeto al parque no estaría usted aquí si hubiera tierra y valientes no asesinan acaso estoy en un lecho de rosas.

El respeto a la paz es asesino.

El lecho ajeno es de quien lo trabaja.

Sólo queda viva, entronizada, la hueva: la hueva de levantarse temprano, la hueva de desayunar, la hueva de leer el periódico y de llevar a componer el reloj y de pararse a comprar cigarros y de cortarse las uñas y de buscar lugar para estacionarse y de regresar a casa y de abrir la puerta y de saludar a la mujer y de besar a la niña y de hacer el amor y de platicar después de hacerlo. La hueva de poner al día el desbordado fólder de «pendientes» que es la vida.

Donde había bancas, confesionarios, reclinatorios, se introducen andamios, vigas, tablones de madera para restaurar la Catedral. Las naves se llenan de costales de cemento, de montañas de cal y de arena, y las cucharas de albañil, las palas, los cables, los martillos, las poleas sustituyen a patenas, cálices, atriles, candelabros.

Los trabajadores usan los libros de coro para jugar timbiriche, los incensarios para freír quesadillas; se trepan por los retablos a falta de escaleras de mano; horadan las tallas de madera para pasar alambres y sopes con su cebollita picada y su chilito verde de una capilla a otra; clavan alcayatas en los murales para colgar chamarras y loncheras; se orinan desde los andamios sobre las pinturas descolgadas, se limpian respetuosamente el culo con el *Deuteronomio*.

Por fin, Aguilar llega a la Calle de La Soledad y se sube a su Volkswagen color mierda. No prende. Está muerto.

Mixcoac, abril, 1991